PERRY MASON



EL CASO DEL TARTAMUDO

Erle Stanley Gardner



Cuando un obispo tartamudo recurre a Perry Mason en busca de ayuda, Mason se ve envuelto en una batalla por los bienes de Renwold Bronwley. La muerte de éste y las sospechas de que su nieta y principal heredera no lo sea realmente, complican el asunto. La clave del enigma reside en el obispo que, por desgracia, ha desaparecido.



Erle Stanley Gardner

El caso del tartamudo

Perry Mason # 09

ePUB r1.1
Ronstad 04.08.2013

Título original: *The case of the stuttering bishop*
Erle Stanley Gardner, 1936
Traducción: José Mallorquí Figuerola

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.0



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BIXLER Gordon: Deportista, propietario del yate *Resolute*.
BURGER: Fiscal del distrito.
BRANNER Julia: Viuda de Oscar Brownley.
BROWNLEY Janice: Nieta de Renwold.
BRONWLEY Philip: También nieto de Renwold.
BRONWLEY Renwold: Millonario, anciano abuelo de Janice y Philip.
COULTER Harry: Agente al servicio de la Agencia Drake.
DRAKE Paul: Director-jefe de la Agencia de Detectives Drake.
KENWOOD Stella: Amiga de Julia Branner, con la que convive.
KNOX: Juez del distrito.
MALLORY William: Obispo de la iglesia anglicana de Sydney Australia.
MASON Perry: Célebre abogado criminalista, protagonista de esta novela.
PAULEY Jim: Detective del Hotel Regal.
SACKS Peter: Un detective privado nada recomendable.
SEATON Janice: Enfermera.
SHOEMAKER George: Inteligente representante del fiscal.
STOCKTON Víctor: Detective privado.
STREET Della: Inteligente y bella secretaria de Perry Mason.
WINTERS Jack: Chófer taxista.

Capítulo 1

La mirada de Perry Mason se fijó duramente en la figura que se detuvo, vacilante, en el umbral de su despacho particular.

—Pase, señor obispo —dijo.

La fornida figura, vestida con un traje negro, bastante suelto, inclinóse ligeramente y avanzó hacia el sillón que indicaba Perry Mason. Por encima del blanco cuello distintivo de los eclesiásticos, una cara requemada por el sol hacía más visibles los fríos, grises y brillantes ojos. Las cortas piernas terminadas en unos buenos y relucientes zapatos negros, avanzaban con paso firme, pero Mason, observando a aquel hombre, comprendió que sus piernas le llevarían con la misma firmeza a la silla eléctrica, si era necesario.

El obispo se sentó y volvió el rostro hacia el abogado.

—¿Un cigarrillo? —invitó Mason, acercando una caja a su visitante.

El obispo alargó una mano hacia los cigarrillos, luego se contuvo, y dijo:

—He estado fumando cigarrillos durante una hora. Dos chupadas y t-t-t-terminados.

Cuando sus labios empezaron a temblar en la modulación de la última palabra, el visitante guardó silencio durante dos hondas aspiraciones, como si tratara de dominarse. Cuando volvió a hablar lo hizo firmemente, preguntando:

—¿Tiene usted inconveniente en que encienda mi pipa?

—En absoluto —respondió Mason, notando que la pipa que sacaba el obispo era tan maciza como él mismo—. Me ha dicho mi secretaria —prosiguió— que es usted el obispo William Mallory, de Sydney, Australia, y que desea verme sobre un caso de homicidio casual.

El obispo Mallory asintió, extrajo del bolsillo una petaca de cuero, llenó de fragante tabaco la cazoleta de la pipa, apretó firmemente los dientes en la boquilla y encendió una cerilla. Observándole, Mason se preguntó si el hombre sostenía la cerilla con ambas manos o si lo hacía por costumbre de proteger la llama del viento.

Mientras la vacilante llamita iluminaba la despejada frente del obispo, y sus salientes pómulos y firme barbilla, los ojos de Mason se entornaron en meditativo escrutinio.

—Continúe —dijo.

El obispo lanzó unas cuantas bocanadas de humo. No era de esos hombres que se agitan nerviosos en su asiento, pero sus modales indicaban a las claras profunda inquietud mental.

—Temo que mis conocimientos de leyes sean un poco deficientes —dijo Mallory—. De todas formas, me gustaría conocer cuáles son las limitaciones en un caso de homi-mi-cidio casual.

Al tartamudear por segunda vez, apretó los dientes sobre la boquilla de la pipa, y la rapidez con que lanzó las columnas de humo evidenciaban su nerviosismo y la irritación que le producía el defecto de su habla.

—En este Estado tenemos lo que se llama un estatuto de limitaciones —dijo Mason, lentamente—. Todos los delitos, excepto el asesinato y el desfalco de bienes públicos, o la falsificación de valores, deben ser juzgados dentro de los tres años siguientes a la comisión del delito.

—¿Y si la persona que cometió el delito no puede ser hallada? —preguntó el obispo Mallory, y sus grises ojos miraron fijamente al abogado, a través de la azul neblina del humo de su pipa.

—Si el acusado se halla fuera del Estado, el tiempo que permanece fuera del mismo no se cuenta.

El obispo esquivó a toda prisa la mirada de Mason, pero no lo hizo tan rápidamente que el abogado no pudiera ver la decepción que se pintó en sus ojos.

Perry continuó hablando suave y fácilmente, en la forma de un médico que procura calmar el nerviosismo de un enfermo antes de proceder a la operación.

—Como usted comprenderá, a un acusado le es muy difícil, tres

años después del suceso, hallar los testigos y las pruebas necesarias para su defensa, del mismo modo que le resulta también difícil a la acusación hallar las pruebas que le hacen falta. Por tal motivo, en todos los delitos, excepto en aquéllos de mayor importancia, la Ley fija ese límite. Existe esa limitación legal, pero al mismo tiempo hay también una limitación práctica. Por lo tanto, si bien un fiscal puede, legalmente, llevar a los tribunales a un criminal, vacilará sin duda de hacerlo después de haber transcurrido un lapso de varios años.

Durante los siguientes minutos de silencio, el obispo pareció buscar en su cerebro las palabras necesarias para exponer su idea. El abogado sacó la explicación adelante soltando una carcajada y diciendo:

—Al fin y al cabo, el cliente que consulta a un abogado está en la misma situación que el enfermo que acude al médico. Vale más que me diga toda la verdad en vez de andarse por las ramas con preguntas abstractas.

El obispo preguntó, ansiosamente:

—¿Quiere usted decir que si hace veinticuatro años que se cometió un delito, el fiscal no se atrevería a p-p-p-presentar la acusación aunque el acusado hubiera permanecido fuera del lugar?

Y esta vez era tan grande el ansia con que esperaba la respuesta, que no mostró ningún embarazo por el impedimento que se manifestaba en su hablar.

—Lo que usted considera homicidio casual puede ser considerado como asesinato por el fiscal.

—No, se trata de homicidio. Se dictó orden de detención, pero no pudo cumplirse porque la persona se alejó del país.

—¿Cuáles fueron las circunstancias?

—Una persona que conducía un automóvil y atropelló a otro vehículo. Se dijo que ella… esa p-p-persona… estaba borracha.

—¿Hace veintidós años? —preguntó Mason.

El obispo asintió.

—No había muchos casos de ésos hace veintidós años —observó Mason, estudiando las facciones de su visitante con atención.

—Lo sé —declaró el obispo—; pero eso ocurrió en una de las regiones apartadas, donde el fiscal del distrito era… muy celoso

cumplidor de su deber.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pues que trató de aprovecharse de todos los asideros que le ofrecía la Ley.

Mason asintió y dijo:

—¿Fue usted, por casualidad, el acusado, señor Mallory?

La expresión de sorpresa era indudablemente genuina.

—Entonces estaba yo en Australia —dijo.

—Veintidós años son muchos años hasta para un celoso fiscal —dijo Perry, observando al obispo por entre los entornados párpados—. Y lo más importante es que los fiscales del distrito llegan y se van. Sin duda, en los últimos veintidós años ha habido numerosísimos cambios políticos en el Estado a que usted se refiere.

El obispo asintió, abstraído, como si los cambios políticos tuvieran muy poco que ver con la cuestión que se debatía.

—Por lo tanto, desde el momento en que se encuentra usted aún interesado por ese caso, deduzco que detrás de él hay algo más que un celoso fiscal —dijo Mason.

Los ojos del obispo Mallory se desorbitaron. Miró a Perry Mason y comentó:

—Es usted m-m-m-muy inteligente, señor abogado.

Mason aguardó en silencio unos segundos antes de decir:

—Será mejor que me explique usted el resto de la historia.

El obispo fumó unos instantes, y al fin dijo:

—¿Acepta usted casos sobre la base de cobrar sólo si gana el pleito?

—A veces.

—¿Lucharía usted, por un pobre, contra un millonario?

—Por un cliente lucharía con el mismo diablo —afirmó duramente Mason.

Durante unos segundos el obispo permaneció callado, como buscando la manera más adecuada de iniciar la confidencia. Por fin abarcó con la mano toda la cazoleta de la pipa y preguntó:

—¿Conoce a Renwold C. Brownley?

—He oído hablar de él —replicó Mason.

—¿Ha hecho alguna vez algún trabajo para él…? Quiero decir que si es usted su abogado.

—No.

—Será usted consultado para un caso contra Renwold C. Brownley. Hay mucho dinero envuelto en ello. No sé cuánto. Tal vez un millón, acaso más. Si quiere hacerse cargo de ese caso, ha de ser con la perspectiva de que si gana cobrará unos honorarios enormes, dos o trescientos mil dólares. Le advierto que Brownley va a s-s-s-er difícil de manejar. Habrá que luchar con toda el alma. Protegerá usted los derechos de una mujer con quien se ha cometido una terrible injusticia. Y el único medio que tiene usted de ganar el proceso es mediante mi declaración como testigo.

La mirada de Mason se hizo dura y cauta.

—¿Entonces qué? —preguntó.

El obispo Mallory movió negativamente la cabeza.

—No confunda usted mis intenciones. No pido nada para mí. No pido nada. Sólo quiero que se haga justicia. Ahora bien, si he de figurar como testigo en el proceso, el valor de mi declaración se reducirá mucho si se comprobase que, de antemano, me había inclinado hacia una de las partes. ¿No es así?

—Puede ser —admitió Mason.

El obispo colocó entre sus dientes la curvada boquilla de la pipa, apretó el tabaco en la cazoleta con el pulgar, movió la cabeza, pensativo, y dijo:

—Eso mismo creo yo.

Mason permaneció en meditativo silencio un buen rato.

—Por lo tanto, no quiero que nadie sepa que he estado aquí —prosiguió Mallory—. Claro que si me lo preguntasen no mentiría al contestar. Si cuando comparezca ante el tribunal a declarar como testigo se me pregunta si he tomado un interés personal en el asunto, responderé con arreglo a la verdad, pero sería mejor para todos que tales preguntas no llegasen a hacerse.

»Dentro de una hora volveré a visitarle. Entonces le presentaré a las personas interesadas. Sus declaraciones le parecerán increíbles, pero serán ciertas. Es el caso de un hombre muy rico que ha sido muy despiadado e injusto.

»Después de esta entrevista —continuó el obispo—, desapareceré y no volveré a tener contacto con usted hasta que me encuentre y me lleve al tribunal como testigo. Y tendrá usted que ser muy listo

para encontrarme, señor Mason. Sin embargo, creo que puedo confiar absolutamente en usted para ello.

El obispo movió la cabeza, plenamente satisfecho con la situación. Se puso bruscamente en pie y, atravesando el despacho, abrió la puerta que conducía al pasillo y, volviéndose para saludar a Mason, cerró luego la puerta.

Della Street, la secretaria de Mason, salió del despacho, donde había estado tomando nota de la conversación, y preguntó:

—¿Qué le parece a usted eso, jefe?

Mason, de pie en el centro de su despacho, con las piernas bien abiertas y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, clavó la vista en la alfombra.

—¡Qué me aspen si lo sé!

—¿Qué le parece el hombre?

—Si es un obispo, es muy humano; ningún envaramiento en su ropa, una pipa curva, y todo el aspecto de un hombre de mundo de amplios horizontes. Fíjese en que dijo que no mentiría si le preguntaban ciertas cosas, pero eso lo dijo para evitar que yo se lo preguntase.

—¿Por qué dice *si* es un obispo? —preguntó Della Street.

Lentamente, Mason contestó:

—Los obispos no tartamudean.

—¿Qué quiere decir?

—Los obispos han de ser buenos oradores, pues tienen que hablar continuamente en público. Ahora bien, un tartamudo no podrá nunca llegar a clérigo, como tampoco podría ser abogado. Pero si se diera el caso de un clérigo que tartamudease, puede estar segura de que jamás llegaría a obispo.

—Comprendo. Entonces usted cre…

Della se interrumpió, mirando fijamente a su jefe.

Éste asintió con la cabeza.

—Puede que el hombre sea un audaz impostor. Por otra parte, puede ser un obispo que ha sufrido una conmoción de resultas de la cual ha empezado a tartamudear.

—Oiga, jefe —intervino Della Street—. Si va a aceptar como buena la palabra de ese hombre y está dispuesto a atacar a un personaje como Renwold C. Brownley, será mejor que antes

averigüe si es realmente un obispo o un impostor. Podría hacer que las cosas variaran mucho.

Mason asintió, replicando:

—Eso era, exactamente, lo que pensaba hacer. Llame a la Agencia Drake y dígale a Paul que deje todo cuanto tenga entre manos y acuda en seguida a mi despacho.

Capítulo 2

Paul Drake, jefe de la Agencia Drake de Detectives, giró en el profundo sillón de cuero, apoyando la espalda sobre uno de los brazos y pasando las piernas por encima del otro. Miró con ojos vidriosos e inexpresivos a Mason, que paseaba de un lado a otro de su despacho con los pulgares metidos en las sisas del chaleco, mientras iba lanzando palabras por encima del hombro.

—Me ha consultado un obispo de la Iglesia Anglicana que dice ser William Mallory, de Sydney, Australia. Es un hombre de pocas palabras y con aspecto de haber vivido mucho al aire libre… ¿Entiendes lo que quiero decir? La piel requemada por el sol y el viento… No sé cuándo ha llegado. Quiere informarse acerca de un homicidio causal motivado por conducir estando borracho que tuvo lugar hace veintidós años en una población del Oeste.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Drake.

—Representa unos cincuenta y tres o cincuenta y cinco años, mide un metro sesenta o metro sesenta y cinco, pesará de ochenta y cinco a noventa kilos, viste de negro, como los eclesiásticos, con el cuello al revés, fuma preferiblemente en pipa, de cuando en cuando algún cigarrillo, ojos grises, cabello oscuro y espeso pero blanqueando en los aladares. Parece un hombre inteligente, y tartamudea a ratos.

—¿Tartamudea? —preguntó Drake.

—Sí.

—¿Quieres decir que es un obispo y que tartamudea?

—Eso mismo.

—Los obispos no tartamudean, Perry.

—Ahí está el quid. Ese tartamudeo debe de ser cosa reciente, debida sin duda a alguna emoción violenta. Me interesa saber qué

emoción es ésa.

—¿Cómo se toma el tartamudeo? —preguntó Drake—. Quiero decir que ¿cómo obra cuando tartamudea?

—Pues como el jugador de golf cuando le falla a la bola.

—No me gusta nada eso, Perry —declaró el detective—. Me parece que ahí hay trampa. ¿Cómo sabes que es un obispo? ¿Aceptas como buena su palabra?

—Claro.

—Será mejor que me dejes comprobar la verdad de todo eso.

—Para eso te he llamado, Paul. El obispo se pondrá en contacto conmigo dentro de una hora. Entonces tendré que decir si acepto o no un caso en el que va envuelta una gran suma de dinero. Si el obispo es de fiar, me siento inclinado a decir que sí. Si es un tramposo, diré que no.

—¿Qué caso es?

—Lo que te voy a decir es estrictamente confidencial. Envuelve a Renwold C. Brownley, y si sale bien, los honorarios se contarán por cientos de miles.

El detective lanzó un silbido.

—Entre otras cosas envuelve un caso de homicidio casual motivado por conducir estando borracho. La cosa sucedió hace veintidós años.

El detective arqueó las cejas.

—En aquellos tiempos no eran muchos los borrachos que conducían coches —siguió Mason—. Además, la cosa ocurrió hacia el Oeste. Quiero saber la verdad lo más pronto posible. Pon unos cuantos hombres a trabajar en el asunto. Que examinen las regiones de Orange County, San Bernardino, Riverside, Kern y Ventura. Creo que la acusada es una mujer. Examina bien los archivos y ve si hay algún caso de homicidio en esas condiciones hacia el año catorce. Ha de ser un caso en que la acusada sea una mujer y que, además, no haya sido jamás resuelto.

»Cablegrafía a tus corresponsales de Sydney y averigua todo cuanto puedas acerca del obispo Mallory. Comprueba las llegadas de barcos y entérate de cuándo desembarcó Mallory en California y lo que hizo desde entonces. Investiga en los principales hoteles y ve si hallas registrado en alguno de ellos al obispo. Mete en el asunto a

todos los hombres que necesites, pero dame resultados, y pronto. ¡Quiero actividad!

Drake lanzó un lúgubre suspiro y replicó:

—¡Ya veo que necesitas actividad! ¡Quieres que se haga en sesenta minutos el trabajo de una semana!

Mason no replicó y continuó, como si no hubiera oído la interrupción:

—Me interesa, sobre todo, saber con quién se relaciona. Ponle lo antes posible vigilancia y que sigan a todos aquellos que le visiten.

Drake se puso en pie.

—Está bien, Perry —dijo—. Empiezo ahora mismo a trabajar.

Al llegar a la puerta, el detective se volvió, añadiendo:

—¿Qué harás si descubro que ese hombre es una pura trampa? ¿Se lo dirás?

—De ninguna manera. Le haré el juego para ver hacia dónde va y qué se esconde detrás de la falsificación.

—Apuesto lo que quieras a que es trampa.

—Su cara me parece honrada —declaró Perry.

—La mayoría de los sinvergüenzas la tienen así. Por eso prosperan en sus negocios.

—Bueno —replicó secamente Mason—. No es tan extraordinario que un obispo tenga la cara de un hombre honrado. Vete al diablo y trabaja pronto.

Drake siguió sin moverse.

—No aceptas mi apuesta, ¿eh, Perry?

Mason echó mano a su pesado libro de Leyes, dispuesto a utilizarlo como proyectil, y el detective se apresuró a cerrar la puerta.

Sonó el teléfono y la voz de Della Street anunció:

—Jefe, aquí hay un conductor de taxi. Creo que es mejor que hable usted con él.

—¿Un conductor de taxi?

—Sí.

—¿Qué diablos quiere?

—Dinero.

—¿Y cree que debo verle, Della?

—Sí.

—¿No puede decirme por teléfono de qué se trata?
—Creo que es mejor que no lo haga.
—¿Es que está donde puede oír lo que usted dice?
—Sí.
—Está bien, que entre.
Apenas había colgado Mason el teléfono cuando se abrió la puerta y Della Street hizo pasar a un humilde pero insistente chófer de taxi.
—Este hombre trajo a la oficina al obispo Mallory —dijo.
El chófer movió afirmativamente la cabeza y explicó:
—Me pidió que esperase frente a esta casa, pero un policía me hizo marchar hacia un puesto de estacionamiento. Ha pasado un rato y no he visto aparecer a mi hombre, y el contador marca muy de prisa. Entonces vine y pregunté al del ascensor. Por casualidad se acordaba de mi hombre y dijo que había preguntado dónde estaba la oficina de usted; por lo tanto, aquí estoy. Era un hombre que parecía un pastor; con el cuello al revés, de unos cincuenta y cinco años.
—¿No ha salido del edificio? —preguntó interesado Mason.
—Yo no lo he visto salir, y eso que he estado vigilando; y el del ascensor dice también que no le vio salir, porque lo hubiera conocido. El taxímetro marca ya tres dólares ochenta y cinco, y quiero saber quién lo pagará.
—¿Dónde recogió al hombre? —preguntó Perry Mason.
El taxista vaciló.
Mason sacó de su bolsillo un rollo de billetes y separó del mismo uno de cinco dólares, con una sonrisa:
—Es una simple precaución para protegerme antes de adelantar el dinero del taxímetro.
—Le recogí en el Hotel Regal —contestó el chófer.
—¿Y le trajo directamente aquí?
—Sí.
—¿Tenía prisa?
—Mucha.
Mason entregó los cinco dólares, y dijo:
—No creo que sea necesario que siga esperando.
—Bien, caballero —asintió el taxista, guardando el dinero—. Es

usted muy decente. Yo he oído hablar de usted a los muchachos. Sé que juega siempre muy limpio. Si alguna vez puedo hacer algo por usted, no dude en acudir a mí. Me llamo Jack Winters.

—Bien, Jack —sonrió Mason—. Tal vez algún día le encontraré formando parte de un jurado. Entretanto, como su cliente le hubiese dado una propina, guarde el cambio y fúmese un buen cigarro a mi salud.

El hombre se marchó hecho todo sonrisas.

A continuación Mason descolgó el teléfono y llamó a Paul Drake.

—Paul, di a tus hombres que empiecen a trabajar por el Hotel Regal —encargó—. Puede que se hospede allí bajo el nombre de William Mallory. Llámame tan pronto como lo tengáis localizado, y asegúrate bien de que se siga a todos aquellos que vayan a visitarle.

Después de esto, Mason se sumió en el estudio de un caso de poca importancia, y al cabo de un rato fue interrumpido por la entrada de Della Street, anunciando que Paul Drake llamaba por teléfono.

—Dice que es muy importante, jefe —advirtió.

Mason descolgó el teléfono y escuchó la voz de Drake, que hablaba rápidamente, sin arrastrar las palabras, como de costumbre.

—Perry, estoy en el Hotel Regal. Lo mejor será que vengas en seguida si es que tienes algún interés por tu obispo.

—Voy en seguida —replicó Mason, colgando el teléfono—. No hace falta que se quede, Della. Si la necesito llamaré a su casa.

Salió de la oficina y tomó un taxi frente a la casa. En menos de un cuarto de hora llegó al Hotel Regal, donde Drake esperaba en el vestíbulo, acompañado de un hombre grueso, calvo, de ojos burlones que sostenía entre los dientes un negro cigarro.

—Te presento a Jim Pauley, el detective de la casa —dijo Drake.

—¿Qué tal, Mason? —saludó Pauley, estrechando la mano del abogado y dirigiéndole una escrutadora mirada.

—Pauley es un viejo amigo —siguió Drake, guiñando subrepticiamente un ojo—. Uno de los mejores detectives de la ciudad. He intentado contratarlo un par de veces, pero me pedía demasiado dinero. Tiene una cabeza muy bien sentada sobre los hombros y me ha dado varios informes muy valiosos. Es un hombre al que conviene recordar, Perry. Podría ayudarte mucho en algunos

de tus casos.

—No soy ningún genio —aseguró Pauley, modestamente—. No hago más que utilizar mi sentido común.

Drake mantuvo una mano apoyada en el hombro del detective.

—Lo más admirable en él es la modestia, Perry —dijo—. Nunca dirías que fue él quien detuvo a los Esposos, los más sutiles ladrones de hoteles. Claro que la policía se llevó todo el crédito, pero en realidad fue Pauley quien hizo toda la faena… Bueno, hemos averiguado algo, Perry. Quiero decir que Pauley lo ha averiguado. Será mejor que se lo cuentes tú mismo, Jim.

El detective se quitó de la boca el negro cigarro, y con voz altisonante y como si temiera ser oído, empezó:

—Ha de saber que en este hotel se hospeda un tal William Mallory, un tipo muy raro. Salió de aquí en un taxi, para ir a algún sitio, y me fijé en que alguien le seguía en otro coche. Claro que un hombre corriente no se hubiera fijado en semejante detalle, pero al fin y al cabo, mi oficio es fijarme en todo, y en cuanto empezó la persecución me di cuenta de ella. El tipo que seguía a Mallory subió a un taxi y señaló con la mano al que ocupaba el otro. No tuve necesidad de oír lo que le decía al chófer. Ni que me lo hubieran dado escrito. Por lo tanto decidí no perder de vista a Mallory cuando volviese, pues el que le seguía tanto podía ser un detective privado como un G-man.

»Este hotel es muy decente y no queremos entre nuestros clientes gentes que tengan quien los siga. Por ello tomé la decisión de decirle a Mallory, cuando volviera, que buscase otro hotel. En éste no nos interesa.

»Cuando regresó le estaba esperando una pelirroja en el vestíbulo. En cuanto echó la vista encima del hombre, la mujer le dirigió una mirada y el otro movió la cabeza y se fue recto al ascensor. Tiene una manera muy rara de andar. Tiene las piernas muy cortas y las mueve muy de prisa.

»Bueno, pues, señores, me figuré que la pelirroja le esperaba y que Mallory no tardaría ni cinco minutos en bajar. Ahora bien, no es fácil decir a un cliente que se ha de marchar del hotel. A veces se ponen fieros y amenazan con llamar a su abogado. La mayor parte de las veces sólo es *bluff* pero de todas formas es muy molesto. Por

lo tanto pensé que sería mejor esperar a que la pelirroja se marchara y luego contarle las verdades al hombre. ¿Me entiende?

Mason asintió con un movimiento de cabeza, y Drake, en un suave susurro, declaró:

—Ya te dije, Perry, que es un detective único. Muy listo.

—Bueno, pues a los cinco minutos la mujer se levantó y fue hacia arriba —siguió Pauley—. Pensé dejarlos juntos diez minutos y luego subir a llamar, pero no habían pasado cuatro minutos cuando la pelirroja volvió a bajar y atravesó el vestíbulo como si fuera a llamar a los bomberos. Quise decirle algo, pero pensé que no tenía nada contra ella y que sólo me interesaba él. Al fin y al cabo la mujer no se hospedaba en el hotel y no podía exponerme a armar bronca.

»Entonces subí a la habitación de Mallory, la seiscientos dos, y me encontré con que allí había tenido lugar toda una batalla. Un par de sillas estaban por el suelo, un espejo hecho trizas, y Mallory tendido en la cama completamente sin sentido de un porrazo en la cabeza. La pelea debió de ser de las buenas, pero como en el piso de abajo no había nadie y los vecinos de los lados estaban fuera, nadie oyó nada. Me eché en seguida a buscarle el pulso al hombre y al fin noté que el corazón funcionaba. Era un pulso insignificante, pero al fin y al cabo era algo. Eché, pues, mano al teléfono y le dije a Mamie que llamara en seguida a una ambulancia médica.

»Cinco minutos después llegó una ambulancia y los que venían en ella trabajaron para volver a la vida a Mallory.

—¿Recobró el conocimiento? —preguntó Mason.

—No, estaba peor que una tabla. Yo, claro, procuré que el nombre del hotel no se viera mezclado en el asunto. Nadie sabía nada de la pelea y conseguí que los de la ambulancia bajaran a Mallory en el montacargas. Y ahora viene lo más curioso del caso: en aquel momento se presentó otra ambulancia. Mamie dice que ella sólo llamó a una, pero según los de las ambulancias fueron dos las llamadas, y las dos de mujeres jóvenes. ¿Qué les parece esto? Yo no sé qué pensar, a menos que la pelirroja le tumbara sin sentido y luego fuera a llamar al carro para que se lo llevasen.

Mason asintió con un movimiento de cabeza. Pauley se llevó de nuevo a los labios el húmedo extremo del cigarro y encendió una

cerilla.

El abogado dirigió una interrogadora mirada a Drake, y éste, comprendiendo los deseos de su amigo, dijo:

—Seguramente te gustaría ver cómo trabaja un detective, Perry. Jim va a subir arriba a examinar la habitación para ver si puede encontrar algo que sirva de pista para descubrir quién hizo el trabajo. Estoy seguro de que te complacería verle trabajar.

Pauley lanzó varias bocanadas de humo y dijo, con fingida modestia:

—¡Bah, no soy ningún genio! Sé mi oficio; eso es todo.

—Lo creo —asintió Mason—. De todas formas me gustaría ver cómo se desenvuelve usted en un caso tan complicado.

—Pues… claro, a la policía no le gustará —dijo lentamente Pauley—. Y menos que haya dejado meter las narices en el ajo a otras personas. A ellos les gusta que los detectives de los hoteles permanezcan entre bastidores mientras ellos se llevan la gloria. Pero si ustedes me prometen no tocar nada, podemos subir y echar un vistazo rápido. Tal vez pueda enseñarle algo al señor Mason.

Dirigióse hacia el ascensor, apretó el timbre y un momento después llegó la cabina. En cuanto se abrió la puerta, Pauley entró en el ascensor. Mason se entretuvo el momento preciso para preguntar a Drake:

—¿Tienes trabajando aquí a alguno de tus hombres?

Drake asintió y los dos entraron en la cabina.

—Sexto —ordenó Pauley.

El ascensor subió rápidamente hasta el sexto piso.

—Por aquí, muchachos —indicó Pauley, avanzando por el corredor.

Drake le dijo a Mason, en voz baja:

—Con un poco de suerte, alguno de mis hombres debió de seguir a la mujer. Pero que Pauley no lo sospeche.

Siguieron al detective hasta una habitación del final del corredor. El hombre sacó una llave maestra, abrió la puerta y encargó:

—Sobre todo no toquen nada.

Encontraron una silla caída y rasgadas un par de alfombras. Una lámpara de pie habíase desplomado y la bombilla estaba hecha

añicos que brillaban en el suelo como partículas de hielo. Un espejo habíase caído de su sitio y estaba completamente roto. En el centro de la cama se veía un pequeño hoyo marcado por el cuerpo de un hombre.

En el suelo vieron una maleta con la etiqueta del vapor *Monterrey*. De ella se habían sacado de cualquier forma unas cuantas prendas de ropa interior. Un pequeño baúl armario estaba caído boca abajo. También en él se veía la etiqueta del vapor *Monterrey*. El armario ropero estaba abierto, dejando ver dos o tres trajes.

La mirada de Mason se posó en una cartera de negocios. Un agudo cuchillo había rasgado la piel alrededor de la cerradura.

—La pelirroja debió de quererle saquear y la pilló con las manos en la masa —anunció Pauley—. Entonces ella le soltó un mamporro y empezó a buscar dinero.

—Entonces la pelirroja esa debía de ser una mujer de cuidado —comentó Mason.

—¿No lo indica todo cuanto tenemos a nuestro alrededor? —replicó Pauley.

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—Una de las primeras cosas que tengo que hacer —explicó Pauley, sacando un lápiz— es hacer un inventario de lo que hay aquí. Cuando el hombre despierte dirá que le faltan un sinfín de cosas, y no me extrañaría que dijese que la mayor parte de ellas se las quitaron después de haber salido del hotel hacia el hospital por no haber cuidado el hotel de vigilar las cosas que dejaba atrás… Uno tiene que prever todos los trucos a que recurren los clientes.

—Hemos de decir bien alto al mundo lo equivocado que está con respecto a los detectives de los hoteles —dijo Drake—. La mayoría cree que son hombres sin cerebro, inferiores a los policías, porque no están siempre en la línea de fuego, pero puedes creerme si te digo que un detective privado de esta clase ha de tener una inteligencia privilegiada.

Mason asintió con la cabeza, y dijo:

—Bueno, Paul, será mejor que nos marchemos.

—Creí que se quedaría un rato —dijo Pauley.

—No, sólo me interesaba saber cómo llevaba usted el caso —

replicó Mason—. Ahora va usted a hacer un completo inventario, ¿verdad?

—Sí.

—Pero supongo que no podrá hacerlo de todo cuanto hay en esta habitación.

—¡Claro que puedo! Y en muchísimo menos tiempo del que usted se imagina.

—Pues cuando lo tenga hecho me gustaría verlo, sobre todo para ver en el orden que lo extiende.

Pauley sacó un cuaderno de notas y asintió:

—Desde luego. Se lo dejaré ver.

—Bueno, pues ya volveremos dentro de un rato —aseguró Mason—. Muchas gracias por todo y he tenido un gusto enorme en conocerle. La mayoría de los policías no se hubiesen fijado en la chica de los cabellos rojos.

Pauley se mostró conforme con la apreciación del abogado.

—Era una chica muy lista. Se estuvo muy quieta y sólo movió los ojos. Seguramente estaba citada con el hombre. Se encontrarían en la calle.

—Ya es hora de que nos marchemos —repitió Mason, dando con el codo a Drake en el costado.

Pauley les acompañó hasta el ascensor y de allí regresó a terminar el inventario. Drake dijo:

—No sabía si te interesarías por el amigo Pauley, pero pensé que no se perdía nada con que hablaras con él. Es un pobre saco de vanidad, pero conoce bien el trabajo de los hoteles. Con un poco de halago se obtiene maravillas de él.

—Quería echar un vistazo en la habitación —dijo Mason—. Como me figuraba, el obispo fue seguido hasta mi oficina y él lo descubrió. Queriendo librarse de su seguidor, dejó el taxi frente a la casa y él volvió aquí por otro camino. Los que ordenaron que se le siguiese confiaban en el hombre que pusieron sobre su pista, pero el obispo llegó aquí antes de que terminara el registro a que sometieron su habitación. Les sorprendió, hubo lucha y lo tumbaron.

—¿Y qué papel le asignas a la pelirroja del vestíbulo? —preguntó Drake.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Confío en que tus hombres la siguieron.

—Así lo creo. Charlie Downes era uno de los encargados de la vigilancia. Llamaré a la oficina para saber si ha enviado algún informe.

Drake llamó desde la cabina del vestíbulo, habló unos minutos y salió, anunciando:

—Charlie telefoneó hace un momento. Está en Adams Street, frente a una casa de pisos de alquiler. La pelirroja fue allí.

—Bien, vamos a verla —dijo Mason.

Drake tenía allí su coche y sorteó perfectamente el tráfico. Al llegar a la dirección de Adams Street detuvo su coche detrás de un viejo *Chevrolet* detenido junto a la acera. Un hombre bajó de él y dirigióse lentamente hacia ellos.

—¿Qué sabes? —preguntó Drake.

Charlie Downes, con la mirada fija en la casa, contestó, hablando sin quitarse de la boca el cigarrillo que pendía de sus labios.

—La pelirroja hizo un guiño al obispo y luego subió a su habitación, la seiscientos dos. No me atreví a seguirla. A los dos minutos volvió a bajar, muy trastornada, atravesó el vestíbulo, fue hasta una farmacia y llamó a alguien por teléfono. Luego hizo parar un taxi y vino aquí.

—¿Hizo algo para evitar que la siguieran? —inquirió Mason.

—No.

—¿Dónde está instalada?

—Al entrar miró si tenía alguna carta en uno de los buzones. El de Janice Seaton, número trescientos veintiocho, piso tercero. Telefoneé en seguida a la oficina y aguardé instrucciones.

—Muy bien hecho —aprobó Drake—. Creo que has pescado algo bueno. Quédate aquí, Charlie, y si la ves salir síguela. Nosotros subimos.

El investigador asintió e instalóse de nuevo en su coche.

—No le daremos tiempo a la pelirroja para que prepare la escena —siguió Drake—. Caeremos sobre ella como una tonelada de ladrillos.

Los dos hombres entraron en la casa y subieron hasta el

departamento número 328. Escucharon un momento por la cerradura. Hasta ellos llegaron rumores de gran actividad.

—Está haciendo las maletas —dijo Drake hablando en voz baja.

Mason asintió y llamó suavemente a la puerta. Una voz de mujer preguntó desde dentro:

—¿Quién llama?

—Telegrama —respondió Mason.

—Tírelo por debajo de la puerta.

—Tiene que firmar advirtió Mason.

—Un momento —contestó la voz.

Y la puerta se abrió unos centímetros.

Mason se apresuró a meter el pie por la ranura, impidiendo que la mujer pudiera cerrar. Luego empujó con fuerza y, seguido de Drake, entró en la habitación, diciendo:

—No hace falta que se asuste, Janice. Queremos hablar con usted.

Se fijó en la maleta que se hallaba encima de la cama y el baúl que había sacado del ropero.

—¿Se va usted de viaje?

—¿Quiénes son ustedes y qué buscan en mi habitación?

Señalando una silla, Mason dijo:

—Siéntese, Paul.

El detective se acomodó en la silla y Mason se sentó en el borde de la cama. La joven les miraba con los ojos muy abiertos. Su cabeza era de un cobre pronunciado y su cutis, como ocurre generalmente con las personas que tienen semejante cabello, era de una asombrosa finura. Era delgada, bien formada y la dominaba el espanto.

—Puede usted sentarse —dijo Mason.

—¿Quién es usted? ¿Qué significa el entrar aquí así?

—Queremos hablar con usted acerca del obispo Mallory.

—No sé de quién me hablan. No conozco a ningún obispo Mallory.

—Hace un rato estuvo usted en el Hotel Regal.

—¡Mentira! —exclamó la joven, con evidentes muestras de indignación.

—Subió a la habitación del obispo Mallory. El detective de la

casa la vio en el vestíbulo y observó cómo cambiaba una mirada de inteligencia con el obispo. Venimos a ayudarla, señorita, pero sólo podremos hacerlo si nos habla usted claro.

—Creo que ya se habrá dado cuenta del lío en que está metida —advirtió Drake—. Que se sepa, usted fue la única persona que vio vivo al obispo Mallory.

Janice se llevó los puños a la boca, apretándolos hasta que los nudillos se blanquearon. Tenía los ojos oscurecidos por el terror.

—¡Vivo! —exclamó—. ¡No está muerto!

—¿Usted qué cree? —preguntó Drake.

Súbitamente la joven se dejó caer al suelo y empezó a llorar. Mason le dirigió una mirada de simpatía y reprendió a Drake:

—No tan fuerte.

El detective replicó, impaciente:

—Si no se las trata con un poco de mano dura no se obtiene nada. Déjala en mis manos.

Se puso en pie y, acercándose a Janice, la obligó a levantar la cabeza, preguntando:

—¿Le mató usted?

—¡No! —gritó la joven—. ¡Ya le dije que no le conozco! ¡No sé de qué me está hablando! Y, además, no está muerto.

—Déjala a mi cargo un momento —pidió Mason—. Óigame, Janice. El caso es que varias personas vigilaban al obispo Mallory. No le diré quiénes eran ni por qué le vigilaban, pero cuando entró en el hotel le seguían. Usted se hallaba en el vestíbulo y cambió una mirada con él. Mallory le indicó que esperara un momento y subiese a su cuarto. Usted le dio cuatro o cinco minutos de tiempo y luego subió en el ascensor. Al cabo de un momento volvió a bajar, dando muestras de gran excitación. Durante todo este tiempo fue seguida por hombres a mi servicio. No tiene, pues, ninguna posibilidad de seguir disimulando.

»Una vez que salió del hotel dirigióse a una farmacia y llamó por teléfono a una ambulancia para que fuese a recoger al obispo. Aquello la descubrió por completo. Le estoy ofreciendo una oportunidad para que se justifique.

—¿Quién es usted? —preguntó la joven.

—Un amigo del obispo Mallory.

—¿Cómo puedo saber que no me engaña?

—De momento tendrá que conformarse con mi palabra.

—Necesito algo más.

—Bien, pues entonces le diré que soy amigo de usted.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Porque estoy aquí hablando con usted en vez de llamar a la policía.

—¿No está muerto? —preguntó Janice.

—No, no está muerto.

Drake frunció el ceño e impaciente dijo:

—Así no irás a ninguna parte, Perry. Ahora se pondrá a decir mentiras. La joven se volvió hacia el detective, y dijo:

—¡Cállese usted! Su compañero irá mucho más lejos conmigo que usted.

Indiferente, Drake replicó:

—Conozco el tipo, Perry. Hay que dominarlas por el miedo. En cuanto se trata de jugar limpio con ellas está uno perdido.

Janice hizo como que no oía el comentario y, volviéndose hacia Perry Mason, replicó:

—Con usted jugaré limpio. Contesté a un anuncio en los periódicos.

—¿Y conoció así al obispo?

—Sí.

—¿Qué decía el anuncio?

La mujer vaciló un momento, luego apretó los dientes y dijo:

—Pedía una enfermera profesional que fuera de toda confianza.

—¿Es usted enfermera?

—Sí.

—¿Cuánta gente más contestó el anuncio?

—No lo sé.

—¿Cuándo contestó usted?

—Ayer.

—¿Daba el obispo nombre y dirección?

—No, había que enviar las cartas al periódico.

—Bien, contestó usted el anuncio. Y luego, ¿qué ocurrió?

—Luego el obispo me telefoneó, dijo que mi carta le había gustado y que deseaba una entrevista.

—¿Cuándo fue eso?

—A última hora de la noche de ayer.

—O sea que esta mañana habrá ido usted al hotel, ¿no es así?

—No, fue ayer mismo y quedé contratada.

—¿Le dijo para qué la necesitaba?

—Me dijo que me necesitaba para cuidar a un enfermo.

—¿Es usted enfermera matriculada? —preguntó Drake.

—Sí.

—Enséñeme su carnet.

La joven abrió la maleta y sacó de ella un sobre con los documentos justificativos y lo entregó a Drake. Luego se volvió hacia Mason. Parecía ya mucho más dueña de sí.

—¿Tiene alguna copia del anuncio? —preguntó Mason.

Por un momento la muchacha vaciló. Al fin movió negativamente la cabeza, diciendo:

—No.

—¿En qué periódico estaba?

—No recuerdo. Sé que estaba en uno de la tarde. Hace un día o dos. Alguien me llamó la atención acerca de dicho anuncio.

—¿Dice que el obispo Mallory la contrató?

—Sí.

—¿No le dijo qué le ocurría al enfermo?

—No. Me dio a entender que se trataba de un caso de locura o algo por el estilo.

—¿Por qué tiene preparado el equipaje? —preguntó Drake.

—Porque el señor Mallory me dijo que tendría que salir de viaje.

—¿Le dijo dónde?

—No.

—¿Y le dijo que se reuniese con él en su hotel?

—Sí. Y no debíamos hablar en el vestíbulo. Quedamos en que si todo iba bien movería la cabeza y que entonces yo debía subir al cabo de cinco minutos a su habitación.

—¿Por qué tan enorme misterio? —quiso saber Drake.

—No lo sé. No me lo dijo, y yo no se lo pregunté. Era un obispo y, por lo tanto, yo sabía que no corría ningún riesgo. Además, el sueldo que me prometió era muy bueno. Por otra parte, ya deben de saber ustedes cómo son ciertos casos mentales. Los pacientes se

ponen furiosos si sospechan que se les somete a una cura.

—De forma que usted subió a la habitación —dijo Mason—. ¿Qué ocurrió en ella?

—Lo encontré todo en el mayor desorden. El obispo estaba en el suelo. Había recibido un golpe en la cabeza. El pulso le latía muy débil, pero firmemente. Le levanté y le puse encima de la cama.

—¿Vio a alguien más en la habitación?

—No.

—¿Estaba la puerta cerrada o abierta?

—Estaba abierta unos centímetros.

—¿Vio a alguien en el pasillo? —preguntó Mason.

—¿Quiere decir cuando subí a ver al obispo?

—Sí.

—No.

—¿Vio bajar a alguien en el ascensor, mientras usted subía?

—No.

—¿Por qué no dijo a los del hotel cómo había encontrado al obispo Mallory?

—No creí que fuese necesario. No habrían podido hacer nada. Fui a llamar por teléfono a una ambulancia.

—Y luego se vino aquí y lo preparó todo para marcharse, ¿verdad? —se burló Drake.

—No me disponía a marcharme. El equipaje lo tenía ya hecho, porque el obispo me dijo que tendría que salir de viaje. Me dijo que el enfermo se marchaba en el *Monterrey*.

—¿Qué planes tiene usted para ahora?

—Me quedaré aquí hasta que el obispo me dé noticias suyas. No creo que esté herido de gravedad. Dentro de un par de horas, todo lo más, recobrará el conocimiento.

—¡Bien, Paul! —exclamó Mason, levantándose—. Creo que nos ha dicho todo lo que sabe. Vámonos.

—¿Y dejarás las cosas así, Perry? —preguntó el detective.

La mirada del abogado era muy firme.

—Pues claro —dijo—. Lo malo en ti, Paul, es que te has acostumbrado tanto a tratar con bandidos que no sabes reconocer cuándo una mujer es decente.

—Tú ganas —refunfuñó Drake—. Vámonos.

Janice Seaton se acercó a Mason y apretó amistosamente uno de sus brazos.

—Muchas gracias por ser un cumplido caballero —dijo.

Los dos hombres salieron al corredor, oyendo cómo la puerta se cerraba tras ellos. Luego sonó el chasquido de la llave en la cerradura.

—¿Qué significa esa blandura, Perry? —preguntó Drake—. Si hubiésemos dejado que se creyera que el obispo estaba muerto, seguramente habríamos descubierto algo bueno.

—Ya hemos descubierto bastante —replicó Mason—. La chica esconde algo. Si despertamos sus sospechas no dirá nada y, por lo tanto, nunca sabremos la verdad. Dejemos que se imagine que nos ha echado tierra a los ojos y ya verás cómo nos da una pista. Pon un par de hombres a que la vigilen. Luego ve al Hotel Regal. Inciensa un poco más a tu amigo el detective y procura averiguar si algún hombre salió del ascensor después que la muchacha subió en el mismo.

—¿Algo más?

—Que sigan a la chica vaya donde vaya, y entérame de lo del homicidio por accidente tan pronto como lo sepas. Que sigan investigando sobre el obispo y avisa cuando sepas algo en concreto. Y recuerda que tiene que ser seguido. Entérate del hospital en que está y averigua cómo se encuentra.

—Te apuesto cuatro contra uno a que es un tramposo —dijo Drake.

Mason sonrió, replicando:

—No se acepta la apuesta, por ahora. Llámame a la oficina y manténme al corriente de los acontecimientos.

Capítulo 3

—¿Qué, se ha entrevistado usted ya con el obispo Mallory y ha averiguado de qué misterio se trata? —preguntó Della Street, levantando la cabeza del libro en que anotaba el movimiento de caja.

Perry Mason movió negativamente la cabeza y, quitándose el sombrero, contestó:

—No. El obispo no está en condiciones de celebrar conferencias. Le aqueja una indisposición temporal y seguramente continuará en ella durante varios días. Reúna todos los periódicos de hoy y de ayer, Della. Tenemos que trabajar en el examen de los anuncios.

Della se levantó para dirigirse a la biblioteca, pero al llegar a la puerta se detuvo y, volviéndose, preguntó:

—¿No puede decirme lo que ocurrió, jefe?

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—Encontramos al obispo en su hotel. Alguien le pegó un golpe con algo duro en la cabeza. Luego seguimos la pista de una pelirroja que nos contó una serie de cuentos de hadas. Pero de vez en cuando nos dijo algunas verdades, por no podérsele ocurrir las mentiras lo suficientemente de prisa.

—¿Qué tenemos que buscar en los periódicos?

—La pelirroja dijo que entró en contacto con el obispo por medio de un anuncio, al que respondió. Puede que en eso dijera la verdad, porque el obispo es forastero en la ciudad. De todas formas vamos a probar si eso es cierto y veremos lo que encontramos. Busque en la sección de «Demandas» y vea si da con alguien que solicite una enfermera joven, sin familia, que pueda viajar. Y a propósito, la pelirroja esa se llama Janice Seaton.

—¿Y para qué necesita el obispo Mallory una enfermera? —

preguntó Della.

—Ahora necesita una —sonrió Mason—. Tal vez presentía lo que le iba a ocurrir y deseaba estar prevenido. Le dijo a Janice que tendría que viajar con un enfermo.

Della Street penetró en la biblioteca, regresando un momento después con un montón de periódicos. Mason dejó libre un espacio en su mesa, encendió un cigarrillo y dijo:

—Perfectamente, manos a la obra.

Juntos empezaron a recorrer la larga columna de anuncios de la sección «Demandas». Al cabo de un cuarto de hora, Mason levantó la cabeza, parpadeó y preguntó a Della:

—¿Ha encontrado algo?

La secretaria negó con la cabeza, terminando con la última columna, y comentó:

—Nada en absoluto, jefe.

Mason hizo una exagerada mueca y comentó:

—¡Cómo se va a burlar de mí Drake! Pensé que no corríamos ningún riesgo dándole cuerda y que podría saber cuándo mentía y cuándo decía la verdad.

—¿Creyó usted que decía la verdad en lo del anuncio?

—Creí que sí. Tal vez no toda la verdad, pero sí la suficiente para permitirnos descubrir algo de la verdad.

—Y la actitud de la joven, ¿qué sugería?

—Pues ya sabe usted cómo se porta la gente cuando tiene que mentir a gran velocidad sin tener tiempo de medir las respuestas. Todos procuran atenerse a la verdad lo más lejos posible, y entretanto, idean alguna mentira para cubrir los claros de verdad que dejan. Se les nota en la voz cuándo se limitan a decir la verdad y cuándo sueltan los eslabones que unen a los trozos sueltos. Me pareció que el anuncio formaba parte de la verdad, pero me engañó.

Mason se puso en pie y dio unos pasos por la estancia, con los pulgares hundidos en las sisas del chaleco y la cabeza ligeramente inclinada hacia delante.

—Lo peor de todo es que Drake quería obrar con violencia —siguió—. Pensaba que asustándola sacaríamos mucho más que yendo con contemplaciones. Puede que tuviese razón. Pero tuve

miedo de que la chica acabase lanzando chillidos histéricos. Tuve la seguridad de que ganaríamos más tratándola con suavidad.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

—Es Paul Drake —anunció Della.

—¿Qué hay, Paul? —preguntó Mason tomando el aparato—. ¿Algo nuevo?

La voz de Drake vibraba de emoción.

—Tengo ya lo de aquel caso de homicidio —exclamó—. Creo que se trata del que buscábamos. Una pareja había ido a Santa Ana a casarse. Volvían a Los Ángeles. La mujer guiaba el coche. Había bebido un poco. Chocó contra un coche que conducía un viejo ranchero. Ese ranchero tenía unos setenta años.

»Ahora viene lo curioso del caso. De momento no se hizo nada. Tomaron el nombre y dirección de la mujer. El ranchero murió un par de días más tarde. Pero hasta transcurridos cuatro meses del accidente no se dictó orden de detención contra la mujer, acusándola de homicidio. Todo el caso resulta muy sospechoso.

—¿Cómo se llamaba la mujer?

—Se había llamado Julia Branner —respondió Drake—. Pero en aquel momento era ya la señora de Oscar Brownley. Y por si acaso no lo sabes, Oscar Brownley era hijo de Renwold C. Brownley.

Mason lanzó inmediatamente un silbido y preguntó:

—¿No hubo algún escándalo con relación a ese casamiento, Paul?

—Recuerda que eso ocurrió en mil novecientos catorce. Brownley hizo casi todo su dinero durante la guerra, y en los años que siguieron tuvo la suficiente cordura de asegurar su fortuna y el desplome del veintinueve no le afectó. En el catorce, Renwold C. Brownley era agente de fincas. Doce años más tarde era millonario.

—¿No habrían podido arrestar fácilmente a la mujer si les hubiese interesado? —preguntó Mason.

—No. Ella y Oscar se pelearon con Renwold y se separaron de él. Cosa de un año más tarde, Oscar volvió. Entretanto, el viejo había hecho algunos buenos negocios, luego se metió a comerciar con valores y subió como la espuma.

—¿Dónde está Oscar ahora? ¿No murió?

—Sí, murió hace dos o tres años.

—Dejó una hija, ¿verdad?

—Sí. En esa hija hay algo de misterio. Renwold estaba furioso con su hijo, y hasta que Oscar murió no quiso reconocer a su nieta. Se había opuesto al matrimonio de su hijo y pensaba que la nieta era un engendro de la madre y no la hija de su hijo. Hace dos años removió cielo y tierra para dar con la nieta y se la llevó a vivir con él. No se dio publicidad al hecho. La chica se limitó a trasladarse a casa del abuelo.

Mason frunció el ceño, apretó el auricular contra el oído y con los dedos de la mano izquierda tabaleó sobre el borde de la mesa.

—Entonces —dijo— la madre de la muchacha, que vive con todo lujo en la residencia de Renwold C. Brownley, en Beverly Hill, es una fugitiva de la Justicia y sobre ella pende la orden de detención dictada en Orange Country, hace veintidós años, ¿verdad?

—Eso mismo —asintió Drake.

—La cosa comienza a resultar *verdaderamente* interesante —comentó Mason—. ¿Qué sabes del obispo?

—Sigue sin sentido en el hospital, pero los médicos dicen que no se trata de nada grave. En cualquier instante recobrará el conocimiento. Lo van a trasladar a una clínica particular. Ya me enteraré de cuál y te lo haré saber.

—¿Sigues vigilando a la pelirroja?

—Desde luego. Tengo dos hombres vigilando la parte delantera y la trasera. Debieras haberme dejado utilizar mis métodos, Perry…

—No conoces a las pelirrojas —rió Mason—. Ya verás cómo todo sale bien. Entérate de todo cuanto puedas acerca de la relación con Brownley y avísame tan pronto como puedas presentarme algo en concreto.

—A propósito —siguió Drake—. He averiguado algo más acerca del obispo. Llegó hace seis días en el vapor *Monterrey* y pasó cuatro días en el Hotel Palace de San Francisco. Luego se vino aquí.

—Bueno, averigua lo que puedas en San Francisco. Entérate de quién le visitó y todo lo demás. Estaré aquí una hora poco más o menos. Luego Della y yo saldremos a comer algo.

Mason colgó el auricular y prosiguió sus paseos por la oficina. De pronto, Della Street exclamó, muy excitada:

—¡Un momento, jefe! ¡Tenía razón! ¡Aquí está!

—¿El qué?

—¡El anuncio!

Perry acercóse a la mesa y se inclinó sobre el anuncio que Della indicaba con la punta de una barnizada uña.

> *Si la hija de Charles W. y Grace Seaton, que anteriormente vivió en Reno, Nevada, quiere ponerse en contacto con la caja postal XYZ del examiner de Los Ángeles, se enterará de algo de gran importancia para ella.*

Mason lanzó un silbido, diciendo:

—En la sección de anuncios personales, ¿eh?

Della Street asintió, dirigió una sonrisa a su jefe y dijo:

—Tengo mucha más fe que usted en sus juicios. Si usted creyó que decía la verdad acerca de un anuncio, yo estaba dispuesta a apostar lo que fuera en ellos. Por eso, cuando fracasaron las otras secciones, decidí consultar la de anuncios personales.

—Miremos el *Times* y veamos si también aparece allí el anuncio. ¿De cuándo es este periódico?

—De ayer.

Mason abrió el *Times* por la sección de anuncios por palabras, y recorrió con el dedo la larga columna de anuncios personales.

—¡Mire esto, Della! —exclamó, de pronto.

Juntos leyeron este anuncio:

> *Se desea información que me permita ponerme en contacto con Janice Seaton, que cumplirá los veintidós años el diecinueve de febrero. Es enfermera diplomada, pelirroja, ojos azules, atractiva. Peso, unos cincuenta kilos. Altura, un metro cincuenta. Es hija de Charles W. Seaton, que murió hace seis meses en un accidente de automóvil. Veinticinco dólares de gratificación a la primera persona que pueda dar informes exactos. Escribir a ABC, Times, de los Ángeles.*

Della Street recortó los dos anuncios.

—¿Bien? —inquirió.

—Eso salva mi honor ante Drake —sonrió Perry Mason.

—Y complica aún más la cosa, ¿verdad?

—Sí, se complica. Llame a Paul y dígale que vamos a cenar. No le explique nada de los anuncios. Dejemos que él los encuentre. Dígale que nos venga a ver después de la cena.

—Oiga, jefe, ¿no estará usted poniendo el carro delante del caballo? Estamos averiguando muchas cosas *del* obispo, pero ninguna *para* el obispo. Al fin y al cabo, lo que al obispo le interesa era un caso de homicidio casual.

Mason asintió, pensativo, y dijo:

—Eso fue lo que él dijo que deseaba saber. Pero olí algo gordo en el ambiente y el olor aumenta en intensidad. Lo que me preocupa es que ese olor se hace demasiado intenso. He tratado de juntar dos y dos y el resultado que me da es un seis.

Capítulo 4

Perry Mason estaba de un excelente humor cuando encargó la cena. Della Street, observándole, comentó:

—Galopa usted sobre nubes, ¿verdad?

Perry asintió, con los ojos llenos de la alegría de vivir.

—¡Cómo me encantan las historias, Della! —dijo—. Odio la rutina. Odio los detalles. Me entusiasma enfrentarme en una lucha de ingenios contra los criminales. Me gusta que la gente me diga mentiras y darme cuenta de que me las dicen. Me gusta oír hablar a la gente y preguntarme cuánto hay de verdad y cuánto de falso en lo que me dicen. Me gusta la vida de acción. Me gusta atar cabos, como el que junta piezas de un rompecabezas.

—¿Y cree que el obispo tartamudo trata de engañarle?

—¡Maldito si lo sé! —replicó Mason, jugueteando con la copa de su cóctel—. El obispo juega un juego muy difícil. Lo presentí desde el momento en que entró en mi despacho. Y no sé por qué, tuve la impresión de que deseaba tenerme a oscuras acerca de sus verdaderas intenciones. Por eso me he tomado tantas molestias por averiguar su juego.

—¿Y lo ha adivinado?

—Algo. Empecemos por el principio. Un hombre que dice ser obispo australiano acude a visitarme. Está tan emocionado que tartamudea. Cada vez que esto le ocurre, el hombre se irrita consigo mismo. Ahora bien, ¿por qué?

—Porque sabe que un obispo no debe tartamudear —respondió Della—. Tal vez sea algo reciente y tema que al volver a Australia continúe el tartamudeo.

—Muy lógica explicación —aprobó Mason—. Lo mismo pensé yo desde el primer momento. Pero supongamos que el hombre no es

verdaderamente un obispo, sino un delincuente disfrazado, por algún motivo, con la personalidad del obispo Mallory, de Sydney. Tiende a tartamudear siempre que se excita. Por lo tanto, hace lo humanamente posible por no tartamudear, y el resultado es que tartamudea más. Teme que eso le descubra.

Della Street asintió con la cabeza.

—Ahora bien. Ese obispo quiere verme por un caso de homicidio casual. Pero no de un homicidio cualquiera, sino por el cometido precisamente por Julia Branner, que fue esposa de Oscar Brownley, hijo mayor de Renwold C. Brownley.

»El más joven de los hijos de Brownley murió hace seis o siete años. Oscar se marchó con su mujer, nadie sabe dónde. Luego volvió. Pero su esposa no volvió con él. Le aguardaba una orden de arresto por homicidio casual. Pero da la casualidad que tal orden de arresto no fue dictada hasta unos meses después del accidente.

—¿Y qué?

—Pues supongamos que Renwold C. Brownley se enteró de que su hijo iba a volver y temió que le acompañara su esposa. ¿No será una jugada muy astuta hacer que se dictase la orden de arresto y hacer saber a su hijo que si su esposa regresaba a California sería detenida y juzgada por un delito de homicidio casual?

Della Street asintió, distraídamente, apartó el plato de sopa y preguntó:

—¿No son dos los nietos que viven con Renwold C. Brownley?

—Sí. Philip Brownley, cuyo padre fue el hijo menor, y la muchacha, de cuyo nombre de pila no me acuerdo, pero que es la hija de Oscar. Ahora bien, el obispo Mallory llega en el *Monterrey*, permanece cuatro días o cinco en San Francisco, inserta algunos anuncios en la sección correspondiente de la prensa local y…

—¡Un momento! —interrumpió Della—. Acabo de recordar algo. ¿Dice que el obispo vino en el *Monterrey*?

—Sí, ¿por qué?

Della soltó una nerviosa carcajada y respondió:

—No sé por qué me gusta leer todo cuanto hace la alta sociedad, las estrellas de cine y las de teatro, y creo que todas las secretarias hacen lo mismo, aunque muchas de ellas, como yo, no podrían vivir sin trabajar.

—Déjese de rodeos y vaya recta al asunto —indicó Perry.

—Pues bien —Della hablaba lentamente—. Recuerdo perfectamente haber leído que la nieta de Renwold C. Brownley figuraba entre los pasajeros del *Monterrey*, habiendo hecho la travesía desde Sidney hasta San Francisco. Los periódicos decían que la joven y atractiva heredera constituyó, durante el viaje, el centro de la vida social del buque.

—¡Doce! —exclamó Perry. Y ante la mirada de asombro de su secretaria, añadió—: Hace un momento le decía que había sumado dos y dos y que me daba seis en lugar de cuatro. Pues añora me da doce.

—¿Doce qué?

Mason movió negativamente la cabeza.

—No pensemos más en ello. Descansemos. Hay que comer, beber, divertirse y estar bien alegres. Luego volveremos a la oficina y cambiaremos impresiones con Drake. Puede que, por entonces, lo que persigo ya se haya convertido en un espejismo.

Mason, durante el resto de la cena, se negó a dejarse sonsacar por su secretaria ni a dedicar ningún pensamiento al asunto. Sólo después de los postres declaró:

—Bueno, Della, volvamos otra vez a la persecución del espejismo. Y asegurémonos si realmente es o no un espejismo.

—¿Usted cree que lo es? —preguntó Della.

—No lo sé. Pero temo que no lo sea. No hablemos más y vayamos a la oficina. Seguramente Drake nos estará esperando.

* * *

Paul Drake llamó a la puerta del despacho particular de Perry Mason, y Della fue a abrir.

—¿Qué hay del obispo, Paul? —preguntó Mason, sin preámbulos.

—En estos momentos, el obispo está en condiciones perfectas de navegar por sus propios medios —confesó Drake—. Ha salido del hospital y ha vuelto a su hotel. De momento no puede llevar sombrero. Lleva la cabeza tan envuelta en vendajes que sólo le

asoma un ojo y la punta de la nariz.

—¿Y qué hay de la pelirroja?

—Sigue en su piso de West Adams Street. No se ha movido. Parece que aguarda que el obispo la llame y no piensa moverse.

—Esto no tiene sentido, Paul —declaró Mason.

—Al fin y al cabo, sólo será una de las cosas que no tienen sentido —asintió el detective—. Cuando nos presentamos en su casa, la chica estaba haciendo las maletas. Es indudable que se disponía a salir de paseo. Admitió que debía viajar con el obispo. Por lo tanto, espera sus instrucciones. Desde que entró no ha asomado ni la nariz fuera de casa.

—¿No ha ido a comer?

—No ha abierto la puerta ni para tirar la basura.

—Bien… —Mason quedó pensativo—. Della ha descubierto un detalle que puede ser importante. Janice Alva Brownley vino de Australia en el *Monterrey*.

—¿Y qué?

—Pues que el obispo Mallory vino en el mismo barco. Estuvieron juntos durante dos o tres semanas a bordo de la nave, y a menos que haya algo turbio en todo ello, la mujer por quien investiga el obispo es la madre de la Brownley.

Drake frunció el ceño, pensativamente.

—Se me ha ocurrido una idea y te la voy a exponer, Paul —dijo Mason—. Supón que la Branner se marchase a Australia. Supón que después que Oscar regresó a los Estados Unidos, ella tuviera una hija. Supón que el obispo Mallory, que tal vez entonces era tan sólo simple párroco, recibió a la niña para colocarla en alguna buena casa. Supón que la entregase a una familia llamada Seaton, y que al volver a los Estados Unidos se encontrase con que otra mujer había suplantado a la verdadera nieta de Renwold. Inmediatamente se dio cuenta de que Janice Alva Brownley era una impostora. Pero supón que quisiera jugar muy cautamente y reunir pruebas antes de lanzar el ataque. Quería desenterrar a la verdadera Janice. ¿Por qué no ha de encajar esto en el asunto?

Drake reflexionó un momento y luego dijo:

—No. Eso es imposible, Perry. En primer lugar no son más que suposiciones. Después, la muchacha no pudo haber sido admitida en

casa de los Brownley sin que su madre se enterara; y si hubiera sido una chica por otra, no cabe duda de que la madre había armado buen escándalo.

—Supón que la madre estuviera lejos de aquí y que no se hallase enterada de nada de cuanto ocurría. Puede presentarse de un momento a otro y armar un escándalo.

—De todas formas, por ahora no ha aparecido —replicó Drake—. Y piensa que las mujeres cambian con una facilidad enorme de aspecto. El obispo Mallory estará más interesado en sus asuntos eclesiásticos que en hacer de campeón de niños abandonados o adoptados. Además, desde el primer momento he tenido la impresión de que ese obispo es un tramposo. Lo del tartamudeo es lo más condenatorio.

—Tampoco a mí me gusta eso —confesó Perry.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Hablar con el obispo Mallory. Podemos ir a verle si antes no se pone él en comunicación conmigo. ¿Cuánto hace que llegó al hotel?

—Una media hora.

—¿Conoces sus declaraciones a la policía?

—Pues dijo que al abrir la puerta le habían atacado por la espalda y que no recordaba nada más.

—Eso no explica los espejos rotos, las sillas caídas, la lámpara… Paul, en aquella habitación tuvo lugar una lucha enconada.

—Yo no hago más que repetirte lo que contó a la policía —replicó Drake—. Sin embargo, ten en cuenta que cuando un hombre recibe un mazazo en la cabeza, puede olvidar muchas cosas.

—¿Tienes puesta vigilancia al obispo? —preguntó Mason.

—Dos hombres en dos coches distintos. No le perderemos de vista.

Mason reflexionó un momento y luego, poniéndose de pie, dijo:

—Vamos a ver a la Seaton. Y que Della nos acompañe. Tal vez el verla calme un poco a la pelirroja y podamos sacar más cosas.

—No sacarás nada —refunfuñó Drake—. Mentiras y nada más que mentiras.

—Por lo menos en una cosa me dijo la verdad.

—¿En qué?

—En lo de haberse puesto en relación con el obispo por medio de un anuncio en la Prensa.

A una seña de Mason, Della entregó a Drake los dos recortes. El detective los examinó con el ceño fruncido y al fin preguntó:

—¿Qué diablos significa esto, Perry?

—No sé, Paul, a menos que se trate de lo que he pensado. ¿Has sabido algo de Australia?

—No. He enviado a mis corresponsales una descripción completa de Mallory y les pido la dirección actual del obispo.

Mason reflexionó unos instantes, declarando al fin:

—Sigo creyendo que en la Seaton tenemos la clave del misterio. Vayamos a verla y a hacerle unas cuantas preguntas. Luego visitaremos a nuestro buen obispo tartamudo.

—Ya sé que no es asunto mío, Perry —dijo Drake—. Pero, ¿por qué tomarte tantos trabajos por un caso del que seguramente no sacarás nada, que aún no te ha dado un centavo y en el que nadie parece tener demasiados deseos de tus servicios?

Mason se encogió de hombros y replicó:

—Sospecho, Paul, que no te das cuenta de las grandes posibilidades de la situación. En primer lugar se trata de un misterio, y ya sabes mi pasión por los misterios. En segundo lugar, a menos que todos los indicios fallen, estoy seguro de que antes de veinticuatro horas recibiré la visita de una mujer que dirá llamarse Julia Branner o la señora de Oscar Brownley.

—Puede que sea también una falsaria. Si no lo es… pues tendrás mucha acción.

Mason se puso el sombrero y dijo:

—Vamos.

Llegaron a la casa de West Adams Street y subieron a la habitación 328, llamando suavemente a la puerta, sin obtener ninguna respuesta. Drake llamó con más fuerza, con idéntico resultado.

—Espera un momento, Paul —aconsejó Mason—. Tengo una idea. —Volvióse hacia Della Street y dijo—: Diga: «Ábreme, Janice, soy yo».

Las palabras de Della tampoco lograron ningún resultado. Al otro lado de la puerta no se oía ningún ruido ni se advertía ninguna

luz.

—Tiene que estar —insistió Drake—. Si hubiera salido, mis hombres me habrían avisado sin ninguna duda, es seguro.

—Puede que esté en algún otro piso —sugirió Della.

—O tal vez no quiera abrir —replicó Drake—. Sé de un medio muy seguro para averiguarlo.

—Hablando como abogado, debo decirte que semejante método es ilegal —observó Mason.

Drake sacó una carterita llavero y eligió un par de llaves maestras.

—¿De qué podrán acusarnos? ¿De malas intenciones o curiosidad?

—Curiosidad —contestó Mason.

Drake abrió la puerta y, volviéndose hacia Della, encargó:

—Si se acercara alguien, silbe. Nos encerraremos dentro.

—No se preocupe, vigilaré.

—¿Encendemos la luz? —preguntó Drake, al entrar en la habitación.

—Claro, pero cierre antes la puerta —advirtió Mason.

Al parecer la habitación estaba tal como la habían visto horas antes. Los trajes estaban amontonados sobre la cama, el baúl armario aparecía abierto en el centro de la habitación y parcialmente lleno.

—A ver si la encontramos muerta y nos metemos en un magnífico lío —murmuró temblorosamente Drake.

—No hace falta que me lo digas —replicó Mason.

Por separado llevaron a cabo una rápida y meticulosa búsqueda, reuniéndose de nuevo junto a la cama, sin haber logrado nada.

—Bueno, Perry, ha sido más lista que nosotros —sonrió Drake—. Claro que siempre existe la posibilidad de que haya ido a ver a alguna amiga que viva en la misma casa.

—No lo creo —replicó Mason—. En tal caso habría terminado de hacer el equipaje para poderse largar tan pronto como la cosa se despejase. Seguramente salió por la puerta trasera cinco minutos después de marcharnos nosotros y antes de que llegara el hombre que pusiste allí de vigilancia.

—Creo que tienes razón —suspiró Drake—. Pero me indigna que

se haya burlado de nosotros con tanta facilidad.

—Bueno, vayamos a ver al obispo —indicó Mason—. Usted, Della, vuelva a la oficina y deje encendida la luz y abierta la puerta.

Notando la interrogación que brillaba en los ojos de su secretaria, añadió:

—Espero la visita de Julia Branner o la señora de Oscar Brownley. La acompañaremos hasta el bulevar y allí podrá usted tomar un taxi. Mientras tanto, nosotros iremos al Hotel Regal.

Drake dio orden a sus hombres de seguir vigilando la casa por si volvía Janice Seaton. Luego condujeron a Della hasta el bulevar, vieron cómo se encaminaba a la oficina en un taxi, y marcharon después hacia el Hotel Regal.

En el hotel, Drake miró a su alrededor y dijo:

—No veo a ninguno de los muchachos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Perry.

—Pues que el hombre se ha marchado.

—A reunirse en algún sitio con la Seaton —sugirió Mason.

—Buscaré a Pauley y veré si sabe algo —declaró Drake—. Ahí viene. ¡Eh, Jim!

—Ese Mallory es un obispo anglicano —dijo—. Ahora está con la cabeza medio deshecha. Pero es un hombre decente. Ha dicho que no le falta nada y que no armará ningún jaleo. En tales circunstancias, no tenemos inconveniente en que siga aquí. A propósito, se marchó hace poco y dejó una carta para el señor Mason. Está en el despacho de recepción. Se la iré a buscar.

El detective sacó la carta de una de las casillas de la correspondencia y la entregó al asombrado Mason. Su asombro aumentó más al leer en el sobre:

«Perry Mason, abogado».
Para entregar al señor Mason esta misma noche, cuando acuda al hotel.

Mason abrió la carta. Dentro apareció un billete de cinco dólares sujeto a una hoja de papel de cartas con el membrete del hotel. Una breve nota decía:

Apreciado señor Mason:

Al salir de su oficina me di cuenta de que me habían seguido, y por ello logré que el portero me dejase salir por la puerta trasera. Más tarde telefoneé para localizar un taxi en que había ido a su oficina y me dijeron que usted lo había ya pagado. Por ello le reembolso el dinero gastado.

Respecto al consejo que usted me dio, ya recibirá pronto noticias.

William Mallory.

Mason lanzó un suspiro, guardó en un bolsillo el billete de cinco dólares y preguntó a Pauley:

—¿No dijo Mallory cuándo volvería?

Pauley movió negativamente la cabeza.

—No. Por cierto que es una excelente persona ese obispo. No parece sentir ningún odio por los que le atacaron. Y eso que le obligaron a ir hecho una birria, con la cabeza vendada como si llevase un turbante.

—¿Y si llamaras a tu oficina? —preguntó Mason a Drake.

El detective entró en la cabina telefónica y habló unos minutos por teléfono. Luego llamó a Mason y anunció, en voz baja.

—Mis hombres han enviado ya sus informes. Siguieron al obispo hasta el muelle ciento cincuenta y siete y cincuenta y ocho, de Los Ángeles. Se detuvo en una casa de préstamos y adquirió dos maletas y algunas ropas. De allí le siguieron hasta el muelle. Embarcó en el *Monterrey* y no volvió a bajar. El barco zarpó esta noche para Australia, vía Honolulú y Pago Pago. Mis hombres siguieron al buque en una lancha a motor, hasta más allá del rompeolas, para asegurarse de que el obispo no desembarcaba. Me parece que tu amigo ha levantado el vuelo. Ve con cuidado, Perry. Puede darte un disgusto.

Mason se encogió de hombros y pidió:

—Déjeme telefonear, Paul.

La voz de Della Street sonó llena de excitación.

—¡Oh, jefe! —exclamó—. ¡Ha ganado usted!

—¿En qué? —preguntó Mason.

—Julia Branner está en la oficina, aquí, y dice que necesita verle en seguida.

Capítulo 5

Julia Branner miró a Perry Mason. Sus ojos tenían un tono gris rojizo que armonizaba con su cabello. Su rostro era el de una mujer bordeando los treinta años, pero al sonreír aparecían en su rostro reveladoras arrugas.

—No tengo costumbre de atender clientes a estas horas de la noche —dijo Mason.

—Vi la luz de su oficina y entré —respondió Julia Branner—. Su secretaria me dijo que seguramente usted querría verme.

—¿Vive en la ciudad? —preguntó Mason.

—Estoy con una amiga en el doscientos catorce A de West Beechwood.

—¿Soltera o casada? —preguntó el abogado.

—Voy por el mundo con el nombre de señorita Branner.

—¿Trabaja?

—Ahora no, pero he trabajado hasta hace poco. Tengo algún dinero.

—¿Ha trabajado en esta ciudad?

—No.

—¿Dónde, pues?

—¿Es que importa mucho eso?

—Sí.

—En Salt Lake City.

—¿Y dice que vive con una amiga?

—Sí.

—¿Alguien a quien conoció hace mucho tiempo?

—Sí, la conocí en Salt Lake City. Hace años que nos conocemos. Compartimos un piso en Salt Lake City.

—¿Tiene teléfono?

—Sí. Blandstone, ocho-siete-uno-nueve.

—¿En qué se ocupa?

—Soy enfermera… Pero, ¿no sería mejor que antes de meternos en esos detalles nimios le explicara a qué he venido y para qué deseo verle, señor Mason?

Mason movió negativamente la cabeza y replicó:

—Me gusta conocer esos detalles antes de meterme de lleno en el asunto. ¿A qué se debe que haya venido usted a consultarme?

—Oí decir que era usted un excepcional abogado.

—¿Y vino usted de Salt Lake City para verme?

—No es eso.

—¿Vino en tren?

—No, en avión.

—¿Cuándo?

—Hace poco.

—Dígame exactamente el día en que llegó.

—A las diez de esta mañana… si es que necesita usted saberlo.

—¿Quién le recomendó que me viese?

—Un hombre a quien conocí en Australia.

Mason arqueó las cejas en muda interrogación.

—El obispo Mallory —siguió Julia Branner—. Cuando le conocí no era obispo, pero ahora lo es.

—¿Y él le indicó que me viniese a ver?

—Sí.

—Entonces… ¿ha visto usted al obispo desde que llegó aquí?

La mujer vaciló un momento, diciendo luego, con voz lenta:

—No veo qué diferencia puede haber, señor Perry Mason.

El abogado sonrió.

—Tal vez tenga usted razón, sobre todo teniendo en cuenta que me abruma un trabajo enorme y creo que no podré ocuparme de su asunto. Tengo muchas ocupaciones…

—Pero… ¡usted tiene que ayudarme! —exclamó la mujer—. Es preciso.

—¿*Cuándo* ha visto usted al obispo Mallory? —preguntó Mason.

—Hace unas horas —suspiró Julia Branner.

—Pero usted ha llegado sola esta mañana, ¿no es así?

—Sí.

—¿Por qué no vino a verme en las horas de oficina?

La mujer se revolvió inquieta. Por un momento la ira brilló en sus rojas pupilas. Luego aspiró muy hondo, y contestó:

—El obispo Mallory me aconsejó que viniera a verle a usted. No pude ver al obispo hasta hace muy poco. Sufrió un accidente y se encontraba en el hospital.

—¿Y entonces le aconsejó que viniera a verme?

—Sí.

—¿Le dio alguna carta de recomendación?

—No.

—Entonces… —la voz de Mason sonó acusadora—. Entonces no tiene usted absolutamente nada que me pueda demostrar que conoce al obispo Mallory, que le ha visto hace poco y que él la aconsejó que me viniera a ver.

La mujer negó con la cabeza.

—Pues, en tales circunstancias, lamento no poder ocuparme de su asunto —continuó Mason malhumorado.

Julia Branner pareció luchar un momento consigo misma, luego abrió el negro monedero que hasta entonces había guardado en el regazo.

—Creo que esto podrá contestar a su pregunta —dijo.

Sus enguantadas manos rebuscaron en el interior del monedero. Los ojos de Mason brillaron interesados al reflejarse la luz en la azulada superficie de una pequeña pistola automática que reposaba dentro del monedero. Como notando el escrutinio del abogado, la mujer movióse lateralmente, ocultando el monedero a la vista del abogado. Luego sacó un sobre amarillo, un telegrama de la «Western Union», y lo tendió a Mason, después de cerrar el bolso.

El telegrama había sido enviado desde San Francisco, dirigido Julia Branner, en el Hospital de Las Hermanas de Salt Lake City, Utah, y decía, simplemente:

> *«Reúnase conmigo en Hotel Regal, Los Angeles, tarde día cuatro, trayendo todos documentos. William Mallory».*

Mason frunció el ceño e inquirió:

—¿No vio al obispo esta tarde?

—No, ya le dije que estaba herido.

—¿Le vio esta noche, hace unas horas?

—Sí.

—¿Y qué fue lo que le dijo?

—Me aconsejó que viniese a verle y le explicara toda mi historia.

Mason se recostó en un sillón y dijo:

—Empiece.

—¿Conoce usted a Renwold C. Brownley?

—Le he oído nombrar.

—¿Ha oído usted hablar de un tal Oscar Brownley?

—Sí, he oído hablar de él.

—Yo soy… su esposa.

Julia Branner hizo una dramática pausa. Perry Mason sacó un cigarrillo de la caja que tenía cerca y continuó:

—Y según creo es usted también una fugitiva de la Justicia, acusada de un delito de homicidio casual, habiendo sido dictada contra usted orden de detención en Orange County.

La mujer abrió la boca, como si hubiera recibido un puñetazo en el plexo solar.

—¿Cómo… cómo sabe usted eso? El obispo no se lo debió decir.

Mason encogióse de hombros y dijo:

—Se lo he explicado sólo para que se diera usted cuenta de que vale más no venirme con engaños. Ahora continúe con su historia y procure no ocultarme nada.

Julia Branner respiró muy hondo y empezó a explicar rápidamente su historia, que fluía de sus labios como si se tratara de algo aprendido de memoria.

—Hace veintidós años —dijo—. Yo era muy loca, mucho. Renwold C. Brownley comerciaba en fincas y no tenía demasiado dinero. Oscar era la niña de sus ojos, pero a Oscar le gustaba vivir. Yo era enfermera. Conocí a Oscar en una fiesta. Se enamoró de mí y nos casamos. Fue una de esas cosas que ocurren tantas veces.

»Su padre se puso hecho una fiera porque no le habíamos consultado; pero crea que a no ser por el accidente de auto todo hubiera acabado arreglándose. Aquello lo enredó todo. Habíamos bebido un poco, pero yo no estaba borracha. Un viejo cuyas

reacciones eran inconcebibles, y que en modo alguno debiera haber guiado un coche, torció una curva por el lado contrario. Yo traté de evitarlo torciendo hacia la izquierda. Si él se hubiera quedado donde estaba todo hubiera ido bien. Pero se puso nervioso y torció también hacia su derecha. Total, que cuando ocurrió el accidente pareció que yo estaba en el lado contrario al que debía seguir, y él en el debido.

»No estaba borracha, pero había bebido algo. Oscar estaba completamente fuera de este mundo. Por eso guiaba yo.

»En Orange County son terribles. Ya debe de saberlo usted. Le meten a uno en la cárcel por ir a cincuenta por hora. Oscar se puso en contacto con su padre y nos soltaron. Además, estábamos en viaje de novios. Fuimos a Australia.

»Entonces fue cuando me engañaron sin que yo lo sospechara. Oscar pidió a su padre que echara tierra al asunto y pagase lo que fuera necesario; pero tal como ocurrieron luego las cosas, se ve que mi suegro hizo todo lo contrario. Fue entonces cuando empezó a ganar dinero en grande. Oscar era su preferido. Pensó que Oscar había sido cazado por una aventurera, que se hubiera entregado a él o a cualquier otro, con casamiento o sin él. Nos hallábamos en un país extraño. Tuve muchas dificultades en encontrar trabajo. Oscar no consiguió nada. Su padre debió de lograr que el suceso no trascendiera, pero al mismo tiempo obtuvo que se dictara una orden de arresto contra mí, de forma que me fuese imposible volver al país. Luego se puso en comunicación secreta con Oscar.

»Por entonces yo ignoraba todo eso. Un día, al volver a casa, descubrí que Oscar se había marchado. Su padre le envió dinero para que volviese a casa. Trabajé durante unos meses, y luego ya no pude hacerlo hasta después del nacimiento de mi hija. Oscar no sabía nada de ello, y juré que jamás lo sabría. Le odiaba y odiaba a su familia. Entonces ignoraba yo el dinero que mi suegro estaba ganando, aunque, de saberlo, no me hubiera importado nada. Decidí valerme por mí misma… Pero me era imposible conservar a la niña, y por nada del mundo habría dejado que fuese a parar a manos de ellos.

»El obispo Mallory era entonces rector de la Iglesia Anglicana. Era el hombre más bueno que he conocido. Le gustaba ayudar a la

gente, y me ayudó con todas sus fuerzas. Confié en él, un día me dijo que había encontrado un buen hogar para Janice. Dijo que la gente no era muy rica, pero que estaba en buena posición y podían educar bien a Janice. Pero insistían en que yo no debía saber quiénes eran ni intentar seguirles. El obispo Mallory hizo promesa formal de no decirme a mí ni a nadie dónde estaba la niña.

—¿Cumplió su promesa? —preguntó Mason.

—Por completo —replicó Julia Branner, con lágrimas en los ojos —. Cuando una es joven obra impulsivamente. Hacemos las cosas sin pensar que luego nos arrepentiremos de ellas. Me casé impulsivamente e impulsivamente cedí los derechos sobre mi hija. Las dos cosas las he lamentado —los labios de Julia Branner temblaron—. Claro que las lamentaciones no arreglan nada.

Echó hacia atrás la cabeza y siguió:

—No tenga miedo, señor Mason, no me voy a echar a llorar. Me he abierto camino en la vida. En un momento u otro he saltado por encima de todas las convenciones sociales y he pagado el precio exigido por ello. No he vacilado y no vacilaré tampoco ahora.

»Al cabo de varios años regresé a Estados Unidos. Averigüé que Renwold C. Brownley nadaba en dinero. Al parecer, Oscar no tenía otra cosa que lo que recibía de su padre. Como es natural, me dije que Oscar debía hacer algo por mí. Me puse en contacto con él. Me contestó con una carta muy breve. Por lo que a él se refería yo era una simple fugitiva de la Justicia. Si regresaba a California sería juzgada por el delito aquél. Comprendí en seguida la trama, pero, ¿qué podía hacer yo? Era una simple enfermera. Valiéndose de no sé qué medios, Oscar se había divorciado de mí. Renwold tenía millones. Existía una orden de detención contra mí. No era que me importara mucho volver a California. Tampoco quería que me volvieran a Oscar. Yo creí que debía hacer algún arreglo conmigo, pero tenía las manos atadas. Si yo intentaba algo me harían meter en la cárcel, perdería mis derechos de ciudadanía, mi título de enfermera y la posibilidad de ganarme la vida. Estaba tan asustada que no me atreví a consultar a un abogado.

Julia Branner hizo una pausa.

—Continúe —indicó Mason, con interés.

—Lo único que me interesaba era conseguir que mi hija

recibiese algo de lo que legalmente le corresponde. Por lo tanto, escribí a Australia. Por entonces, el reverendo William Mallory había ascendido a obispo, pero no pudo ayudarme en nada. Me recordó mi promesa y la suya. Mi hija estaba en manos de personas que eran muy buenas con ella. Los creía padres suyos, y ellos la querían tanto que habrían preferido morir antes que descubrirle la verdad. No tenían demasiado dinero, pero vivían bien. Me enteré de que mi hija tenía una gran disposición para la cura de enfermos y deseaba ser enfermera. Estaba estudiando en un hospital. Sobre todo quería aprender a cuidar niños. Removí cielo y tierra para dar con ella. Había una promesa, pero ¿qué me importaba a mí tal promesa? Gasté hasta el último centavo alquilando detectives. No pudieron encontrarla. El obispo Mallory fue demasiado astuto. Creí que ahora me lo diría todo. Mi hija es ya mayor de edad y además creo que sus padres adoptivos han muerto, pero el obispo no me ha querido decir nada. Sólo ha indicado que le vea a usted. Pero he descubierto que después de morir Oscar, Renwold C. Brownley se enteró de que en algún sitio tenía una nieta, y empleó detectives para dar con ella. Se llevó a vivir con él a una muchacha llamada Janice, pero el obispo Mallory me ha dicho que ésta no es la verdadera Janice.

—¿Y qué quiere usted que yo haga? —preguntó Perry Mason.

—Para mí nada, pero deseo que descubra el fraude y arranque la careta a esa falsa nieta. Quiero que encuentre a mi hija y la haga ocupar el puesto que merece.

—Eso no arreglaría nada —replicó Mason—. Renwold podría extender un testamento que la desheredase. Como que existe un nieto, ¿no es cierto?

—Sí, Philip Brownley. Pero estoy casi segura de que Renwold nunca desheredaría a Janice.

—¿Y eso es todo?

—Todo.

—¿Nada para usted?

—Ni un centavo.

Mason miró fijamente a la mujer, y de súbito preguntó:

—Julia, ¿por qué lleva usted esa pistola?

Instintivamente, la mujer agarró el monedero, como queriéndolo

defender. La mirada de Mason pareció taladrarla.

—¡Contésteme! —ordenó.

Con voz lenta Julia replicó:

—Tengo que salir del hospital a horas muy avanzadas de la noche. Algunas de las enfermeras han sido molestadas. La propia Policía indicó que sería bueno que fuésemos armadas.

—¿Tiene usted permiso de armas?

—Claro.

—¿Por qué la lleva ahora?

—No sé. Siempre la he llevado encima desde que la compré. Se ha convertido en algo tan natural como llevar el lápiz de los labios. Le juro que no es por otro motivo, señor Mason.

—Si tiene usted licencia de uso de armas sabrá que el número de su pistola lo tiene registrado la Policía.

—Sí, lo sé.

—¿Sabe usted que el obispo Mallory se embarcó súbitamente en el *Monterrey* dejando su equipaje en el Hotel Regal?

Julia Branner apretó con fuerza los labios y replicó:

—Prefiero no discutir sobre el comportamiento del obispo Mallory. Al fin y al cabo, lo que me ha traído aquí se refiere sólo a mi hija.

—¿Y cuándo quiere usted que empiece yo a trabajar?

—Ahora mismo —contestó Julia Branner, poniéndose en pie—. Quiero que luche con Renwold C. Brownley y le venza, demostrando que el dinero no le vale la inmunidad por todos los delitos cometidos. No quiero ni un centavo. Sólo deseo que le derrote.

Perry Mason miró fijamente a la mujer, luego descolgó el teléfono y pidió a Della Street:

—Llame a casa de Renwold C. Brownley.

Capítulo 6

La lluvia de medianoche había llenado de gotas las hojas de los arbustos, que relucían al reflejar la luz de los faros del auto de Mason al detenerse frente a la mansión de Renwold C. Brownley, y bajo la protección de una marquesina. Un mayordomo, cuya expresión era tan poco acogedora como la lluvia, abrió la puerta y preguntó:

—¿El señor Mason?

El abogado asintió.

—Por aquí, tenga la bondad. El señor Brownley le aguarda.

Y el mayordomo no hizo la menor intención de librar a Mason de su sombrero.

Condujo a Mason hasta un salón y de allí a una amplia biblioteca iluminada tenuamente con luces indirectas y amueblada con altos estantes de libros y profundos y cómodos sillones.

El nombre sentado a la enorme mesa escritorio de roble parecía un austero juez. Su cabello era blanco y tan fino que las cejas eran casi invisibles, dando a la cabeza un raro aspecto de ave de presa y aumentando la penetración de sus fríos ojos.

—Conque es usted Perry Mason, ¿eh? —dijo con voz en la que no había la menor señal de simpatía y semejante a la de quien observa por primera vez a un curioso ejemplar del reino animal.

Mason sacudió las gotas de lluvia de su gabardina mientras se la quitaba para dejarla encima de un sillón próximo. De pie, con el pecho dilatado, los pies separados y las manos en los bolsillos, replicó:

—Sí, yo soy Mason y usted es Brownley —y el abogado supo dar a su voz el mismo tono antipático que el otro había dado a la suya.

—Siéntese —invitó Brownley—. En parte me alegro de que haya

usted venido, señor Mason.

—Gracias —replicó éste—. Dentro de un momento me sentaré. De momento prefiero seguir en pie. ¿Por qué se alegra de que haya venido?

—Me dijo usted que deseaba hablarme acerca de Janice.

—Sí.

—Señor Mason, usted es un abogado muy inteligente.

—Muchas gracias.

—No me las dé. No le hago ningún cumplido. Reconozco un hecho. He seguido sus triunfos desde la Prensa con verdadero asombro. Y también con creciente curiosidad. Admito que me ha interesado usted y que he deseado más de una vez conocerle personalmente. En realidad, hasta llegué una vez a pensar en consultarle. Pero uno no se siente siempre inclinado a poner en manos de un abogado como usted, cuyo fuerte es la rapidez de imaginación, asuntos de negocios.

—¿Cree que me falta responsabilidad?

—No, no he querido decir eso. Pero su destreza está en lo espectacular y dramático. Cuando se haga usted más viejo, señor Mason, se dará cuenta de que los hombres de grandes intereses odian lo espectacular y dramático.

—Dicho con otras palabras: no me consultó usted.

—Eso es.

—Y desde el momento en que usted no se dignó buscar mis servicios, estoy en perfecta libertad de ofrecer esos servicios a las personas que están enfrente de usted.

Una sombra de sonrisa aleteó sobre los labios del hombre sentado a la mesa de roble, y rodeado por los exponentes de su riqueza.

—Bien hecho —aprobó—. Su destreza vuelve contra mí mis propios argumentos, lo cual concuerda con lo que he oído de su habilidad.

—Ya le he explicado sumariamente por teléfono lo que me trae aquí, señor Brownley, no soy un simple gladiador pagado para luchar a favor de quienes tengan fondos para utilizarme. Soy un luchador, sí, y me gusta pelear por quienes no son capaces de luchar por ellos mismos, pero no ofrezco a tontas y a locas mis

servicios. Lucho por la Justicia.

—¿Pretende usted decirme que se dedica a enderezar entuertos, señor Mason? —preguntó, con tono escéptico, Brownley.

—No le pido que crea nada de cuanto digo. Me limito a decir una cosa que usted puede creer o no.

—No es necesario que se ponga usted nervioso, señor.

Mason no replicó, dejándose caer en uno de los sillones y encendiendo un cigarrillo, comprendiendo que la seguridad del millonario había sufrido un buen quebranto.

—Ahora bien —siguió Mason—. Siempre que un hombre tiene lo que otros desean, está sujeto a toda clase de presiones. Usted tiene dinero. Otros hombres lo desean para ellos. Tratarán por todos los medios de ver la forma de librarle de parte de él. Tengo cierta habilidad como luchador y muchas personas tratan de abusar de mi credulidad para conseguir mis simpatías.

»Ahora voy a poner las cartas sobre la mesa y enseñarle a usted mi juego. La serie de sucesos que me han llevado a interesarme en este caso es muy curiosa. No estoy seguro de que no haya sido todo preparado para conseguir mi apoyo. Si es así no quiero que mi destreza se emplee para fines injustos o fraudulentos. Por otra parte, si la serie de acontecimientos no forma parte de un plan preconcebido, sino que obedece a la realidad, es muy posible que la persona que usted cree ser la hija de Oscar y de Julia Branner, no tenga ningún parentesco con usted.

—¿Tiene algo en qué fundar esa afirmación?

—Desde luego. Tengo el testimonio del único familiar superviviente; de Julia Branner.

No hubo la menor señal de emoción en el rostro de Brownley. Su sonrisa seguía siendo helada.

—¿Me permite preguntarle quién ha sido el que ha identificado a Julia Branner? —preguntó.

—Nadie —respondió Mason—. Y por ello acudo a usted. Si hay fraude contra mí, usted es la persona indicada para descubrirlo.

—¿Y si le convenzo de la realidad del fraude?

Mason separó las manos, con las palmas hacia delante, y dijo:

—Pues entonces el caso dejaría de interesarme. Pero entienda bien, señor Brownley, que es preciso que me convenza.

—Julia Branner es una aventurera —declaró el millonario—. Mis detectives han averiguado muchas cosas de su pasado antes de que conociera a mi hijo.

—Sin duda, si el pasado de muchas mujeres se mirase con el microscopio aparecería bastante turbio —replicó Mason.

—Esa mujer es una aventurera.

—¿Se refiere usted a Julia Branner, que se casó con su hijo?

—Desde luego.

—Entonces, el hecho de que fuese una aventurera no tiene nada que ver con la legalidad de la hija que trajo al mundo.

Brownley se humedeció los labios, vaciló un momento y siguió, como banquero que analiza los defectos de una operación financiera.

—Por fortuna para todos los interesados, la hija que trajo al mundo fue arrancada a su influencia desde la más tierna edad. No me interesa divulgar cómo ocurrió eso, ni dónde. Los informes me fueron proporcionados por hombres que estaban enteramente a mi servicio y a quienes movía tan sólo el interés de protegerme. Sé también, y sin duda usted podrá comprobarlo, que Julia Branner hizo desesperados esfuerzos por obtener la misma información para ella. Sólo que, gracias a mis enormes posibilidades, yo triunfé donde ella fracasó.

—¿Ha intentado alguna vez Julia Branner sacar algún beneficio del parentesco que le liga a usted? Le ruego que deje a un lado los prejuicios y me responda francamente.

El rostro de Brownley se ensombreció.

—No, nunca lo ha intentado —respondió—, porque he previsto lo necesario para impedirle semejante actividad.

—Supongo que se refiere al hecho de que usted podría anularla haciendo que la detuvieran por ser fugitiva de la Justicia.

—Puede interpretar como quiera todas mis palabras.

—Creo justo advertirle que si me intereso en este caso, protegeré hasta el límite los intereses de mi cliente, y que si se descubre que fue convertida en fugitiva de la Ley por medios ilegales y debido a la influencia personal de usted, le obligaré a que pague a muy caro precio el haberse valido de tal influencia.

—No me extraña que Perry Mason luche denodadamente —

replicó Brownley—, pero no creo que se vaya a interesar usted en el caso de Julia Branner. En primer lugar, tengo motivos para creer que la verdadera Julia Branner murió y que la mujer que se ha presentado a usted es una impostora.

—Nada de cuanto ha dicho usted hasta ahora demuestra que la joven a quien usted ha reconocido como nieta suya sea, en realidad, la hija de Julia Branner, sea quien sea Julia Branner. Por otra parte, tengo algunas pruebas que me inducen a creer que usted ha sido víctima de un engaño, un fraude o un error.

—Señor Mason, no voy a divulgar mis defensas por mucho que usted diga —replicó Brownley.

—Pues si usted no hace nada por convencerme, aceptaré la defensa del caso.

Durante unos segundos, Brownley permaneció sumido en honda meditación.

—Llegaré sólo hasta aquí —dijo al fin.

Y sacando de su bolsillo una cartera de piel de foca, extrajo de ella una carta.

Mason le observó cómo rasgaba el membrete y, después de breve vacilación, hacía lo mismo con la firma.

—Comprenderá usted que mis investigaciones fueron muy confidenciales —dijo. Estoy moralmente convencido de que la mujer que ha solicitado sus servicios no es la que se casó con mi hijo. Sé que la persona que ella presentará como su hija no es mi nieta. Creo que su interés por el asunto se debe a que cierta persona a quien usted considera irreprochable, y que debiera serlo, se ha interesado por la mujer que quiere ser su cliente. Por ello estoy dispuesto a dejarle ver esta carta. No le diré de quién es, pero sí puedo asegurarle que considero a quien la ha escrito por encima de todo reproche.

Brownley tendió la carta a Mason, que leyó:

> *Como resultado de nuestras investigaciones, creemos poder afirmar que se va a llevar a cabo un intento de desacreditar a la verdadera Janice Brownley y poner en su lugar a una impostora. Las partes interesadas en lograr esto han estado aguardando durante meses una oportunidad para iniciar sus actividades.*

A fin de tener éxito, interesarán a cierto abogado de gran fama que estará en condiciones de financiar la lucha, y para convencerle recurrirán a cierta persona de gran influencia.

Estas partes aguardaron a que el obispo William Mallory, de Sydney, Australia, se tomara el año de vacaciones. Mallory anunció su intención de pasar ese año en viaje de estudios, y para librarse de interrupciones pensaba guardar secreto su itinerario.

Nuestro investigador ha establecido contacto íntimo con esas partes y, por lo tanto, nos hallamos en condiciones de informarle de que un astuto impostor se hará pasar por el obispo Mallory y establecerá contacto con algún abogado elegido de antemano. Este falso obispo aparecerá en escena sólo el tiempo suficiente para ganar la credulidad del abogado. Luego desaparecerá. Le avisamos con anticipación para que pueda dar los pasos convenientes para la detención del tal impostor si es que permanece el suficiente tiempo en contacto con el abogado. De todas formas, puede estar seguro de que alguno de esos abogados belicosos se interesará por el asunto. Le aconsejamos que consulte a su propio abogado para anticiparse a los acontecimientos y poder trazar su propio plan de campaña. En los próximos días podremos darle más informes.

Suyos, muy atentos…

—Sin duda esta carta ha producido un gran efecto sobre usted, ¿verdad? —preguntó Mason.

—¿Y no se lo produce a usted? —preguntó el millonario, con acento de sorpresa.

—No.

—Pagué mucho dinero por esta carta —siguió Brownley—. Cuando me conozca mejor, señor Mason, sabrá que siempre que pago dinero por algo obtengo lo mejor. Permítame que insista en que la carta me ha producido un gran efecto.

—La carta *podría* haber producido efecto en mí sí me la hubiese usted mostrado como una carta —respondió Mason—, pero ha roto usted todo cuanto puede darle valor, convirtiéndola como tal.

El rostro del millonario reflejó su irritación.

—Si cree que voy a divulgar la identidad de mis investigadores, está en un error.

Mason se encogió de hombros y contestó:

—No creo nada. No he hecho más que echar sobre la mesa unas cuantas cartas y pedirle que me enseñara otras mejores. Hasta ahora no lo ha hecho usted.

—Ni lo haré —declaró Brownley.

Mason hizo intención de levantarse.

—¿Se marcha usted ya? —preguntó el millonario.

—Sí. Si me ha dicho todo cuanto puede decirme, no ha logrado convencerme.

—¿No se le ha ocurrido pensar alguna vez señor Mason, que usted no es de los que se dejan convencer?

—No, nunca. Y puesto que no me ha convencido, prepárese a luchar.

—Habla usted como un hombre de negocios —declaró Brownley —, pero voy a demostrarle, antes de que empiece el juego, que tiene usted la partida perdida.

—Eso es mucho decir, señor Brownley. Se me ha dado jaque en muchas ocasiones pero nunca jaque mate.

—Pues en esta ocasión, está usted en jaque-mate. El caso es, señor Mason, que no me interesa que el nombre de mi nieta ruede por las salas de los tribunales. No me interesa la publicidad periodística enfocada hacia mis asuntos privados. Por consiguiente, voy a impedirle que se meta en una lucha en favor de esa falsa nieta mía.

A su pesar, la voz de Mason reveló una gran sorpresa.

—¿Me va usted a impedir hacer algo que deseo hacer? —preguntó.

—Exacto.

—Se ha intentado antes —respondió secamente Mason—, pero jamás con éxito.

Los ojos de Brownley brillaron divertidos.

—Lo entiendo bien, señor abogado —dijo—, pero ya que ha investigado a mi familia pudo haberme investigado a mí, y en tal caso habría averiguado que soy un terrible luchador, de los que siempre logran lo que desean.

—Está usted haciendo cábalas sobre el resultado —dijo Mason—. Hace un momento usted hablaba de impedirme empezar la acción.

—Lo haré.

La sonrisa de cortés incredulidad de Mason fue suficiente comentario.

—Le impediré a usted que haga nada —siguió Brownley—. Y lo haré porque usted es un hombre de negocios. La otra parte no tiene fondos para luchar. Su única esperanza consiste en atraer a su lado un abogado con capital suficiente para financiar la lucha y que, a su vez, sea un buen luchador. Por lo tanto, si le demuestro a usted que no puede ganar, usted es lo bastante hombre de negocios para no empezar.

—Sería necesario mucho para convencerme de que no puedo ganar un caso —sonrió Mason—. Prefiero llegar personalmente a la siguiente conclusión.

—Comprendo —asintió Brownley—. No soy tan loco para pensar que puedo impedirle lanzarse a la lucha por establecer la legitimidad de esa falsa historia. Pero le advierto que una vez que haya logrado su intento, no conseguirá nada. El ser mi nieta no significa nada para nadie. La muchacha es mayor de edad y no estoy obligado a mantenerla. La única ventaja de establecer tal legitimidad sería la herencia en la cual la mayor parte de mi fortuna será legada a mi nieta Janice Brownley, e indicaré, especialmente, que al decir mi nieta me refiero a la que vive actualmente conmigo como mi nieta, y que no ha de hacerse ninguna diferencia en el caso de que el parentesco sea auténtico o no. Y por si usted consiguiera echar por tierra tal testamento, mañana mismo, además, traspasaré las tres cuartas partes de mis bienes a la muchacha que vive conmigo, reservándome una renta vitalicia para mí. La restante cuarta parte será igualmente traspasada a mi nieto.

Los ensombrecidos ojos de Brownley brillaron triunfantes.

—Ahora, señor abogado —siguió—, le presento una nuez legal completamente imposible de cascar. Le creo demasiado listo para darse de cabeza contra una pared. Pero, de todas formas, quiero que sepa que nunca me he enfrentado con un adversario tan peligroso como usted. Yo soy algo semejante a usted. Cuando me propongo

algo no me detengo ante nada. Pero en este caso tengo yo todos los ases y cartas altas, y las utilizaré con la mayor eficacia. Y ahora, señor Mason, le doy las buenas noches y le aseguro que he tenido un gran placer en conocerle.

Mason estrechó la firme mano del millonario y la halló fría como el hielo.

—El mayordomo le acompañará hasta su coche —siguió Brownley.

—¿No es usted abogado? —preguntó Mason, cuando el mayordomo abrió la puerta.

—No —respondió el millonario—, pero tengo a mi servicio los mejores que existen.

—Cuando haya terminado con el asunto cambiará usted de modo de pensar acerca de sus abogados —respondió Mason, recogiendo el sombrero y la gabardina—. Buenas noches, señor Brownley.

Cuando Mason iba a pisar el embrague de su auto descubrió, ante el luminoso haz que proyectaban los faros de su auto, la figura de un hombre joven que avanzaba contra la lluvia. Llevaba un impermeable con el cuello levantado y un sombrero con el ala caída sobre los ojos. Cuando Mason puso en marcha el auto, el hombre le hizo con los brazos señal de que parase.

Mason paró y bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Es usted el señor Mason? —dijo el joven.

—Sí.

—Soy Philip Brownley. ¿Significa eso algo para usted?

—¿El nieto de Renwold Brownley?

—Sí.

—¿Y desea hablarme?

—Sí.

—Es mejor que suba al auto y no se moje. ¿Quiere acompañarme a mi despacho?

—No. Mi abuelo no debe saber que nos hemos visto. ¿Habló usted con él?

—Sí.

—¿De qué?

—Será mejor que se lo pregunte usted a su abuelo.

—Fue acerca de Jan, ¿verdad?

—¿Jan?

—Janice, mi prima.

—No me creo en libertad de hablar de eso ahora —respondió Mason.

—Podría ser un aliado valioso para usted —ofreció Philip.

—Sí, podría usted serlo —reconoció el abogado.

—Al fin y al cabo, nuestros intereses tienen mucho en común.

—¿Quiere usted decir que sospecha que la persona que vive en esta casa bajo el nombre de Janice Brownley no es la hija de Oscar?

—Quiero decir que puedo ser un buen aliado para usted —respondió Philip.

—No creo que me interese discutir nada con usted ahora —dijo Mason.

—¿Es verdad que mi abuelo va a atarle a usted las manos traspasando su fortuna a Janice y reservándose una renta vitalicia para él?

—También eso es algo sobre lo cual no quiero discutir. Pero me gustaría mucho hablar con usted en un momento más propicio. ¿Qué le parece si acudiese usted mañana, a las diez, a mi oficina?

—¡No! ¡No! No puedo. ¿Es que no comprende usted lo que ha ocurrido? Mi abuelo tomó a su servicio a unos detectives privados para que encontraran a Janice. Les ofreció una bonificación de veinticinco mil dólares si daban con ella. No pudieron encontrar a Janice, pero no estaban dispuestos a desperdiciar esos veinticinco mil dólares; por lo tanto, falsificaron todo el asunto. Hace dos años que esa chica vive con mi abuelo y le ha hipnotizado por completo. Moralmente tengo derecho a la mitad de la fortuna, tanto si es falsa como si es la nieta real. Pero ella le tiene robado el sentido y mi abuelo le va a legar la mayor parte del dinero. Es una asquerosa aventurera que no se detendrá ante nada. Es…

La voz de Philip Brownley se quebró de indignación. Durante unos segundos sólo se oyó el rumor de la lluvia repiqueteando sobre el techo del auto, y el susurro del viento a través de las ramas. Mirando fijamente al joven, Mason preguntó:

—¿Y qué?

—Quiero que usted impida esa injusticia.

—¿Cómo?

—No lo sé. Eso es cuenta suya. Lo único que quiero decirle es que puede contar con mi apoyo. Pero ha de ser en secreto. Mi abuelo no debe saberlo.

—¿Puede pasar por mi oficina? —preguntó Mason.

—No, lo averiguaría.

—¿Cómo sabe que su prima es una aventurera?

—Por la manera que ha tenido que ganarse las simpatías de mi abuelo.

—Eso no es ninguna prueba.

—Hay otros detalles.

—Óigame, joven —dijo Mason—. Hace un momento, cuando se refirió usted a la chica, la nombró «Jan», o sea diminutivo cariñoso. Ahora bien, puede que usted desee ayudarme, y también puede ser que desee sonsacarme todo lo que sé y lo que pienso hacer. Le he ofrecido la oportunidad de acompañarme a mi oficina. Usted no ha querido. Ni siquiera acceder a ir a verme. No podrá hacerme creer que su abuelo le tiene tan vigilado. Además, si existe tal vigilancia, ya se habrán dado cuenta de que está usted hablando conmigo…

—¡Dios mío! —exclamó el joven—. ¡No había pensado en eso!

Dio media vuelta y corrió a refugiarse en las sombras del seto.

Mason aguardó unos minutos, luego puso en marcha el auto y se alejó de la casa.

Dirigióse a una de las oficinas de la «Western Union» y envió desde allí el siguiente radiograma:

Obispo William Mallory.

Buque Monterrey.

Navegando hacia Sydney, Australia, vía Honolulú.

Importantes acontecimientos obligan a que identifique usted a persona que dice ser Julia Branner y que visitó esta noche, poco después de la marcha de usted.

Pagó el radiograma y entró en seguida en la cabina telefónica, cerrando la puerta y llamando al número que Julia Branner le había dado.

Una voz de mujer respondió a la llamada.

—¿Es Julia Branner? —preguntó Mason.

—No. Soy su amiga Stella Kenwood. ¿Es usted el señor Mason, el abogado? Un momento, que Julia se pondrá al aparato.

—¿Qué ha averiguado? —preguntó Julia Branner, al coger el aparato—. Dígamelo en seguida.

—Nada animador —respondió Mason—. Brownley es un hombre muy duro. Está planeando extender un testamento dejando la mayor parte de su fortuna a la muchacha que vive con él bajo la identidad de Janice Brownley. También tiene pensado traspasarle en vida parte de su fortuna, dejando para él una simple renta vitalicia.

—¿Ya lo ha hecho? —preguntó Julia Branner.

—No. Lo hará mañana.

Mason oyó la acelerada respiración de Julia.

—¿No podemos hacer algo de hoy a mañana? —preguntó Julia Branner.

—No —respondió Perry Mason—. A menos que podamos demostrar que no está en su cabal juicio, no podemos impedirle que haga lo que quiera con su dinero. Pero podemos hacer algo que él no ha pensado. Se lo explicaré mañana por la mañana.

Hubo un silencio durante el cual Mason pudo oír el zumbido de la corriente a través de los hilos.

—¿Cree usted que podrá hacer algo, señor Mason? —dijo Julia Branner.

—Ya hablaré mañana con usted.

—Sus palabras me desaniman mucho —insistió la mujer—. Creo que nos derrotará, a menos…

—¿A menos qué? —preguntó Mason, al oír que Julia se interrumpía.

—A menos que yo haga algo que sólo pensaba hacer como recurso extremo.

—¿Qué?

—Creo que tengo un medio de convencer a Renwold Brownley.

—Óigame, no haga nada hasta que yo hable con usted. No podrá obligar a Brownley a que haga nada. Es astuto, duro y obstinado.

Viendo que sus palabras no recibían ninguna respuesta, Perry dio unos golpecitos y preguntó:

—¿Me ha oído?

—Sí, le he oído —replicó, con acento de indiferencia Julia—. ¿A qué hora podré verle mañana por la mañana?

—A las diez, en mi despacho —contestó Mason, colgando el receptor.

Capítulo 7

La lluvia repiqueteaba insistentemente en los cristales de la habitación de Mason cuando éste fue despertado por el timbre del teléfono.

—Diga —pidió, descolgando el aparato.

Oyó la voz de Drake, que le decía:

—Ha ocurrido algo gordo, Perry.

Mason se frotó los ojos y preguntó:

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué hora es?

—Son las tres y cuarto. Uno de mis hombres acaba de telefonearme desde Wilmengton. Querías que se investigara sobre Brownley y por lo tanto puse a uno de vigilancia en la casa. Hace cosa de una hora el viejo Brownley subió a su *coupé* y empezó a recorrer sitios. Llovía fuerte. Mi hombre le siguió. Al principio sin ninguna dificultad, hasta que Brownley se dirigió hacia el puerto. Mi hombre pensó que el millonario se dirigía a su yate y se distrajo un poco. Dejó que Brownley se le anticipara algo y le perdió de vista. Entonces mi hombre fue hacia el yate y le esperó allí, pero Brownley no compareció. Entonces mi hombre empezó a dar vueltas por el barrio para ver si lo encontraba. Haría unos diez minutos que daba vueltas cuando de pronto vio llegar a un hombre agitando los brazos. Mi agente detuvo el auto y el otro se dirigió a él y le dijo que Brownley había sido asesinado; que una mujer vestida con un impermeable blanco había salido de las sombras y, subiendo al estribo del auto de Brownley, le disparó cinco o seis tiros y luego escapó.

»El hombre estaba muy trastornado. Quería telefonear en seguida a la Policía. Mi agente le llevó hasta un teléfono y llamaron a la Policía y a una ambulancia, aunque el testigo afirma que

Brownley estaba tan muerto que era tontería llamar a ningún médico. Después que hubieron telefoneado, mi agente marchó a buscar el auto y el cadáver. No pudieron encontrarlo. Llegó la Policía y tampoco pudieron dar con el coche. Voy a ver lo qué ocurre y pensé que le interesaría estar enterado.

—¿Era Renwold C. Brownley? —preguntó Mason.

—En persona.

—Eso va a hacer ruido.

—¡Y que lo digas! —asintió el detective—. Antes de dos horas todos los periódicos de la ciudad estarán echando a la calle hojas extraordinarias.

—¿Dónde estás ahora?

—En mi oficina.

—Ven a buscarme en tu auto. Ya estaré vestido.

Mason colgó el aparato y saltó de la cama, cerrando la ventana con la mano derecha, mientras se desabrochaba el pijama con la izquierda. El abogado se hizo el nudo de la corbata en el ascensor y mientras cruzaba el vestíbulo se puso el impermeable, llegando a la calle en el momento en que el auto de Drake desembocaba en ella.

Mason se instaló de un salto al lado de su amigo y el auto apartóse del bordillo de la acera.

—¿Dices que fue una mujer la que cometió el crimen, Paul? —preguntó.

—Sí, una mujer con impermeable blanco.

—¿Qué sucedió?

—Por lo que entendí por teléfono, Brownley buscaba a alguien. Había reducido al mínimo la marcha de su auto y avanzaba junto a la acera cuando aquella mujer salió de las sombras. Sin duda le aguardaba, porque detuvo el auto y bajó el cristal. Ella subió al estribo y, empuñando una automática, disparó un montón de tiros. Luego saltó hacia atrás, echó a correr y desapareció por una calle lateral. El testigo la vio subir a un auto, un *Chevrolet*, pero no pudo tomar el número de matrícula. Entonces se acercó al *coupé* y vio a Brownley caído sobre el volante. Al parecer, todos los tiros hicieron blanco. El testigo echó a correr sin saber adónde iba. Dice que había corrido durante cinco o seis minutos cuando al fin vio al auto de mi agente.

—¿No se equivocaría de dirección?

—Lo más probable. ¿Estás nervioso, Perry? Pienso correr mucho.

—No tengas miedo por mí. ¿Cómo tienes los neumáticos?

—Buenos.

—Pues no vaciles. ¿No te han dicho nada tus agentes de Australia?

—Sí, por ahí encontrarás un telegrama —replicó Drake, tomando una curva sobre dos ruedas—. ¿Crees que podrás leer a la luz de los faros?

—Procuraré, si no me tiembla la mano. Por favor, Paul, ¿es que nunca tendrás prudencia?

—Claro que la tengo, pero me has distraído con lo del obispo.

Mason buscó y encontró el telegrama, y a la tenue luz que le llegaba desde los faros, leyó estas líneas:

> *Obispo William Mallory cincuenta y cinco años punto un metro sesenta altura punto noventa kilos punto ojos grises fumador habitual de pipa punto celebra su año de vacaciones e informa está en punto determinado de Estados Unidos.*

Mason dobló el telegrama.

—¿Qué le parece? —preguntó Drake.

—Cuida de guiar el coche y no te distraigas, Paul. Ya hablaremos cuando no estés frente al volante.

—La descripción que hace es la suya, ¿verdad? —preguntó Drake.

Mason no replicó y Drake, soltando una risita, dedicó su atención a conducir hasta llegar a un punto del barrio marítimo, donde la luz de sus faros se reflejó en el reluciente impermeable de un hombre que avanzó hacia ellos.

—Es Harry, Mason —dijo Drake.

—¡Hola, Harry! —saludó Mason—. ¿Qué hay de nuevo?

El agente de Drake asomó la cabeza por la ventanilla y al inclinarse para hablar derramó un chorro de agua sobre Drake, que chilló:

—Quítate el sombrero, ¡idiota! Siéntate atrás, si quieres hablar. No me gusta tomar duchas hasta por la mañana.

El agente se acomodó en el asiento posterior.

—Óigame y escuche lo que voy a decir —dijo, con acento de misterio—. Todo esto me da a mí muy mala espina. Fui a casa de Brownley como usted me dijo. Llovía a mares. Pensé que se trataba de un encargo de rutina. No imaginaba que ningún millonario sintiera deseos de salir por el mundo en una noche como ésta. A eso de la una y media llegó un taxi. Se encendieron las luces de la planta baja. Luego el taxi se marchó, pero se siguieron encendiendo más luces en la casa. Un cuarto de hora más tarde se encendió la luz del garaje. Luego se abrieron las puertas del mismo y vi los faros de un automóvil. Eché una mirada al coche cuando pasaba cerca de mí y pude ver que guiaba el viejo Brownley.

—¿Seguía lloviendo? —preguntó Mason.

—A mares.

—¿Y a Brownley no le acompañaba su chófer?

—No, iba solo.

—Continúa —indicó Drake.

—Seguí a Brownley con las luces apagadas la mayor parte del tiempo. Fue muy duro. No me atrevía a acercarme demasiado. Me llevaba mucha ventaja cuando llegamos aquí. Imaginé que se dirigía a su yate y cuando torció por una calle como si me hubiera visto e intentara librarse de mí, me dirigí recto al Yacht Club. Cuando pasaron unos minutos sin que apareciese empecé a recorrer los alrededores, metiéndome en todos los callejones y recovecos que pude encontrar. Al cabo de unos cinco minutos, vi llegar a un hombre corriendo.

—¿Sabes cómo se llama? —preguntó Drake.

—Sí, Gordon Bixler.

—¿Fue él quien te explicó lo de los tiros? —inquirió Mason.

—Sí.

—¿Qué dijo? —preguntó Drake.

—Un momento —pidió Mason—. Ya sabemos poco más o menos lo que dijo. Lo que me parece muy sospechoso es la presencia del tío ése en el barrio.

—Es de fiar —replicó el agente—. Comprobé su declaración. Es un deportista que venía de Catalina. Se retrasó a causa de la tormenta y llamó a su casa para que su criado filipino fuese a

buscarle con el auto. Sin duda al muchacho no le gustaba la lluvia o estaba jugando, porque no compareció, y Bixler, hecho una furia, se dirigía en busca de un taxi o de un teléfono. Le hice que me enseñase su tarjeta, su título de chófer y que me diera el nombre de su yate. La Policía también le interrogó.

—Está bien —aprobó Mason—. Sólo quería saber. Continúa con la historia.

—Bueno, pues Bixler explicó que había visto un gran *coupé* que avanzaba poco a poco, junto a la acera, como si la persona que lo guiaba esperase a alguien. De pronto una mujer salió de las sombras. Llevaba un impermeable blanco y saltó al estribo del *coupé*, le dijo algo al que guiaba, indicándole alguna dirección, y bajando del estribo dirigióse hacia una de las calles que dan a los muelles. El *coupé* torció en aquella dirección, y Bixler, con la esperanza de que le dejasen subir en el coche, les siguió. Cuando volvió a verlo observó cómo la mujer del impermeable blanco lo hacía detener otra vez y se acercó de nuevo a la ventanilla. Dice Bixler que de pronto vio varias llamaradas y escuchó cinco o seis disparos. La mujer corrió en seguida hacia una callejuela y Bixler se acercó al *coupé*. Antes de llegar vio cómo la mujer subía a un coche ligero. Cree que se trataba de un *Chevrolet*, pero no está seguro. Y cree que la mujer, subió a él, pero no está tampoco seguro. Dice que vio cómo el auto se ponía en marcha junto a él. Sea lo que sea, el caso es que el auto se marchó a toda prisa, perdiéndose en seguida entre la lluvia.

»Bixler llegó junto al *coupé*. El conductor estaba caído encima del volante, y la sangre caía a chorros hasta el suelo. Bixler dice que era Brownley y que estaba lleno de plomo.

—¿Y cómo sabía que era Brownley? —preguntó Perry Mason.

—Lo conocía del Yacht Club. Jura que no puede caber el menor error y que el hombre era verdaderamente Renwold C. Brownley, pues le ha visto infinidad de veces.

»Bixler echó a correr en busca de un teléfono o cualquier clase de ayuda. Creo que estaba muy trastornado. Dio varias vueltas, se perdió, enredóse, y cuando yo di con él dice que habían pasado de cinco a seis minutos desde los tiros.

»Estaba tan nervioso que casi no podía hablar. Trató de llevarme

al sitio donde había ocurrido el suceso, pero no supo encontrarlo. Dimos varias vueltas y saqué la conclusión de que el hombre estaba loco de remate. De no haber estado yo mismo sobre la pista de Renwold C. Brownley lo habría tomado como un sueño, pero el millonario tenía que estar por algún punto cercano.

»Bixler siguió gritando que quería telefonear a la Policía, y yo pensé que valía más hacerle caso en vez de andar dando vueltas sin ton ni son.

—¿Y qué más? —preguntó Mason.

—Llegó la policía y escucharon nuestras historias y…

—¿Les dijiste que estabas siguiendo a Brownley? —interrumpió Drake.

—De ninguna manera —contestó Harry, como si le ofendiera la pregunta—. Les dije que estaba por allí a ver si encontraba a unos. Añadí que trabajaba en un caso de divorcio.

—¿Te preguntaron quiénes eran esos unos?

—Aún no. Lo preguntarán más tarde. Estaban demasiado ocupados. Les dejé entrever que se trataba de una rubia.

—¿Logró dar la Policía con el auto?

—No. Eso es lo más curioso. Los policías creyeron como yo que Bixler estaba tan trastornado que no sabía indicar el sitio exacto, cuando de pronto uno de ellos descubrió con su linterna unas manchas de sangre en el suelo, casi en el lugar exacto donde Bixler decía que tuvo lugar el asesinato. Siguieron buscando por allí y encontraron un cartucho de automática del siete sesenta y cinco. Sin duda una de las cápsulas expulsadas de la pistola. Esto ya dio un cariz distinto a la cosa. Llovía, pero ya no tanto, y pudieron seguir las manchas de sangre que no habían sido borradas del todo por el agua. La dirección en que el auto parecía ir indicaba que debió caer al agua al llegar al final del muelle.

—¿Dónde está ese muelle? —preguntó Mason.

—Siga adelante, jefe, y le indicaré el sitio. Está un poco lejos del sitio en que quedamos para encontrarnos.

Al poco rato llegaron a un lugar donde se hallaban estacionados numerosos autos. La luz de los faros proporcionaba una extraña iluminación. Un reflector se hallaba enfocado sobre el agua. Un coche grúa estaba detenido al borde del muelle y se oía el ruido del

motor y un cable se hundía, tirante, en el agua, como si levantase algún peso muy grande. Drake bajó del coche y ordenó a su agente:

—Busca un sitio donde dejar el auto. Vamos, Perry.

El abogado estaba ya en tierra. Juntos se aproximaron al muelle, sin que los allí reunidos, demasiado ocupada su atención por lo que se estaba haciendo, se fijaran en ellos.

—¡Ya sube! —gritó de pronto uno de los hombres.

Un fotógrafo apartó a un lado a Mason y en el momento en que asomaba por encima del agua la carrocería de un gran automóvil, tomó una fotografía.

Los hombres se agruparon más y oyéronse voces de mando. Alguien gritó:

—No lo levantéis más hasta que enganchemos otro cable. Estando fuera del agua pesará más. No hay que arriesgarse a que se rompa el cable.

Hombres vestidos con grasientos monos engancharon otro cable y una nueva grúa entró en acción. Nuevas descargas de los reflectores de los fotógrafos. Una voz ordenó:

—¡Adelante!

Mientras todo el vehículo salía del agua, los policías se apresuraron a dejar el suficiente espacio libre para que el auto pudiera ser dejado por las grúas sobre el muelle. Mason se acercó lo más posible al cordón de policías y miró por encima del hombro de uno de ellos. Vio cómo inspeccionaban la parte interior del coche. Oyó exclamar a uno de ellos:

—¡Aquí está la pistola! ¡Es un siete sesenta y cinco! Aún queda sangre en los asientos.

Mason vio que no se advertía ni rastro del cadáver.

Una voz ordenó:

—¡Que salga todo el mundo del muelle! Que sólo se queden los que tengan la documentación debida.

Habían ido llegando nuevos autos. Mason vio acercarse a él un policía de negro impermeable. El hombre ordenó, sonriendo:

—Vamos, amigo, fuera del muelle. Ya lo leerá en los periódicos.

Mason se dejó echar, y cuando llegó junto a Drake, le dijo:

—Enseña tu placa y entérate de todo. Te espero en el auto.

Cinco minutos después de haberse instalado Mason en el auto

del detective, llegó éste, anunciando:

—Nada aún. Están buscando el cadáver. Debió de salir de dentro del coche. Ahí a tu lado encontrarás una botella de whisky.

—¿Por qué, lo que acabas de decirme, no me lo dijiste antes?

Mason destapó la botella y la tendió a Drake, diciendo:

—Primero los ancianos.

Drake bebió tres tragos y pasó la botella a Mason, que se la llevó a los labios, bajándola al ver al agente de Drake, que avanzaba en medio del ruidoso chapoteo del agua metida en el interior de sus zapatos.

—Toma un trago y cuéntanos lo que sepas de nuevo —invitó Mason. Y volviéndose hacia Drake, preguntó—: ¿No conseguiste nada con tu chapa, Paul?

—Se rieron de mí —respondió el detective—. Luego un polizonte empezó a querer informarse de mi interés por todo aquello y pensé que había llegado el momento de levantar el vuelo. ¿Y tú, Harry? ¿Qué has descubierto?

El agente se secó los labios con el dorso de la mano y dijo:

—No traté de forzar las cosas, limitándome a dar vueltas por entre los grupos y escuchar lo que se decía. Averigüé que se trataba, en efecto, del auto de Brownley. Parece que cuando cayó al agua iba a poca marcha. Han encontrado la pistola y un par de balas que se hundieron en los asientos. Creen que una de las puertas se abrió al caer el auto al agua y que el cuerpo se deslizó por ella. Han enviado a llamar a los buzos y empezarán en seguida a buscar en el fondo de la bahía.

—¿No hay ninguna descripción mejor de la mujer, excepto que llevaba un impermeable blanco?

—Ninguna descripción que valga nada —respondió Harry—. Pero tienen el número de la pistola y creen que podrán averiguar más cosas cuando encuentren el cadáver. Sin duda el conductor del taxi debió de llevar un mensaje a casa de Brownley. Sea lo que fuere lo que dijera el mensaje, puso a Brownley fuera de sí. Debía de ser muy importante para hacer que el millonario saliera de su casa en una noche como ésta.

—Lo creo —asintió Drake—. Bueno, acabemos de vaciar esa botella de whisky.

—De ninguna manera, Paul —dijo Mason—. Tú cuida de guiar, que entre Harry y yo daremos fin a la botella.

Capítulo 8

Las primeras luces de la aurora teñían el cielo cuando Mason detuvo su auto frente a una casa de tres pisos que llevaba el nombre de «Sunset Arms Apartments», 215 West Beechwood.

Mason se dirigió hacia la puerta y la encontró cerrada, pero una de las llaves maestras de Mason hizo el trabajo de abrirla sin ninguna dificultad. Mason se sacudió el agua del impermeable y subió por la escalera, dejando enormes manchas en cada uno de los peldaños.

En el tercer piso recorrió en toda su longitud el pasillo y llamó suavemente a una de las puertas, por debajo de la cual se filtraba un rayo de luz. Una débil y asustada voz de mujer preguntó:

—¿Quién llama?

—Un mensaje de la señorita Branner —contestó Mason.

Hubo unos segundos de silencio, como si la mujer al otro lado de la puerta estuviera vacilando entre la conveniencia de aceptar o no como buena la declaración de Mason. Por fin se abrió la puerta y una mujer delgada, con el rostro desprovisto de maquillaje, miró ansiosamente a Mason.

—¿Puedo entrar? —preguntó éste.

La mujer permanecía en el umbral, sin decir nada, mirando a Mason con gran ansiedad que demostraba el estado de su mente.

Mason miró tranquilizador y dijo:

—Como usted comprenderá, no puedo dar el mensaje a toda la casa, y las paredes de éstas parecen muy delgadas.

—Adelante —replicó, con voz apagada, la mujer.

—No sé si será usted la persona a quien he de transmitir el mensaje —dijo Mason, entrando en la habitación—. ¿Tendría inconveniente en decirme quién es usted?

—Si Julia Branner le dio algún mensaje, debe ser para mí —replicó la mujer—. Soy Stella Kenwood.

—¡Ah, sí! Hace mucho que conoce usted a la señorita Branner, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabe algo de su pasado?

—Lo conozco todo.

—¿Desde qué fecha?

—Desde que llegó a los Estados Unidos.

—¿No sabe nada de su vida en Australia?

—Algo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque estoy tratando de ayudar a la señorita Branner y quiero protegerme yo mismo, y por ello me interesa saber si la conoce usted bien.

—Si le dio un mensaje para mí puede transmitírmelo sin miedo. No hacen falta tantas recelosas preguntas.

—Por desgracia —sonrió Mason—, la situación no es tan sencilla. Me temo que Julia está en un apuro.

—¡Oh! —exclamó la mujer, dejándose caer en una silla.

Mason echó una rápida ojeada a su alrededor. Veíase un gran espejo que debía ocultar una cama plegable. Sin duda no se había dormido en ella o Stella Kenwood debía de haberse levantado y hecho la cama antes de que Mason llegara.

La habitación estaba calentada por medio de una estufa de gas. El ambiente estaba algo enrarecido y los cristales de la ventana chorreaban humedad.

—¿Es que ha tenido el radiador funcionando toda la noche? —preguntó Mason.

La mujer no replicó, dirigiéndole una profunda mirada que revelaba ansiedad. Mason decidió que debía de tener cerca de cincuenta años. La vida no había sido fácil para ella, y bajo los golpes de las adversidades había aprendido a presentar dócilmente la otra mejilla, sin ofrecer ninguna resistencia.

—¿A qué hora se ha marchado la señorita Branner? —preguntó Mason.

—¿Quién es usted y por qué quiere saberlo?

—Trato de ayudarla.

—Eso es lo que usted dice.

—Es la verdad.

—¿Quién es usted?

—Perry Mason.

—¿El abogado a quien ella fue a ver?

—Sí.

—Entonces, ¿le contesté yo cuando llamó usted hace unas horas?

—Sí. ¿Dónde está Julia?

—Ha salido.

—Salió en cuanto yo telefoneé, ¿verdad?

—No en seguida.

Mason miró fijamente a la mujer, que volvió la cabeza.

—¿Cuándo se marchó? —preguntó Mason.

—A eso de la una y cuarto.

—¿Dónde fue?

—No lo sé.

—¿Cómo se fue?

—En mi auto. Le dejé la llave.

—¿Qué clase de auto es el suyo?

—Un «Chevrolet».

—¿A qué salió?

—Creo que no debo explicarle a usted tantas cosas —replicó Stella Kenwood, con acento débil.

—Usted sabe algo, ¿verdad? —siguió Mason—. Sabe algo y me lo oculta. Pero en cuanto sepa de qué lado está usted yo mismo se lo diré. ¿Por qué salió Julia? ¿Qué quería?

—No lo sé.

—¿Llevaba encima una pistola?

La mujer se llevó una mano a la garganta.

—No lo sé. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo sabe usted lo de la pistola?

—No se preocupe. Responda a mis preguntas. Usted estaba esperando a Julia, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué no se acostó?

—No sé. Estaba preocupada por ella. Esperaba que volviese.

—¿No sabe por qué vino de Salt Lake City?

—Sí, claro.

—¿Por qué?

—Usted ya lo sabe. ¿Por qué he de decírselo?

—Quiero ver si le dijo a usted lo mismo que a mí.

—Si es usted su abogado debe estar enterado de sus cosas.

—Ya lo sé. ¿Por qué vino? —insistió Mason.

—Por su hija y su matrimonio.

—¿Sabe usted eso?

—Claro.

—¿Cuánto hace que lo sabe?

—Algún tiempo.

—¿Le habló Julia Branner de su casamiento con Oscar Brownley?

—Sí, claro.

La mujer pareció perder su recelo y, dando las primeras muestras de locuacidad, explicó:

—Hace tres años vivimos juntas en Salt Lake City. Me contó lo de Oscar Brownley y todas las canalladas que el viejo le jugó. Yo tenía una hija de la misma edad que la suya y pude comprender lo que ella sufría. Claro que yo sabía dónde estaba mi hija, podía escribirle cartas y verla de cuando en cuando. Julia ni siquiera sabía si la suya estaba viva… —El rostro de Stella se ensombreció y, evitando la mirada de Mason, continuó—: Mi hija murió hace un par de años. Ahora sé mejor lo que sufre Julia no pudiendo ver la suya.

—¿Le explicó Julia por qué no puede volver a California?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por la acusación de homicidio.

—Está bien, vayamos al grano. Quiero saber porqué llamó Julia a Brownley y le citó en el muelle.

Stella Kenwood movió negativamente la cabeza.

—¿No lo sabe? —preguntó Mason.

—No quiero hablar con usted de los asuntos de Julia.

—Usted lo sabe —acusó Mason—, y por ello permanece levantada a estas horas. Vamos, dígame la verdad y dígala de prisa.

No podemos perder más tiempo.

La mirada de la mujer se fijó en el suelo. Retorcióse nerviosamente los dedos. En aquel momento Mason oyó unos pasos rápidos en el pasillo. Se colocó en seguida a un lado de la puerta, de forma que la persona que entrase no pudiera verle.

Giró el tirador y se abrió la puerta, siendo cerrada en seguida. Julia Branner, cubierta por un impermeable blanco que le llegaba casi a los tobillos y con los zapatos llenos de agua y el cabello pegado a las sienes, exclamó, con acento histérico.

—¡Stella, tengo que marcharme de aquí! Estoy en un apuro terrible. Reunamos mis cosas y acompáñame al campo de aviación. Vuelo a Salt Lake. Me ha ocurrido lo más horrible…

Se interrumpió al notar la expresión de los ojos de su compañera y, volviéndose, descubrió a Mason.

—¡Usted! —exclamó.

Mason asintió con la cabeza, y dijo:

—Siéntese, Julia, y explique lo que ha ocurrido. Será un bien para todos el que yo lo sepa.

—No ha pasado nada.

—Siéntese, Julia. Quiero hablar con usted —ordenó el abogado.

—Tengo prisa. No puedo perder tiempo hablando con usted. Es demasiado tarde para que usted pueda hacer nada.

—¿Por qué es demasiado tarde?

—No se preocupe —replicó Julia Branner.

Tiró el monedero encima de la mesa y luchó un momento con los botones de su impermeable. Mason fue a recoger el monedero, lo sopesó y preguntó:

—¿Qué ha sido de la pistola?

El rostro de Julia reveló sorpresa.

—¿No está ahí?

—Óigame, si quiere usted perder el tiempo jugando a adivinanzas conmigo, está usted perdida —dijo Mason—. A Renwold Brownley lo mató esta noche, con una pistola del siete sesenta y cinco, una mujer que llevaba un impermeable blanco y que conducía un coche «Chevrolet». Creo que la Policía tiene una descripción perfecta del coche. Ahora ¿quiere usted ayudarme a que la ayude, o quiere hacerse la tonta?

Julia Branner miró interrogadoramente a Mason, pero Stella Kenwood lanzó un gemido y exclamó:

—¡Oh, Julia! ¡Ya sabía que lo harías!

Y empezó a sollozar.

Mason hizo frente a la desafiadora mirada de Julia Branner y ordenó:

—Hable usted.

—¿Por qué he de hablar?

—Puedo ayudarla.

—Pudo usted haberme ayudado, pero no supo, y ahora ya es tarde.

—¿Por qué es tarde?

—Ya lo sabe, pero no sé cómo lo sabe.

La voz de Mason reveló impaciencia.

—Óiganme las dos. Los minutos son preciosos, y los están perdiendo como un par de imbéciles. Basta de llantos y vengan los hechos claros. Quiero ayudarla a usted, Julia.

—¿Por qué? No tengo dinero, apenas ciento cincuenta dólares.

Stella Kenwood levantó la cabeza y murmuró:

—Yo tengo doscientos, Julia. Te los presto.

—Dejémonos de dinero ahora —intervino Mason—. Estoy dispuesto a ayudarla, Julia, pero debo saber lo ocurrido. Me imagino que será mucho lo que haya hecho. Brownley era un hombre sin alma, había forjado una acusación de homicidio sobre usted, y la amenazó con ella durante muchos años. Destrozó sus posibilidades de felicidad conyugal y ni siquiera quiso darle un centavo. Tuvo que trabajar mucho para ganarse la vida. Repito que puede hacerse una perfecta defensa de usted, pero necesito saber la verdad. ¿Mató usted a Brownley?

—No.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sé.

—¿Le vio esta noche?

—Sí.

—¿Dónde?

—Cerca del muelle.

—Cuénteme lo que ocurrió.

—¿Qué importa? —murmuró, con voz ahogada, Julia Branner—. No me creería. Nadie me creería. Deja de llorar, Stella. Al fin y al cabo tú no estás enredada. Todo ha acabado para mí.

—¡Basta de tonterías! —rugió Mason, irritado—. Dígame lo que ocurrió. Si alguien puede ayudarla, ese alguien soy yo.

—Bueno, ya que tiene que saberlo le diré que traté de ejercer alguna presión sobre Renwold C. Brownley.

—¿Qué presión?

—Cuando Oscar salió de la Universidad, su padre le regaló un reloj de oro. Era un recuerdo de familia con maquinaria nueva. Renwold lo apreciaba mucho y hubiera dado cualquier cosa por recuperarlo, pues cuando Oscar se marchó yo llevaba encima el reloj. Por medio de un chófer de taxi le envié a decir que deseaba hablar con él unos diez minutos en un lugar del muelle. Si acudía le prometía entregarle el reloj.

—¿Creyó usted que acudiría?

—Estaba segura.

—¿No tuvo miedo de que la hiciese arrestar?

—No. Le dije que el reloj estaba escondido y que únicamente podría recuperarlo jugando limpio.

—¿Y qué?

—Acudió.

—¿Cómo debía de conocer Brownley el sitio?

—Le envié un pequeño croquis del sitio donde le esperaba y le advertí que debía ir solo.

—¿Y qué hizo usted, luego?

—Fui en auto hasta el muelle para esperarle allí.

—¿Qué pensaba decirle?

—Le iba a presentar la única prueba que él hubiera atendido. Le iba a demostrar que mi hija era la viva imagen de su padre y que si había amado a Oscar debía procurar que la verdadera hija de él tuviese lo que merecía. Pensaba decirle que no me importaba lo que hiciese conmigo, que todo cuanto quería era que se hiciese justicia con mi hija. Le iba a decir que la muchacha que se hacía pasar por la hija de Oscar era una impostora.

—¿Y para eso le hizo ir al muelle? ¿Por qué?

—Porque quise.

—¿Y por qué al muelle?

—Eso no tiene nada que ver con el caso.

—¿Era su pistola un «Colt» del siete sesenta y cinco?

—Sí.

—¿Qué ha sido de ella?

—No sé. La encontré a faltar esta noche.

—No me suelte un cuento como ese porque no iremos a ninguna parte. Y si no fue usted quien mató a Renwold C. Brownley, ¿quién le mató?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que sabe?

—Le encontré junto a uno de los clubs de yates —dijo Julia—. Le dije que atravesara un par de calles y que luego volviera hacia mí, a fin de asegurarme de que no le seguían. Hizo lo que yo le dije, reduciendo la marcha. Estaba a media manzana de mí cuando una mujer, vistiendo un impermeable amarillo parecido al mío, le hizo señas de que parase y, saltando al estribo del auto, empezó a disparar.

—¿Qué le hizo usted?

—Di media vuelta y empecé a correr.

—¿Hacia dónde corrió?

—Mi auto estaba a muy poca distancia.

—¿Saltó a él y se puso en marcha?

—Me costó un poco embragarlo.

—¿La vio alguien?

—No lo sé.

—¿De dónde sacó el auto?

—Es de Stella. Me lo prestó.

—¿Y ése es el cuento mejor que ha imaginado?

—Es la verdad.

Lentamente, Mason replicó:

—Puede ser y puede no ser la verdad. Por mi parte, no creo que lo sea. Pero sí hay una cosa cierta, y es que ningún jurado la creerá. Si explica un cuento de hadas como ese puede estar segura de una cosa: y es que la condenan por asesinato en primer grado. Arme la cama, apague esta maldita estufa de gas, entierre ese impermeable, desnúdese y métase en la cama. Si la Policía viene a buscarla no

diga ni una palabra ni conteste a nada, sea lo que sea lo que le pregunten. Dígales, que no puede, en absoluto, contestar a ninguna pregunta sin el permiso de su abogado, y dígales que su abogado soy yo.

Julia le miró.

—¿Es que va a quedarse a mi lado y ayudarme?

—Al menos por algún tiempo —replicó Mason—. Vamos, desnúdese y acuéstese. Y usted, Stella, no diga ni una palabra. Estése tiesa y quieta. ¿Cree que podrá hacerlo?

—No lo sé; no lo creo —respondió Stella Kenwood con asustada expresión.

—Yo tampoco lo creo —replicó Mason—; pero en fin, hágalo lo mejor que sepa. Procure no decir nada el mayor tiempo posible, y usted, Julia, no olvide que no ha de decir nada ni contestar a nadie.

—No se preocupe por eso —respondió Julia Branner—. Lo sé hacer muy bien. Tengo experiencia.

Mason asintió, abrió la puerta, salió al pasillo y, al cerrar la puerta, oyó un crujir de muelles, indicador de que Julia Branner, complemente dueña de sí, armaba la cama.

La lluvia habíase transformado en una menuda llovizna. Había bastante luz para dejar ver cómo las nubes se iban deshaciendo. Apenas habíase puesto en marcha cuando un coche de la Policía dobló la esquina y fue a detenerse frente a los «Sunset Arms Apartments».

Capítulo 9

Della Street estaba ya en las oficinas cuando aquella misma mañana Mason entró en su despacho.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó el abogado, echando su sombrero sobre la mesa y dirigiendo una mirada al montón de cartas llegadas por el correo de la mañana.

—Supongo que ya estará enterado de que han detenido a Julia Branner por el asesinato de Renwold C. Brownley.

Mason desorbitó los ojos, en disimulada sorpresa, y replicó:

—No, no sabía nada.

—Los periódicos han echado a la calle hojas extraordinarias. Julia Branner dice que usted la defenderá; por lo tanto, debe de saber usted algo.

—No, es una gran sorpresa para mí.

Della Street apuntó con el índice a Mason, como un fiscal tomando declaración a un testigo, y preguntó:

—Jefe, ¿dónde estaba usted esta mañana al amanecer?

Mason sonrió, replicando:

—No puedo decir una mentira. Me largué de frente de la casa de Beechwood un minuto justo antes de que los policías llegaran allí.

Della suspiró, y dijo:

—Algún día no va a ser tan afortunado.

—Aunque me hubiesen encontrado allí no me habrían hecho nada malo. Tengo perfecto derecho a entrevistarme con mi cliente.

—También dicen los periódicos que Julia Branner se niega a hacer ninguna declaración, pero que Stella Kenwood, que vive con Julia, después de muchas preguntas, ha acabado confesándolo todo.

—Sí, claro —asintió Mason—. ¿Qué más hay?

—Drake quiere verle. Dice que tiene algo importante. El

radiograma que usted envió al obispo Mallory ha sido devuelto, porque a bordo del *Monterrey* no hay ningún pasajero que se llame así.

Mason lanzó un silbido de asombro. Della consultó su cuaderno de notas y siguió:

—Por lo tanto, me tomé la libertad de enviar un radiograma al capitán del *Monterrey* preguntándole si el obispo Mallory embarcó en Sidney en el viaje de Australia a los Estados Unidos, y si, para evitar errores, puede decirme si la misma persona viaja o no en el barco, ya sea en primera, segunda o tercera clase.

—Muy bien —aprobó Mason—. Tendré que reflexionar un poco sobre eso. Entretanto, llame a Drake y dígale que traiga a Harry con él. ¿Qué otras novedades hay?

—Nada más.

—Entonces llame a Drake.

Mientras Della procedía a la llamada, Mason paseaba de un lado a otro con las manos en las sisas del chaleco y la cabeza pensativamente inclinada hacia delante.

Al cabo de un rato miró a Della con el ceño fruncido y refunfuñó:

—Vamos, Della que Drake está, total, en el piso de abajo. Con el tiempo que ha pasado hubiera podido ir a llamarle personalmente. ¿Qué pasa?

—El de la central me estaba transmitiendo un radiograma que se acaba de recibir del *Monterrey*. Un momento, que voy a leerlo. —Luego dijo por el micrófono—: Llame a la agencia Drake y diga al señor Drake que el jefe le aguarda, y que traiga a Harry.

Después colgó el teléfono y tradujo las notas taquigráficas:

> *Obispo William Mallory fue pasajero en viaje Australia-Estados Unidos. Embarcó en Sydney. Se sentó a mi mesa. Mide metro setenta o setenta y cinco, pesa ochenta y cinco o noventa kilos. Con toda seguridad no está a bordo. Se ha comprobado escrupulosamente.*

—El radiograma viene firmado por el capitán E. R. Johanson.

—Seguramente lo redactó él mismo. Debió darse cuenta de que

se trataba de algo muy importante.

—Tal vez el obispo está escondido en algún sitio —sugirió Della.

Mason levantó la cabeza.

—No, apuesto a favor de la meticulosidad del capitán Johanson. Cuando dice que una persona no está a bordo de su buque es que es verdad.

—Entonces es que Drake cometió un error al decir que había embarcado en el *Monterrey*.

—Si llevaba maletas con él debió de embarcar… —Mason calló un momento—. Envíe otro radiograma al capitán Johanson y pregúntele si entre los equipajes se encuentran unos con el nombre de obispo Mallory en las etiquetas.

—¿Quiere usted decir que pudo subir a bordo y disfrazarse con las ropas compradas en la casa de empeños y salir así sin ser reconocido?

—Subió a bordo disfrazado —rió Mason.

—¿Qué quiere usted decir?

—Según todas las declaraciones, siguió a bordo con la cabeza envuelta en vendajes. Ahora bien, el golpe que le pegaron no le produjo ninguna herida y, por lo tanto, no había motivo para llevar en la cabeza un vendaje que le ocultase media cara.

Della miró asombrada a su jefe.

—Pero los hombres de Drake ya le conocían —opuso—. No habría servido de nada ocultarle sus facciones.

—¿Ha presenciado usted alguna vez la marcha de uno de esos grandes buques? —preguntó sonriendo Mason.

—No. ¿Por qué?

—Parece increíble la cantidad de gente que se reúne allí. Es un río humano el que sube y baja por la pasarela. Ahora bien, si usted fuese un detective y siguiera a un hombre vestido con un traje negro y con la cabeza envuelta en vendas, lo único que usted procuraría sería que no se le escapara ninguno con la cabeza vendada; no pondría demasiada atención a las caras porque es completamente imposible ponerla, a menos que quiera uno volverse loco. Si se siguiera a un hombre vestido con traje negro y con la cabeza sin vendar y cubierta por un sombrero de fieltro, no se fijaría usted en él. Recuerde que las cosas ocurren muy de prisa y

que las pasarelas están siempre rebosantes de gente que grita y gesticula.

—Sí, ya comprendo algo de lo que pudo ocurrir —asintió Della —. Sin embargo…

La interrumpió la llamada característica de Drake a la puerta.

Della abrió. Paul le dirigió un saludo y con su acento acostumbrado gruñó:

—Buenos días, Della. Pasa inmediatamente, Harry.

Drake y Harry Coulter entraron en la oficina. Paul miró acusadoramente al abogado.

—Te dejé que bebieras el último trago de whisky ayer noche y mira lo que me ha ocurrido.

Mason observó los ojos llorosos y la enrojecida nariz del detective, y dijo:

—Bebiste demasiado en el primer trago, Paul. Te produjo demasiado pronto la reacción. Y tú, Harry, ¿cómo te encuentras?

—Estupendo —respondió Coulter—. Y eso que estuve chapoteando varias horas por allí antes de que llegara el jefe.

Drake se deslizó en uno de los sillones, pasó las piernas por encima del grueso brazo y mirando a Della Street movió tristemente la cabeza.

—Esto es lo que se gana por querer hacer un favor —dijo—. Se pone uno enfermo por un abogado y ni siquiera recibe consuelo. ¡Es una vida de perros! Un detective trabaja día y noche por cuatro cochinos centavos, en tanto que el abogado carga la cuenta sobre los resultados que le da el detective.

—Lo peor de los resfriados es que lo hacen ver todo negro —rió Mason—. Piensa en la suerte que tienes de tener tanto trabajo, Paul. Pero si necesitas consuelo, Della puede tenderte la mano mientras nos cuentas lo que ha ocurrido.

Después de un terrible estornudo que no llegó a tiempo de cubrir con el pañuelo, Drake empezó:

—La Seaton ha desaparecido. No ha vuelto a su domicilio. He echado una mirada dentro de la habitación esta mañana, y está tal como la dejamos.

—¿No podría estar escondida en la misma casa, Paul? —preguntó Mason, con el ceño fruncido.

—No lo creo. Allí estaba el cepillo y la pasta de los dientes.

—Entonces, ¿dónde se habrá metido?

—No lo sé, pero puedo decirte algo. Hay otros dos que vigilan la casa de la Seaton.

—¿Policías?

—No, mis hombres creen que son detectives particulares.

—¿Cómo sabes que vigilan a la Seaton?

—No lo sé, pero lo parece. Uno de ellos subió a husmear al tercer piso. Tal vez entró, incluso, en la habitación… ¿Qué querías de Harry?

Mason se volvió hacia Harry Coulter.

—¿Fue Brownley directamente al muelle ayer noche? —preguntó.

—Sí.

—¿Le seguiste todo el rato?

—Claro.

—¿Pasaron otros coches?

Coulter reflexionó un momento y luego respondió:

—Sí, antes de que llegáramos al puerto me adelantó un *coupé* amarillo que corría como un diablo. Puede que me adelantaran otros coches, pero no los recuerdo. Estaba demasiado ocupado siguiendo a Brownley. Pero me fijé en aquel *coupé* amarillo porque corría que era un gusto.

—¿Cuántas personas lo ocupaban? ¿Una o dos?

—Creo que una. Y me parece que se trataba de un *Cadillac*, pero no puedo asegurarlo.

—Examina los coches de casa de Brownley, Paul —dijo Mason—. Y averigua si hay alguno que responda a la descripción de Harry. Y ya que te metes en eso, procura enterarte, por los criados, si después de la marcha de Brownley hubo mucha actividad en la casa y…

—Espere un momento —interrumpió Harry, con el ceño fruncido—. Tal vez sepa más de lo que me figuraba.

Mason le miró, interrogador.

—Allí, junto al Yacht Club, había unos cuantos coches detenidos. Parecía como si llevaran allá una eternidad. Ya sabe usted lo que son esos ricachos cuando salen con el yate; dejan el coche allí, como

si en la vecindad no hubiera garajes…

—Ya sé —interrumpió Mason—. ¿Qué más puedes decirme?

—Pues mientras estaba dando vueltas para ver si encontraba a Brownley en el sitio donde tiene el yate, había allí cuatro o cinco coches estacionados bajo la lluvia. Yo estaba furioso conmigo mismo por haberme dejado escapar a Brownley y los miré sin intención de recordarlos, sólo para ver si el coche de Brownley estaba entre ellos. Cuando vi que no estaba seguí mi camino. Pero ahora recuerdo que uno de aquellos coches era un *coupé* amarillo, creo que un *Cadillac*. Puede que fuera aquél el coche que me pasó.

—Bien —aprobó Mason al mismo tiempo que Drake estornudaba en su pañuelo.

—Es la primera vez que acierto —dijo el detective—. Hasta ahora, cuando tenía deseos de estornudar no tenía el pañuelo a mano.

—Puede que no pillaras el resfriado en el puerto —sonrió Mason —. Se te ha desarrollado demasiado pronto.

—Y acabarás diciéndome que no estoy ni resfriado, sino que estornudo porque me imagino que lo estoy. Pues bien, ya que te muestras tan poco caritativo conmigo te voy a decir que la policía no ha estado dormida y que dejaste algo así como una pista. Pueden probar que Brownley te dijo que iba a redactar un nuevo testamento que echaría por tierra las ilusiones de tu cliente. También han seguido la pista de tus radiogramas y pueden probar que visitaste la habitación de Stella Kenwood, donde vive Julia Branner.

»Ahora bien, después que telefoneaste, Julia pidió a un taxista que llevara una nota al viejo Brownley, en la cual se ponía algunas condiciones consideradas imprescindibles para devolverle el reloj de Oscar.

—¿Entregó el chófer la carta a Brownley personalmente?

—No. Se la dio al nieto. Y el nieto subió a llevarla a su abuelo. El viejo estaba ya durmiendo.

—¿Le vio Philip leer la carta?

—Sí, y Brownley le dijo a su nieto algo acerca de que iba a recuperar un reloj.

»La policía se figura que Julia le atrajo al muelle y le liquidó con

una automática del siete sesenta y cinco, soltó la pistola y echó a correr. Un cómplice que estaba en el juego subió al coche y lo condujo hasta la orilla del muelle, y allí, saltando al suelo, dejó que el coche se hundiera en la bahía.

»La pistola que encontraron en el coche es la de Julia Branner. La llevaba con licencia expedida en Salt Lake City.

—Es más —intervino Harry—. En uno de los cristales se han encontrado huellas dactilares. Brownley conducía con el cristal subido y, al ver a Julia, lo bajó, pero antes ella dejó estampada allí su firma. La policía sacó el coche antes de que el agua hubiera eliminado todas las huellas.

—¿Y no hay posibilidad de que Julia dejara sus huellas en el coche antes de que Brownley se dirigiera al puerto?

—Imposible —contestó Drake—. Y tenemos algo más. Es muy posible que esa nieta que vive en casa de Brownley sea una impostora.

—¿Tienes algunas pruebas? —preguntó Mason.

—Claro que las tengo. No sé lo que valen, pero son pruebas. Después de la muerte de Oscar, el viejo quiso legalizar a su nieta y contrató a Jaxon Eaves para que la encontrase… o tal vez fue Eaves quien se presentó al viejo ofreciéndose a encontrar a la chica. No sé quién empezó la cosa.

»Ya sé que no está bien criticar a un competidor ni hablar mal de un muerto. Pero según dice la historia, el viejo Brownley prometió pagar veinticinco mil dólares si Eaves le encontraba a su nieta.

»Ahora bien, imagina lo que son veinticinco mil dólares y la posibilidad de recibir una comisión de la chica, y ten en cuenta la ética profesional de Eaves, y ya puedes suponer el resto. Sin embargo, sé que Eaves hizo lo imposible por hallarla. Fue hasta Australia, y allí se encontró ante un muro cerrado.

»Eaves tenía el cebo de los veinticinco mil dólares, que son mucho dinero para que un detective lo desprecie, y se veía a punto de perderlos sólo porque no podía encontrar una cosa tan sencilla como una meta. Eaves había investigado tanto que estaba convencido de que la verdadera nieta nunca aparecería. El viejo quería pruebas antes de pagar los dólares, y también quería

asegurarse de que la chica era de ley. Quería, sobre todo, ser convencido. Eaves y la muchacha deseaban ansiosamente convencerle.

—¿Crees que Eaves se puso de acuerdo con la muchacha para repartirse la herencia que a ella le pudiese tocar?

—¡Claro que sí! —declaró Drake—. No creas que Eaves se dejaría perder una pieza semejante.

—¿Y Eaves está muerto?

—Sí.

—No debió guardar la cosa para sí. Alguien más estaría enterado y ahora que Eaves ha muerto quiere seguir el juego y cobrar la tajada de Eaves.

—Es lo lógico —asintió Drake—, pero no puedo probar nada. Claro que para un chantajista el terreno se presentaría maravilloso, si el chantajista supiera toda la historia. Pero ni Brownley ni Jaxon Eaves eran tontos. No hicieron ningún ruido en los periódicos cuando apareció la nieta de Brownley. La chica entró como si nada en la casa, se anunció en seguida que la nieta de Brownley marchaba a Palm Springs, y las notas de sociedad unieron su nombre a los que ya tenían en el fichero. Nada más.

—¿Está la chica en casa ahora? —preguntó Mason.

—No, salió de allí a primera hora y se dirigió al Hotel de Santa del Río. A una chica como aquélla no le gusta quedarse en casa después de una tragedia.

—¿Es eso lo que dice? —preguntó Mason.

—Eso mismo.

—Claro que también pudo ir al hotel para poder hablar con más comodidad con quien esté interesado en mantenerla apartada del crimen —dijo Mason.

Drake estornudó, se sonó y luego dijo:

—He hecho que la vigilen.

Mason dio unos pasos por el despacho.

—Eso no nos conduce a ningún sitio, Paul —exclamó—. Ésa es la clase de red que agarra a todos los peces pequeños y deja escapar los grandes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Drake.

—Si la chica está en el hotel para ponerse en comunicación con

alguien, ese alguien ha de ser forzosamente alguno que estuvo asociado con Eaves. O sea, alguien que conoce el trabajo detectivesco y sabe lo que debe vigilar y evitar. Se dará cuenta en seguida de que tenemos vigilada a la chica, y cuidará de idear algo para que la vigilancia no nos reporte beneficio, por lo menos en lo que a él se refiera.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó irritado Drake.

—Nada —respondió Mason—. No podemos pescar al hombre que tanto nos interesa siguiendo su pista.

Se volvió hacia Della Street, y preguntó:

—¿Podría teñirse el pelo de rojo, Della?

—Sí, ¿por qué?

—Podría ir al piso de la Seaton, como si fuera usted la dueña, acabar de hacer las maletas y llevárselas a cualquier otro sitio.

—¿No la pondría en un apuro gordo? —inquirió Drake.

Como quien piensa en voz alta, Mason musitó:

—Violentar una puerta, robo y otras cuantas cosas más… si pueden demostrar que hubo intención criminal… Si no pueden demostrar esa intención no habría tanta cosa.

—Pero, ¿qué ventaja sacaremos nosotros? —preguntó Drake.

—Si los tipos que vigilan la casa están contratados por alguien que tiene interés en comerse las tajadas que preparó Eaves, no sabrán nada de Janice excepto la descripción que de ella les haya hecho, descripción que será principalmente cabellos rojos, cuerpo delgado… Cuando vean a alguien que responde a esa descripción y que entra en el piso de la Seaton supondrán que dos y dos hacen cuatro y no la harán que les acompañe hasta el banco para identificarla.

Harry Coulter se movió nervioso en su asiento.

—Me parece que esos tipos llevan malas intenciones, jefe —dijo —. Sabe Dios lo que pensarán hacer…

Dejó la frase inacabada y encogióse de hombros.

Della Street fue a buscar su sombrero y abrigo.

—Tardaré dos horas en teñirme y secarme el pelo, jefe —dijo.

Mason asintió. Los otros dos hombres la miraron con inquieto silencio.

Capítulo 10

Mason aguardó frente al hotel, consultando varias veces su reloj. Encendió un cigarrillo y paseó nerviosamente a lo largo de la acera. Cuando el cigarrillo estaba a medio consumir un taxi dobló la esquina, llevando un baúl atado con una correa.

Mason dirigió una rápida mirada al taxi, tiró el cigarrillo a la cloaca y entró en el hotel, aguardando hasta ver la rojiza cabellera de Della Street asomar fuera del coche.

El abogado saludó al encargado del despacho de recepción y dijo:

—Ya tengo mi llave, gracias.

Subió en el ascensor hasta el piso décimo, y abrió la puerta del cuarto 1.028. La cerró por dentro, acercó una silla, subióse a ella y asomóse a la lumbrera desde donde podía ver la habitación 1027, situada en la misma planta, frente al otro lado del pasillo.

Unos minutos más tarde oyó el sonido de la puerta de un ascensor, pasos precipitados y luego el ruido de las ruedas de una carretilla, apareciendo Della Street, precedida por un mozo, que, dejando la carretilla, indicó:

—Ésta es la habitación que usted encargó por teléfono. Si no le gusta podemos cambiarla.

—Seguramente estará bien —replicó Della—. Conozco las habitaciones. Una amiga mía vivió aquí una vez.

El mozo abrió la puerta y entró con el baúl y las maletas, saliendo poco después con una amplia sonrisa en los labios.

Siguió una monótona espera mientras Mason iba fumando cigarrillo tras cigarrillo, cuyas colillas apagaba contra el marco de la lumbrera.

De pronto oyó cerrarse el ascensor y luego pasos en el corredor,

que se detuvieron frente a la habitación del abogado. El hombre, alto y de ademanes furtivos, a pesar de que no procuraba disimular su presencia, se disponía a llamar a la puerta de Mason, pero se contuvo al ver el número y volviéndose rápidamente fue a llamar a la 1.027.

—¿Quién? —preguntó la voz de Della.

—El electricista —respondió el hombre—. Vengo a examinar la instalación de la luz.

Della Street abrió la puerta y el hombre entró sin añadir palabra. La puerta se cerró con alguna violencia.

Mason terminó de fumar el cigarrillo que tenía entre los labios y consultó su reloj. Los segundos se fueron convirtiendo en minutos. Cuando hubieron transcurrido cinco, Mason empezó a fumar otro cigarrillo, pero lo apagó después de darle un par de chupadas. Del otro lado del pasillo llegó el ruido de un choque contra el suelo.

Mason saltó de la silla y de un tirón la envió a rodar al medio de la estancia, abrió la puerta y en dos zancadas estuvo frente el número 1.027. Hizo girar atropelladamente el tirador.

La puerta estaba cerrada.

Moviéndose con gatuna agilidad, Mason retrocedió, cargando en seguida contra la puerta cerrada, como un jugador de rugby que sólo cuenta con unos minutos para el tanto de la victoria. La madera saltó en astillas y la cerradura cedió al esfuerzo. Mason vio unas piernas que se movían violentamente y la amplia espalda de un hombre que estaba inclinado sobre una pequeña figura. El desconocido estaba tratando de impedir que Della gritase. Al oír entrar a Mason se levantó de un salto y volvióse hacia él, llevando la mano al bolsillo posterior del pantalón.

—Quieto —advirtió.

Mason avanzó a paso de carga.

Della se libró de la mordaza. El hombre sacó a relucir una azulada pieza de acero cuyo único ojo miró malignamente a Mason. Éste se detuvo y, mirando a Della, preguntó:

—¿Estás herida, pequeña?

—Arriba las manos —ordenó el de la pistola—. Vaya hacia la pared y cuando llegue allí, sin bajar las manos, póngase de cara a ella, si no quiere recibir algo peor.

Della Street encogió el cuerpo y saltó hacia delante. El hombre se hizo a un lado, pero no lo bastante de prisa para impedir que la secretaria le inmovilizara la mano que sostenía la pistola. Mason saltó también hacia delante y alcanzó al pistolero con dos puñetazos en la barbilla.

El hombre cayó de bruces y Della le arrancó el arma de la mano. El desconocido se rehízo en seguida y, poniéndose en pie, echó mano a una silla.

Della, girando por el suelo con la pistola en una mano, advirtió:

—¡Cuidado, jefe! ¡Es un asesino!

Mason fingió saltar hacia delante, pero lo hizo hacia la izquierda, en el mismo instante en que el otro dejaba caer la silla, y descargó un terrible derechazo a la nariz del pistolero, aplastándole los cartílagos y haciéndole caer de espaldas. El hombre fue a decir algo, pero se lo impidió el chorro de sangre que le llenó la boca.

Della se puso en pie. Mason agarró al hombre por el cuello, le obligó a levantarse y lo tiró sobre la cama, registrándole en seguida por si llevaba más armas.

—Bien, muchacho, ya puedes empezar a hablar —dijo.

El hombre emitió una serie de entrecortados sonidos, se llevó un pañuelo a su magullado rostro y lo retiró empapado en sangre.

Della sacó varias toallas del cuarto de baño. Mason se las entregó al hombre y dijo a su secretaria:

—Traiga un poco de agua fría.

Della trajo una palangana llena. Mason hundió en el agua una de las toallas y la colocó en la nuca del hombre, al mismo tiempo que le mojaba bien la cabeza.

Con sonidos entrecortados, como quien habla con una pinza de tender la ropa en la nariz, el hombre se lamentó:

—Me ha roto usted la nariz.

—¿Es que se imaginó que iba a besarle? —replicó Mason—. Ha tenido suerte de que no le haya roto el cuello.

—Haré que le detengan.

—Quien va a ser detenido por intento de asesinato será usted. ¿Qué tal se portó, Della?

—Se portó como un bruto, jefe —explicó Della, muy nerviosa—. Y cuando quise hacer sonar el silbato para llamarle a usted me pegó

un puñetazo y trató de ahogarme. Estaba dispuesto a matarme.

El hombre lanzó un gruñido a través de la toalla que apretaba contra su rostro.

—Debía haberle deshecho la cabeza con un bastón —declaró salvajemente Mason—. Pero ahora, ¡maldita sea!, le he estropeado de tal manera la cara que el obispo Mallory no le podrá identificar como el hombre que le atacó en su cuarto.

Nuevas e ininteligibles palabras sonaron detrás de las toallas.

—Así no vamos a ningún sitio —dijo Mason—. Vamos a ver quién es este pájaro.

Y empezó a registrar los bolsillos del otro.

El hombre quiso alejar a Mason e incluso hizo intención de echarle una mano al cuello, recibiendo tal puñetazo en la boca del estómago que cesó en seguida la resistencia.

Della fue reuniendo lo que le iba entregando Mason: una cartera, un llavero, un cuchillo, un reloj, una cachiporra, un paquete de cigarrillos, un encendedor, una pluma estilográfica, un lápiz y una llave suelta que no había sido guardada junto con las otras en la carterita llavero.

—Vaya mirando a ver si averiguamos quién es éste —indicó Mason.

El hombre había caído de espaldas en la cama y estaba completamente inmóvil, oyéndose sólo el fatigoso respirar detrás de las toallas, indicio de que aún estaba vivo.

—Trató de matarme —explicó Della Street—. Sé muy bien la diferencia que existe entre uno que trata de que no se grite y el que va dispuesto a matar.

—Sin duda es el que atacó al obispo. Podemos hacerle encerrar por llevar en su poder esa cachiporra.

—Aquí está un título de chófer a nombre de Peter Sacks —anunció Della—. La dirección es seiscientos noventa y uno Ripley Building.

—Bien —aprobó Mason—. ¿Qué más?

—Aquí aparecen algunas tarjetas de negocios. «Syatewide, Agencia de Detectives» y una licencia a nombre de Peter Sacks como detective privado.

Mason lanzó un silbido.

—En la cartera hay algunos papeles. ¿Le interesan, jefe?

—Me interesa todo.

—Cien dólares en billetes de a veinte. Aquí aparece un telegrama dirigido al obispo Mallory en el vapor *Monterrey*. Dice:

> *«Charles W. Seaton muerto hace seis meses en accidente automóvil. Liquidó sus propiedades. Le escribo importante carta a cargo de Matson Company, San Francisco».*

»La firma es de Jasper Pelton, abogado.

—Ya empezamos a avanzar terreno —dijo Mason—. ¿Qué más, Della?

—Aquí hay una carta de Jasper Pelton, de Bridgeville, Idaho. Va dirigida al obispo William Mallory, en el vapor *Monterrey*, y a cargo de la Agencia Matson de Navegación, San Francisco.

—Léala.

> *Mi querido obispo:*
>
> *Como abogado encargado de liquidar las propiedades de Charles W. Seaton, he recibido el radiograma que usted envió al señor Seaton, pidiéndole se pusiera inmediatamente en comunicación con usted a su llegada a San Francisco.*
>
> *La señora Seaton murió hace unos dos años, dejando a su esposo y a su hija, llamada Janice. Hace seis meses el señor Seaton recibió una herida mortal en un accidente de automóvil. Murió a las veinticuatro horas del accidente. Su hija la asistió hasta sus últimos momentos, pues es enfermera diplomada. Le explico esto porque en los últimos momentos de su vida, el señor Seaton trató, al parecer, de transmitir a usted algún mensaje que no pudo ser atendido. Varias veces pronunció estas palabras: «Obispo Mallory. Dile que… promesa… no debe guardar… leí en los periódicos…».*
>
> *Le repito estas palabras porque las escribimos, entresacándolas de entre los murmullos inteligibles que el moribundo pronunciaba. Por desgracia, Seaton estaba tan débil que no pudimos entender casi nada. Se ve que él lo advirtió y*

quiso esforzarse en hablar más claro, pero murió sin haberlo conseguido.

En seguida de su muerte busqué en los Estados Unidos si había algún obispo Mallory, esperando que pudiese echar alguna luz sobre el misterio de lo que el señor Seaton había intentado decimos. Localicé un obispo Mallory en Nueva York y otro en Kentucky. Pero ninguno de los dos recordaba al señor Seaton.

Hubo un tiempo en que el señor Seaton poseyó abundantes propiedades, pero en los últimos dos años sus negocios fueron bastante mal, y una vez pagadas las deudas y gastos, va a quedar muy poco para la hija que, según creo, se encuentra ahora en los Ángeles.

Ahora no tengo su actual dirección, pero procuraré ponerme en contacto con ella por mediación de sus amigos y le pediré que procure verle a usted. Si va a Los Ángeles podrá usted dar con ella fácilmente, ya que es enfermera diplomada.

Le doy todos estos informes porque fui amigo íntimo del señor Seaton y deseo hacer lo posible por ayudar a su hija.

—¿Eso es todo? —preguntó Mason.

—Todo menos la firma, que es un borrón indescifrable.

—Bueno, ya empezamos a ver las cosas claras —dijo Mason, interrumpiéndose al oír una voz que desde la puerta preguntaba:

—¿Qué ha pasado aquí?

Mason se volvió, hallándose frente a un digno caballero de blanco y puntiagudo bigote que contrastaba con su rojizo semblante. A juzgar por su aspecto, el hombre podría haber sido un banquero, pero en sus ojos brillaba una luz amenazadora.

—¿Qué papel tiene usted en esta comedia? —preguntó Mason.

—Soy Víctor Stockton —replicó el hombre—. ¿No significa eso nada para usted?

—No —contestó Mason.

Al oír la voz del recién llegado, Sacks consiguió sentarse en la cama, quitándose de la cara la ensangrentada toalla. La mirada de Stockton fue de Sacks a Mason.

—¿Qué te ha hecho, Peter?

—Su amigo, el señor Sacks, violentó la habitación del obispo

Mallory y le robó varios documentos. Eso ocurrió en el Hotel Regal. ¿Fueron ustedes socios en esa operación?

La mirada de Stockton permaneció fría.

—¿Tiene usted alguna prueba? —preguntó.

—La tengo —respondió Mason.

Sacks trató de arrebatar la carta que Della guardaba en la mano. Mason le empujó violentamente, haciéndole caer de nuevo sobre la mesa. Stockton dio un paso hacia delante, llevándose la mano a la cadera.

Mason notó contra él el cuerpo de Della y sintió en la mano derecha el frío de la culata de la pistola que arrebatara a Sacks. El abogado movió la mano hacia delante. Cuando Stockton vio el arma quedó completamente inmóvil.

Mason se volvió hacia Della y ordenó:

—Llame a la Jefatura de Policía. Dígales…

En un momento Sacks se puso en pie y corrió hacia la puerta. Stockton volvió la espalda y salió también, algo más despacio, cerrando tras sí la puerta.

—¿Está herida? —preguntó Mason a su secretaria.

—No, pero el bruto aquél intentó estrangularme. Luego me hundió una rodilla en el estómago y a continuación me tapó la cabeza con las sábanas.

—¿Comprendió que me iba usted a llamar a mí? —preguntó Mason.

—No lo creo. Intenté hacer sonar el silbato cuando la cosa empezó a ponerse fea. Le aseguro, jefe, que estaba desesperado. Vi miedo y crimen en sus ojos. Está muerto de miedo por algo, y es como una rata acorralada.

—Sí, está asustado —asintió Mason.

—¿Por qué?

—Janice Seaton es la verdadera nieta de Renwold C. Brownley —explicó Mason—. Esos detectives figuraron entre los que planearon la sustitución de la verdadera nieta y heredera del viejo Brownley y obtendrán una buena tajada del capital que heredará la falsa nieta. Y eso les hará independientes y ricos. Juegan con la fortuna a un lado y la cárcel al otro.

—¿No sería lógico suponer que fueron ellos los que mataron a

Brownley?

—Muchos pueden haber sido los asesinos de Brownley. Mi trabajo consiste en descubrir quién lo mató en realidad.

—¿Qué hago con esto?

—Démelo.

—¿Se lo quedará?

—Como pruebas.

—¿No será un robo? En la cartera hay dinero. Puede presentar una acusación.

—No se atreverá jamás a ello. Cuando llegue el momento entregaré estas cartas a Pauley, el detective del Regal, y presentará una denuncia contra estos tipos por robar la habitación del obispo.

—A aquel tipo le destrozó la cara, jefe.

—¡Lástima no haberle deshecho la cabeza! —exclamó salvajemente Mason.

Fue hacia el teléfono y llamó a Drake; frunció el ceño al saber que Drake estaba tomando un baño turco, y encargó a la secretaria de Drake:

—Averigüe lo que pueda acerca de un detective privado que se llama Peter Sacks. Creyó que Della era la Seaton y por poco la liquida… Que trabajen de firme sus nombres.

Mason colgó el receptor.

—Bien, pequeña —dijo—, vuelva a la oficina.

—¿Y usted? ¿Dónde va?

—Al Hotel Santa del Río —replicó acremente Mason—. A conversar un rato con la falsa nieta de Renwold C. Brownley.

Capítulo 11

Mason apretó contra la mano de la telefonista del Hotel Santa del Río un billete de veinte dólares.

—Todo lo que le pido es que me ponga en comunicación con ella —dijo—. Después de eso ya cuidaré yo mismo de lo demás.

—Tengo órdenes muy severas —vaciló la muchacha—. La han asaltado una legión de periodistas.

—¿Y evita la publicidad?

—Claro. Está abatida por el dolor.

—Sí, abatida por el dolor de heredar varios millones.

—¿Es usted un periodista?

—Para usted soy Santa Claus.

La telefonista suspiró y su mano cerróse sobre el billete.

—Si muevo la cabeza hacia delante entre en la cabina número dos —dijo—. Procuraré que se ponga al aparato. Es todo cuanto puedo hacer.

—No es necesario más. ¿Cuál es el número de su habitación?

—En las habitaciones A del segundo piso.

—Bien —asintió Mason, retirándose del mostrador. Los dedos de la telefonista manejaron unas clavijas. De cuando en cuando hablaba a través del micrófono que descansaba sobre su pecho. De pronto se volvió hacia Mason y movió afirmativamente la cabeza. El abogado corrió a la cabina indicada y descolgó el auricular.

—Diga —pidió una voz femenina—. ¿Quién llama?

—Soy el señor Mason, del hotel. Desearía hablar con usted para exponerle el proyecto ideado para evitar que los periodistas sigan molestándola y llenando el vestíbulo. Tienen orden de obtener entrevista con usted, cueste lo que cueste, y a menos que unamos nuestras fuerzas va a ser usted muy molestada.

—Muchas gracias, señor Mason —respondió la voz femenina—. Agradezco mucho el interés que se toma.

—¿Puedo subir?

—Sí. Vaya al doscientos nueve y llame a la puerta. Le abriré por allí. No vaya a las habitaciones A, porque creo que los periodistas las tienen vigiladas.

Le recibió una muchacha muy atractiva, vestida con un pijama verde. Después de cerrar la puerta le condujo atravesando tres cuartos de baño y tres habitaciones debidamente amuebladas, hasta una amplia y lujosa estancia. Indicando un sillón, la joven preguntó:

—¿Un cigarrillo y un whisky con soda?

—Muchas gracias.

Mientras Mason elegía el cigarrillo, la joven sirvió el licor, añadiendo cubitos de hielo y sifón.

—¿Sabe alguna noticia? —preguntó—. ¿Han encontrado el cuerpo de mi abuelo?

—Aún no. Debe de haber sido un golpe terrible para usted.

—Sí, un golpe terrible —asintió la joven, llevándose a los ojos una enjoyada mano.

—¿Recuerda algo de su primera infancia? —preguntó Mason, echándose hacia atrás.

—Claro —replicó la heredera, retirando la mano y dirigiendo una firme mirada al abogado.

—Creo que fue usted una niña adoptada, ¿no es verdad?

—Oiga, ¿a qué viene eso? —preguntó la muchacha, mirando suspicazmente a Mason y tensando los músculos, como si se dispusiera a correr—. Me dijo que tenía que hablarme de los periodistas.

—Eso fue el trapo que Peter me dijo que utilizase para cegar a la telefonista. Creí que ya la había avisado.

—¿Peter? —Preguntó la muchacha, arqueando las cejas.

—Claro —respondió Mason, enviando al techo las cejas.

—No sé de quién me habla.

Mason frunció el ceño, impaciente.

—Oiga, niña, no puedo perder todo el día con eso —dijo—. Peter Sacks y Víctor Stockton me encargaron que me pusiera en contacto con usted. Peter me encargó que no le dijese quién era por

miedo a que alguien escuchara las conferencias telefónicas y por eso tuve que decir lo de los periodistas, pues él me aseguró que usted ya estaría enterada. Por eso cuando me dijo usted que subiera pensé que Peter ya se había puesto en contacto con usted.

Durante unos segundos la mirada de la joven estuvo fija en sus barnizadas uñas.

—¿Quién es usted? —preguntó al fin.

—Oiga, Peter no nos engañará a los dos, ¿verdad? —replicó Mason—. Usted vino en el *Monterrey* con el obispo Mallory, ¿no es así?

La joven asintió con la cabeza, fue a decir algo, pero se contuvo, vacilando un momento.

Mason escuchó a su espalda el débil chasquido del pestillo de una puerta, pero no se atrevió a volver la cabeza.

—¿Y usted quién es? —replicó la joven, y esta vez en su voz se advertía más seguridad.

Un hombre que se hallaba de pie en el umbral de la puerta dijo:

—Se llama Perry Mason. Es un abogado que representa a un par de chantajistas que tratan de apoderarse de la fortuna.

Mason se volvió lentamente y hallóse ante Víctor Stockton.

—¡Un abogado! —La voz de Janice estaba llena de consternación.

—Sí. ¿Qué le ha dicho?

—Nada.

—Bien —aprobó Stockton. Y dirigiéndose a Mason—: Ya es hora de que usted y yo hablemos un poco.

—Cuando yo hable con usted será en el estrado de los testigos y bajo juramento.

Stockton avanzó hacia la mesita y pidió:

—Un poco de whisky, Janice —su vigilante mirada no abandonaba a Mason—. No esté demasiado seguro, abogadillo —siguió—. Se ha dictado orden de detención contra usted.

—¿Contra mí? —inquirió Mason.

Stockton asintió sonriente.

—Asalto a mano armada y robo.

La mirada de Mason estudió detenidamente a su antagonista.

—¿Por lo de Sacks?

—Sí, por lo de Sacks —asintió Stockton—. De ésta no saldrá tan bien librado.

—Se equivoca usted, Stockton. Aún no ha visto nada. Pensaba dejar descansar el asunto, pero si usted quiere, seguir adelante con él ya verá dónde va a parar. Sacks trató de cometer un crimen. Me amenazó con un revólver y le aplasté la nariz…

—No demasiada soda, Janice —indicó Stockton.

Volvió la fría mirada hacia Mason y explicó:

—Soy un detective. Peter trabaja para mí. Hace más de tres semanas que sabíamos que se iba a intentar engañar a Brownley. No sabía cómo se iba a hacer, pero suponía que la combinación se llevaría a cabo por mediación de un abogado. Por lo tanto, avisé al viejo y le dije a Janice lo que debía contestar por si le iban a ella con alguna proposición. Le preparamos una emboscada, pero nos pisó usted el terreno con la muerte de Brownley… Aguarde… No digo que lo matara usted, pero sabe quién lo hizo y yo también lo sé.

»Eso nos ha puesto en una situación muy apurada, sobre todo si no hay testamento o si el testamento se refiere sólo a dejar la fortuna a la nieta, sin especificar que al decir la nieta se refiere a la joven que vive con él.

En silencio, Janice Brownley tendió el vaso a Stockton, que se lo llevó a los labios.

—¿Y qué? —preguntó Mason.

—A usted le gustaría que yo le dijese que si se retira del negocio Peter Sacks retirará también la acusación contra usted, para así presentar luego ese hecho ante el fiscal. Tendrá que pensar otra cosa mejor, señor Mason, pues en esta trampa no pienso caer.

—Sigo escuchando —dijo Mason.

Eligiendo con todo cuidado sus palabras, Stockton respondió:

—Sería un mejor negocio para Janice hacer alguna clase de convenio. Le va a ser casi imposible probar su parentesco con su abuelo. Por otra parte, no hay nadie tampoco que pueda probar que no es la nieta de Renwold C. Brownley.

—¿Se le ocurre algo? —preguntó Mason.

—¿Y a usted? —inquirió Stockton.

—No.

—¿Ninguna oferta de arreglo monetario?

—Ninguna.

—Está bien, tendremos que ganar el terreno centímetro a centímetro. No habrá convenio alguno. Usted se ha querido meter en este lío y tendrá que aguantar las consecuencias. Si se hubiese quedado en su despacho cuidándose de sus asuntos, estaría a salvo. En lugar de eso se puso a jugar a detectives y a hacer el listo y ahora ha mordido algo que no conseguirá tragar. Julia Branner tenía una idea que no le salió bien y por eso se cargó a Brownley, a fin de impedirle que redactase un nuevo testamento. Todo habría salido bien si Bixler no hubiese presenciado el crimen. Tal como ahora están las cosas, Julia será condenada por asesinato. La chica que quiere hacer pasar por su hija será también condenada como cómplice, y usted perderá su título de abogado y tendrá que responder de un asalto a mano armada. Después de eso ya veremos qué jurado es el que les da ni una sola rebanada de la fortuna. Y al salir no cierre demasiado fuerte la puerta.

—Aún no cierro ninguna puerta —replicó Mason—. Y a propósito, Janice, ¿dónde estaba usted cuando mataron a su abuelo?

Stockton dejó en la mesa el vaso.

—Supongo que no intentará nada de eso, ¿eh?

—No he hecho más que una pregunta —replicó Mason.

—Pues hace usted demasiadas preguntas. Y por si quiere saberlo, Janice tiene una excelente coartada. Estaba conmigo.

Una leve sonrisa iluminó el rostro de Mason.

—Vaya, muy bonito. Janice es una cómplice que plantó usted en casa del viejo. Iba a ser descubierta y tuvo usted tanto miedo…

—Que robé la pistola de Julia y me cargué al viejo —interrumpió Stockton—. La parte más débil de todo eso es que el chófer del taxi sabe que fue Julia quien le entregó el mensaje que llevó a Brownley a la muerte. En el coche se encontraron las huellas dactilares de Julia. Fue la pistola de Julia la que disparó las balas. En casa de Julia la policía encontró unas ropas mojadas.

—Y además, estaba… —empezó Janice.

—¡Cállese, Janice! —la interrumpió Stockton, sin perder de vista al abogado—. Yo me encargo de hablar.

—Sí, Janice, porque en él está su coartada. Él *jura* que usted estaba con *él* cuando se cometió el crimen, y de esa forma *usted* no pudo cometerlo. Y *usted* jura que él estaba con usted y, por lo tanto, *él* no puede ser el asesino.

Sonriendo, Stockton añadió:

—Y no olvide a mi mujer y a un notario que vive en el piso de al lado. —Stockton terminó el licor y, con voz lenta y agresiva, siguió —: Ya le he dicho lo suficiente para que se dé cuenta de lo que tiene enfrente.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Mason.

—Nada.

—¿Qué proposición es la suya?

—No tenemos ninguna que hacer. Y, lo que es más, no haremos ninguna. De ahora en adelante va a tener que estar usted demasiado a la defensiva para poder seguir chantajeando.

—Supongo que puesto que Sacks entró en la habitación del obispo Mallory, lo tumbó de un porrazo y se apoderó de los documentos privados de ese eclesiástico, el fiscal considerará un delito que el abogado que representa al obispo Mallory trate de recobrar los documentos, ¿verdad? —sonrió Perry Mason.

—No sea cómico —replicó Stockton—. Usted sabe bien que hizo caer a Sacks en una trampa y que lo único que le interesaba era apoderarse de la llave.

—¿Qué llave? —preguntó Mason—. Había varias.

—Ya sabe a cuál me refiero, no se haga el inocente.

—Encontré varias llaves —replicó Mason.

—Sí, y cien dólares y otras cosillas. Pero lo importante era la llave.

Mason mantuvo inexpresivo el rostro. Stockton lo estudió un momento, y dijo:

—No se haga el inocente. ¿Cómo cree que estábamos enterados de las intenciones de Julia? La teníamos vigilada antes de que viniese a California. Se imaginó que Peter era un pistolero dispuesto a cargarse a cualquiera. Le propuso que acabara con Brownley antes de que pudiese extender otro testamento. Julia tenía un hombre que se haría pasar por el obispo Mallory el tiempo suficiente para declarar que Janice Seaton era la verdadera nieta. Ese obispo era un

tipo que se aprendió muy bien la lección y que tal vez hubiese podido engañar a Brownley y dejar a Janice sin un centavo. Pero Julia cometió el error de contárselo todo a Peter. Primero pensaba buscar un abogado, contarle el cuento chino y ver si por su intervención conseguía vencer al viejo. Si éste estaba dispuesto a tratar, santo y muy bueno. Si se ponía tieso, entonces Peter debía quitarlo de en medio. Le dio a Peter una llave de su habitación y le prometió el veinticinco por ciento de todo cuanto obtuvieran ella y Janice Seaton. Y para que usted vea lo tonto que ha sido, Julia se preparó a tratar con el viejo a su espalda, después de que usted hubo roto el hielo. Estaba dispuesta a llegar a un convenio con Brownley y a dejarle a usted fuera. Y si el viejo no se hubiera asustado, entonces habría ido a la nieta para ver de sacarle unos miles de dólares. Todo eso nos hubiese preocupado bastante de no tener a Peter.

»Después del crimen se vio usted tan enredado, que para salir un poco a flote tenía que apoderarse de la llave de Peter, puesto que ella corroboraba su declaración. Por ello tendió una trampa a Peter en una habitación donde usted pudiera quitarle las pruebas. Pero tenemos más pruebas contra Julia Branner de las que usted se imagina. Por lo tanto, está completamente perdido.

Mason se levantó. Stockton acercóse a él y dijo:

—Y no vuelva más por aquí, ¿entiende?

—He roto una nariz y no me importa romper otra —contestó Mason.

Stockton permaneció inmóvil, sin retroceder ni avanzar.

—Y ha robado algunos documentos que eran pruebas en este caso —dijo—. Cuando Peter trató de recuperar aquellas pruebas le golpeó usted y me amenazó a mí con una pistola. No lo olvide. Y si continúa tratándose con esa pareja de chantajistas piense que se puede ver envuelto en una acusación de asesinato.

Mason fue hacia la puerta, pero al llegar al umbral se volvió, preguntando:

—¿Qué tajada espera sacar de la herencia por haber desenterrado una heredera de la fortuna?

—No se preocupe por eso, Mason —replicó Stockton—. Escríbame una carta desde San Quintín. Cuando esté allí tendrá

mucho tiempo para pensar.

Mason abandonó la habitación y al llegar a mitad de la calle sintió que alguien le tocaba en un brazo. Al volverse descubrió a Philip Brownley.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—Vigilo a Janice —replicó el joven.

—¿Tiene miedo de que le vaya a ocurrir algo?

Brownley movió negativamente la cabeza.

—Óigame, señor Mason, deseo hablar con usted —dijo.

—Hable, pues.

—Aquí no.

—¿Pues dónde?

—Tengo mi coche en la esquina. Le vi entrar y le llamé, pero usted no me oyó. Le estaba esperando. Sentémonos en mi coche y hablemos.

—No me gusta el clima de por aquí —contestó Mason—. Un tipo llamado Stockton se las va dando de listo… ¿Conoce a Stockton?

Lentamente, Brownley replicó:

—Él fue quien ayudó a Janice a matar a mi abuelo.

La mirada de Mason se hundió en los ojos de Brownley.

—¿Habla usted por hablar o dice algo? —preguntó.

—Digo algo.

—¿Dónde tiene el coche?

—Ahí.

—Está bien, subamos.

Brownley abrió la portezuela de un gran *cabriolet* gris y se sentó al volante. Mason se instaló junto a él y cerró la portezuela.

—¿Es éste su coche? —preguntó.

—Sí.

—Bien, ¿qué hay de Janice?

—Yo tomé el mensaje del chófer del taxi.

—¿Qué hizo usted con él?

—Se lo llevé a mi abuelo.

—¿Estaba dormido?

—No. Leía un libro. Pero estaba ya en la cama.

—¿Y qué?

—Leyó el mensaje y se puso endiabladamente excitado. Se

empezó a vestir y me ordenó que dijese a alguien que le preparase su coche, pues tenía que ir al muelle a reunirse con Julia Branner, que Julia le prometía devolverle el reloj de Oscar, si accedía a ir allí solo, y subir a bordo de su yate, para poder hablar en completa soledad.

—¿Le dijo eso su abuelo? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Y qué hizo usted?

—Le aconsejé que no fuera.

—¿Por qué?

—Imaginé que era una trampa.

—¿Pensó que alguien quería matarle? —preguntó Mason, entornando los ojos.

—No, pero me figuré que trataban de crearle una situación comprometida.

—Siga, usted tiene la palabra.

—Fui yo mismo a abrir el garaje para que mi abuelo pudiese salir. Le pedí que me dejara conducir a mí. La noche era muy oscura y mi abuelo no es… no era muy buen conductor. No veía bien de noche.

—¿Y no le dejó guiar?

—No. Contestó que debía ir solo, y que la carta de Julia insistía en eso, y en que nadie debía seguirle, o de lo contrario haría el viaje en balde.

—¿Dónde está la carta?

—Creo que mi abuelo la guardó en un bolsillo de su chaqueta.

—Siga… No, aguarde un momento. ¿Le dijo que iba a bordo de su yate?

—Eso fue lo que entendí: que Julia deseaba entrevistarse con él a bordo del yate.

—Bien, pues salió del garaje y yo volví hacia la casa. Y allí encontré a Janice completamente vestida y esperándome.

—¿Qué quería?

—Me dijo que había escuchado el ruido y deseaba saber lo qué ocurría.

—Un momento. ¿Cómo iba vestida? ¿En traje de noche?

—No, llevaba un conjunto *sport*.

—Bien.

—Deseaba saber lo ocurrido y yo se lo dije. Se puso furiosa conmigo por haber dejado salir a mi abuelo. Dijo que debía habérselo impedido.

—¿Qué más?

—Le contesté que estaba loca, pues a mi abuelo no había quien le dominara. Luego subí a nuestro piso y esperé a que ella me siguiese. La oí subir y luego, un momento después, oí cómo salía de su cuarto y volvía a bajar. Salí, pues, de mi habitación y me asomé a la escalera. La vi cómo cruzaba de puntillas el vestíbulo para no hacer ruido. Llevaba un impermeable.

—¿Qué clase de impermeable?

—Uno amarillo pálido.

Mason sacó un cigarrillo, y encendiéndolo indicó:

—Eso fue lo que no entendí; que Julia deseaba entrevistarse con él a bordo del yate.

—Siga.

—Yo la seguí, sin hacer ruido, y ella dirigiéndose al garaje, sacó su coche.

—¿Qué clase de coche?

—Un *coupé Cadillac* amarillo.

—¿La vio marchar? —preguntó Mason, recostándose en su asiento.

—Sí. Dos o tres minutos después que salió mi abuelo.

—¿Y qué hizo usted?

—Esperé a que Janice se hubiera marchado y entonces corrí al garaje y saqué mi coche. La seguí con los faros apagados.

—¿Pudo seguirla?

—Sí.

—¿Le había dicho a Janice que su abuelo pensaba ir al yate para entrevistarse con Julia?

—Sí.

—¿Y Janice se dirigió al puerto?

—No lo sé. Por eso quería hablarle.

—Creí que la había seguido usted.

—Sí, mientras pude.

—Siga, pero de prisa, porque todo eso puede ser muy

importante.

—Conducía a una velocidad terrible —siguió Brownley—. Y llovía a mares. Yo iba con los faros apagados a fin de poderla seguir.

—Abrevie. ¿A dónde fue?

—Bajó por Figueroa hasta la calle Cincuenta y Dos; luego torció y detuvo el coche.

—¿En Figueroa o en la calle Cincuenta y Dos?

—En la Cincuenta y Dos.

—¿Y qué hizo usted?

—Detener mi coche en Figueroa, cortar la ignición y saltar al suelo.

—Siga.

—Janice andaba delante de mí, en medio de la lluvia. En realidad iba corriendo.

—¿Pudo verla?

—Sí, el impermeable amarillo se destacaba bastante. Corría muy de prisa sin hacer ruido.

—¿Dónde se dirigió?

—Cruzó cuatro manzanas de casas.

—¿Cuatro?

—Sí.

—¿Por qué no lo hizo en coche?

—No sé.

—¿Y dejó el coche en la calle Cincuenta y Dos, junto a Figueroa?

—Sí.

—¿Dónde fue?

—A una casa de pisos de alquiler. Es una casa pequeña, no creo que tenga más de ocho o diez departamentos.

—¿Alguna luz en la casa?

—Sí, en el segundo piso, en el ángulo derecho. Es una casa de sólo dos pisos. Pude ver sombras moverse detrás de la persiana.

—¿Se quedó vigilando?

—Sí.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta después de hacerse de día.

Mason lanzó un silbido.

—Me acerqué para examinar la casa y en los buzones de la parte delantera figuraba el nombre de Víctor Stockton y su mujer. No sé si la habitación que se veía iluminada correspondía a Jerry Frank o Paul Montrose.

—¿Y se quedó allí hasta después de hacerse de día?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió?

—Al haber más luz me aparté un poco más de la casa y entonces pude ver la parte trasera tanto como la delantera. Al cabo de un rato vi salir a Janice con un tipo bajo, con un sombrero de fieltro, y se dirigieron hacia Figueroa.

—¿Llevaba puesto Janice el impermeable amarillo?

—Sí. Tuve que seguirla de lejos, y cuando llegaron a su coche no pude seguirlos, pues tardé bastante en poner en marcha el mío y hacerle dar la vuelta. Sin embargo, di toda la marcha y al cabo de un rato los alcancé. Para que no me reconocieran encendí los faros.

—¿Y hacia dónde se dirigieron?

—A este hotel. Janice y aquel hombre entraron y entonces pude verle la cara. Creo que tiene los ojos grises y el bigote también gris. Es alto. Lleva lentes y…

—¿Le ha vuelto a ver?

—Sí, ahora está arriba. Entró hace quince o veinte minutos.

—¿El mismo hombre?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Oiga, ¿la casa tenía puerta trasera?

—Sí.

—¿La vigiló usted mientras observaba la otra?

—No. Eso era lo que trataba de explicarle. Sólo vigilé la delantera. Hasta que empezó a hacerse de día no me fijé en la otra puerta, y eso fue sólo unos minutos antes de que salieran.

—¿Y estaban encendidas las luces en aquellas habitaciones cuando llegó Janice?

—Sí.

—¿Y no pudo Janice salir por la puerta trasera y volver a entrar por ella, sin que usted los advirtiese?

—¡Claro que *pudo*!

—¿Y usted cree que lo hizo?

Brownley asintió.

—¿Qué se lo hace pensar?

—Janice estaba desesperada. Es una impostora. Iba a ser descubierta y enviada a la cárcel.

—Nada de eso tiene sentido común —murmuró Mason.

—No pretendo que tenga o no sentido común —replicó Philip—. Me limito a explicar lo sucedido.

Mason frunció el ceño, contempló su cigarrillo y al cabo de un momento bajó del coche.

—¿Ha contado eso a alguien? —preguntó.

—No. ¿Debo decirlo?

—Sí, vale más que se lo explique al fiscal del distrito.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con él?

—No se preocupe, ya le buscará él mismo —contestó Mason, cerrando la portezuela del coche.

Capítulo 12

Muy preocupado, Mason miró a Julia Branner, sentada al otro lado de la tela metálica que separaba el locutorio.

—Julia —dijo—. Mire hacia mi mano izquierda. La voy a abrir un momento y procure fijarse en lo que verá en ella. Dígame si lo ha visto alguna vez.

Mason clavó la vista en la matrona que asistía a la entrevista y lentamente, sin bajar los ojos abrió la palma de la mano.

Julia Branner miró como fascinada la mano de Mason. Luego, éste, cerrándola, preguntó:

—¿Qué era?

—Una llave.

—¿Su llave?

—¿Qué quiere decir?

—Un tal Sacks, detective particular, va a decir que usted le dio esta llave.

—¡Mentira! —exclamó ella—. ¡No conozco a Sacks…!

—Un momento, no tan fuerte. Puede que no le conozca bajo el nombre de Sacks, y, desde luego, no sabría usted que fuese un detective. Es un hombre alto, ancho de hombros, de cuarenta y dos a cuarenta y tres años, ojos grises, facciones regulares… bueno, al menos las tenía antes. Ahora ya no son tan regulares.

—No, no lo conozco —respondió Julia Branner, llevándose un puño a la boca.

—Retire la mano de la boca y deje de decir mentiras —indicó Mason—. ¿Es la llave de su habitación?

—No tengo habitación.

—Ya sabe a qué me refiero. A la que ocupa con Stella Kenwood.

—No, no lo creo que sea ésa la llave —murmuró débilmente

Julia—. Es una falsificación.

—Óigame —dijo Mason—. Tenía fe en usted y quería ayudarla. No juega limpio conmigo. Para salvarla con bien de esto he de saber toda la verdad. De lo contrario soy como un boxeador que sube al *ring* con los ojos vendados.

—Vale más que abandone mi caso —replicó Julia—. Es lo mejor que puede usted hacer.

—Gracias por el consejo —replicó con sarcasmo Mason—. Pero me ha enredado usted tanto en este lío que no puedo salirme de él. Y usted lo sabe. No sé cuánto hay de verdad en todo lo que me han contado. Tal vez no planeó usted enredarme en el asunto de forma que para mí fuesen los golpes, pero todo parece indicar lo contrario. Si me escapo de usted y dejo que la condenen, seré también condenado como cómplice o me quitarán el derecho de ejercer. Las cosas han ido ocurriendo de una forma que para librarme yo he de librarla a usted.

Julia mantuvo apretados los labios y bajos los ojos.

—La historia de todo esto es que usted dijo que alguien se presentara como obispo Mallory a fin de enredarme a mí en el asunto; después usted pensaba recoger los beneficios y largarse. Ahora bien, en alguna parte hay un obispo Mallory y usted puede o no ser la verdadera Julia Branner. Janice Seaton podrá ser o no su verdadera hija y puede que sea o no la nieta de Renwold C. Brownley. Hay cosas en este caso que ni parecen bien ni huelen bien y, además, queda por explicar el crimen…

La mujer le interrumpió con un alarido.

—¡Que se lo lleven! ¡Que se lo lleven! —gritó—. ¡No quiero que me hable!

La matrona acudió a llevarse a Julia. Un policía se aproximó, amenazador, a Mason.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Que me registren —replicó el abogado—. Histerismo, supongo.

* * *

Mason paseaba impaciente por su despacho. Della Street le observaba atentamente. Paul Drake, recién salido de su baño turco, no conservaba ni rastro del resfriado. Sólo de tarde en tarde soltaba algún ligero estornudo.

—Es un caso endiablado —comentó Drake—. Todos esos líos de la nieta saliendo en el coche detrás de su abuelo, del primo siguiéndola, de Sacks y Stockton, sin duda herederos de lo que sembró Jaxon Eaves. De todas formas la chica tiene una coartada segura.

—¿Es segura o lo parece? —preguntó Mason.

—Víctor Stockton ha telefoneado al fiscal diciéndole que Janice le llamó para decirle que su abuelo había ido a entrevistarse con la Branner para hacer algún convenio y que deseaba hablar de ello con Stockton. Éste respondió que iría en seguida a su casa, pero Janice replicó que estaba vestida y que prefería ir ella misma a verle. Un notario asistió a la entrevista.

—¿Todo el rato?

—Sí.

—¿En la misma habitación que Janice y Stockton?

—Se sobreentiende.

Mason movió la cabeza.

—No me gusta nada eso, Paul.

Della Street interrumpió la conversación.

—Ha llegado otro radiograma del capitán Johanson, del *Monterrey*. Han encontrado un par de maletas con el nombre de William Mallory, camarote 211. Pero el camarote doscientos once está ocupado por personas que no responden a la descripción de William Mallory y afirman no conocerle siquiera. Las maletas contienen varios metros de vendas, un traje negro, un cuello de eclesiástico y unos zapatos negros.

—Esto tampoco tiene sentido —declaró Mason—. Supongamos que el Mallory que conocemos sea el falso, entonces, ¿dónde está el legítimo?

—Hay una cosa que me olvidé de decirle —declaró Drake—. Me lo contó Pauley. Un tal Cassidy, a quien él conoce, fue a visitar al obispo y estuvo hablando media hora con él.

El rostro de Mason reveló súbito interés.

—¡Ya tenemos algo! —exclamó—. ¡Por fin! ¡Alguien conoce a Mallory!

—Calma, Perry, calma, es una falsa alarma. Ese Cassidy, que es dueño del yate *Atina* y muy aficionado a la pesca, recibió un aviso de Sidney en que un amigo le anunciaba la llegada del obispo Mallory, indicándole que fuera a visitarlo. El amigo le decía también que el obispo es un entusiasta de la pesca, pero Cassidy dice que Mallory le recibió muy fríamente y que ni siquiera quiso mencionar la pesca. Cassidy se marchó bastante enfadado.

Mason reanudó sus paseos por la habitación.

—Cassidy es aficionado a los yates —murmuró—. Averigua si conoce a Bixler, Paul. Cuanto más pienso en él más extraordinaria me parece su historia de que paseara en medio de la lluvia a aquellas horas de la madrugada.

—Bien, ya lo averiguaré —asintió sin entusiasmo Drake.

—Entretanto convendría que Pauley no dijese ni una palabra de Cassidy al fiscal del distrito.

—No tengas miedo. Pauley es un buen amigo mío, y con un poco de incienso hago de él lo que quiero.

—Bien, entretanto averigua, de prisa, si esta llave es la del piso que ocupaba Julia Branner con su amiga.

Mason tiró encima de la mesa la llave arrebatada a Sacks.

—Me marcho a ver al fiscal del distrito. Aquellos amigos están preparando algo contra mí.

—Es un mal momento para ir a ver al fiscal —advirtió Drake.

—Ya lo sé —respondió Mason, cerrando la puerta tras él.

Capítulo 13

El juez Knox miró a George Shoemaker, uno de los más inteligentes representantes del fiscal.

—Puede usted empezar con las declaraciones preliminares en el caso del ministerio fiscal contra Julia Branner.

—Llamaremos a Carl Smith —respondió Shoemaker.

Un hombre con uniforme de conductor de taxi prestó torpemente juramento y subió al estrado.

—¿Se llama usted Carl Smith y es conductor de un taxi?

—Lo soy.

—¿Lo era usted el día cinco de este mes?

—Sí.

—¿Conoce a la acusada, Julia Branner?

—Sí.

—¿Cuándo la vio por primera vez?

—En la noche del cinco, a eso de la una de la mañana. Me llamó y acudí. Me dio una carta para Renwold C. Brownley y me dijo que le llevara a la residencia de Brownley. Le dije que era muy tarde para llevar cartas, pero me contestó que estaba bien, y que el señor Brownley se alegraría mucho de recibirla.

—¿Nada más?

—Eso fue todo lo que me dijo. Llevé la carta. Llamé a la puerta y salió a abrir un chico joven. Le di la carta y me dijo que la llevaría al señor Brownley. Le pregunté cómo se llamaba y me dijo…

—Un momento —intervino Mason—. Me opongo a que se mencione ninguna conversación.

—Aceptado —asintió el juez Knox.

Shoemaker volvióse hacia el público y con una sonrisa de triunfo pidió:

—Ruego a Philip Brownley que, si está en la sala, se ponga en pie.

Philip Brownley, muy pálido y delgado, se puso en pie.

—¿Ha visto usted alguna vez a ese hombre? —preguntó Shoemaker al chófer.

—Sí. Es el hombre a quien entregué la nota.

—Esto es todo —declaró Shoemaker.

Mason agitó una mano, diciendo:

—No tengo ninguna pregunta que hacer.

—Philip Brownley, tenga la bondad de ocupar el estrado —pidió Shoemaker.

El joven obedeció y prestó juramento.

—¿Reconoce usted a Carl Smith, el testigo que le ha precedido?

—Sí.

—¿Le vio en la madrugada del día cinco?

—Sí.

—¿Le entregó algo?

—Sí.

—¿Qué era?

—Una carta dirigida a mi abuelo.

—¿Qué hizo usted con ella?

—Se la llevé en seguida a mi abuelo.

—¿Se había acostado ya?

—Estaba leyendo en la cama. Tenía la costumbre de leer hasta tarde.

—¿Abrió la carta delante de usted?

—Sí.

—¿La vio usted?

—No la leí, pero me dijo lo que contenía.

—¿Qué le dijo que contenía?

—Protesto —declaró Mason—. Esa declaración no puede figurar entre los testimonios de peso, ya que el testigo sólo puede hablar de oídas.

—Apoyada la objeción —declaró Knox.

—¿Qué hizo o dijo su abuelo en cuanto recibió la carta? —preguntó Shoemaker, frunciendo el ceño.

—Protesto —interrumpió de nuevo el abogado Mason.

—No admitiré ninguna declaración acerca del contenido de la carta ni de la persona que la envió —advirtió el juez Knox—. En cambio, admitiré como parte del *Res Gestae* cualquier declaración que pudiera hacer el señor Brownley acerca de lo que pensaba hacer o dónde pensaba ir.

En voz baja, Philip Brownley declaró:

—Dijo que pensaba ir al muelle de Los Angeles y reunirse allí con Julia Branner. Entendí que se reunirían en el yate de mi abuelo.

—Protesto por lo que hace referencia al encuentro con Julia Branner —dijo Mason—, por considerar la pregunta incompetente e inmaterial y referirse a algo que se sabe sólo de oídas.

—Podemos considerarlo parte del *Res Gestae*.

—Es demasiado remoto para ello —objetó Perry Mason.

—No lo creo, señor Mason. Sin embargo, eso dependerá de las restantes declaraciones. Puede renovar su moción más tarde si, después de las demás declaraciones, se advierte que resulta demasiado remota.

—¿Dijo algo más? —preguntó Shoemaker.

—Sí. Dijo que la sinvergüenza había guardado durante años el reloj de su hijo y ahora estaba dispuesta a soltarlo.

—Pido que no se tenga en cuenta esta declaración por no formar parte del *Res Gestae* y por considerarla un intento de mostrar por medio de la palabra el contenido de un documento escrito.

—Que se retire —dictó el juez.

—¿Qué hizo su abuelo? —presunto Shoemaker.

—Se vistió, subió a su auto y abandonó el garaje a eso de las dos de la madrugada.

—¿Conoce usted a Perry Mason, el abogado defensor?

—Sí.

—¿Le vio usted aquella noche, o, mejor dicho, en la del cuatro?

—Sí. Alrededor de las once y medianoche.

—¿Habló con él?

—Sí.

—¿Discutió con él sobre el testamento de su abuelo?

—Sí.

—¿Discutió el señor Mason sobre la conversación sostenida con su abuelo?

—Sí, en cierta manera.

—Protesto del intento de demostrar esa conversación hasta que se haya probado el *corpus delicti* —dijo Perry Mason.

—Excelencia, no sigo con el interrogatorio sobre esa conversación —anunció Shoemaker—. Más tarde confío probar que Perry Mason averiguó en la noche del cuatro que Renwold C. Brownley pensaba redactar en la mañana del cinco los documentos que debían transferir la parte principal de su fortuna a su nieta Janice Brownley; que Mason comunicó tal decisión a su cliente y que ella fue el motivo del crimen. Sin embargo, lo dejaré, de momento. Puede interrogar al testigo, señor Mason.

—¿Me aguardaba usted cuando salí de casa de su abuelo? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Cuánto hacía que me esperaba?

—Sólo unos minutos.

—Usted sabía cuándo abandoné la habitación donde estuve hablando con su abuelo, ¿verdad?

—Sí, le oí salir.

—Y entonces usted fue a esperarme en el camino, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pero sus ropas estaban empapadas de agua —dijo Mason—. Llovía mucho, pero no tanto para calarle hasta la piel en los segundos que transcurrieron entre el momento en que salí de la biblioteca, donde estuve conversando con su abuelo, y el instante en que le encontré en el camino. ¿Cómo explica usted eso?

Brownley bajó los ojos y no contestó.

—Contesté a la pregunta —ordenó el juez.

—No lo sé —respondió Brownley.

—¿No es cierto que permaneció usted bajo la lluvia antes de que yo abandonara la casa? —inquirió Mason—. ¿No es cierto que usted pudo oír gran parte, si no todo, de cuanto se habló en mi entrevista con su abuelo? ¿No estaba usted escuchando junto a una de las ventanas?

Brownley vaciló.

—Conteste a la pregunta y conteste la verdad —dijo Mason.

—Sí —respondió el joven, tras una breve vacilación—. Me quedé

junto a la ventana para oír lo que se hablaba, pero no lo pude escuchar todo.

—Por lo tanto —siguió Mason—, sabía usted que su abuelo iba a extender aquellos documentos por la mañana, documentos que colocarían, irrevocablemente, la mayor parte de la fortuna en manos de la joven que vivía en la casa bajo el nombre de Janice Brownley, ¿verdad?

—Sí —contestó con lentitud Philip.

—Por lo tanto, en lo que hace referencia al motivo, usted tenía uno muy grande para asesinar a su abuelo. Dicho de otra forma: usted iba a beneficiarse con su muerte. Si moría antes de que se extendiesen aquellos documentos, su herencia debía ser la mitad de la fortuna en el caso de que Janice Brownley fuese verdaderamente la nieta. Y si se demostraba que no lo era, entonces heredaría usted toda la fortuna, ¿no es cierto?

—Protesto —tronó Shoemaker, puesto en pie.

—Aceptada la protesta —accedió el juez—. La pregunta implica una conclusión. Si desea usted probarlo, tendrá que hacerlo interrogando a los testigos.

—No tengo mas que preguntar —replicó Perry, encogiéndose de hombros.

Shoemaker pareció vacilar entre la conveniencia de hacer nuevas preguntas al testigo o dejarle que se retirase. Por fin dijo:

—El testigo puede retirarse. Que se presente Gordon Bixler.

Gordon Bixler declaró llamarse así y ser propietario del yate *Resolute*; y afirmó que en la noche del crimen regresaba de una travesía desde la isla Catalina, en su yate. Que volvió en medio de un diluvio y que telefoneó a su criado filipino desde el club, pidiéndole que le fuera a buscar en su auto. Dijo que luego se entretuvo en amarrar bien su yate para la próxima salida, y que, creyendo que llegaba su auto, había salido del club avanzando hacia la calle. Y pensando que su criado se había confundido, empezó a buscarlo; pasó luego al testimonio de cómo había tenido lugar el crimen, cómo averiguó que el muerto era Renwold C. Brownley, su encuentro con Harry Coulter, cómo buscaron juntos el auto de Brownley, sin dar con él, y por fin su aviso a la policía y la llegada de ésta al lugar del crimen.

Shoemaker cedió a Mason el interrogatorio.

—¿Le impresionó a usted mucho la escena? —preguntó Mason.

—Mucho, señor. Fue todo tan repentino y tan inesperado que casi no supe lo que me pasaba.

—¿Por qué no subió al coche de Brownley y lo condujo al hospital más próximo?

—No se me ocurrió semejante cosa. Cuando le vi caído sobre el volante, con la cabeza y los hombros fuera de la ventanilla, y me di cuenta de que era Renwold C. Brownley y que había sido asesinado, me confundí enormemente…

—Y ya lo estaba antes de reconocer a Brownley, ¿verdad? El ver cómo aquella mujer disparaba varios tiros a quemarropa sobre un hombre debió de trastornarle mucho, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Llovía? —preguntó al cabo de un momento Perry Mason.

—Sí.

—¿Mucho?

—No tanto como un rato antes. Había aminorado un poco, pero seguía lloviendo.

—El suceso ocurrió cerca de un club de yates del que usted es socio, ¿verdad?

—Sí.

—¿Hay una valla que separa el club de la calle?

—Sí.

—¿No hay alumbrado público?

—No.

—¿Lucía la luna?

—No.

—¿Y las estrellas?

—No, señor… Pero ya comprendo a lo que usted va, señor Mason. Le aseguro que había suficiente luz para permitirme ver claramente lo que he declarado.

—¿De dónde provenía aquella luz?

—Frente al club hay unos mástiles con faroles para iluminar los muelles y los parques donde los socios dejan los coches.

—¿Y a qué distancia estaban aquellas luces del punto donde se cometió el crimen?

—Algo más de cien metros.

—O sea que la calle estaba muy iluminada.

—No, señor, no he dicho eso.

—Pero estaba iluminada, ¿verdad?

—Había alguna luz.

—La suficiente para permitirle ver distintamente los objetos.

—Comprenda, señor Mason —dijo Bixler, con la belicosidad de quien ha estudiado bien una cosa para evitar cualquier trampa—, que esa mujer llevaba un impermeable claro que la hacía perfectamente visible en la oscuridad. Por lo tanto vi su figura cuando subió al estribo del auto, pero no su cara, y no he pretendido identificarla.

—Su identificación se limita, pues, al hecho de que llevaba un impermeable blanco, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Cómo sabe que era blanco?

—Pude ver que era blanco.

—¿No podía ser rosa claro?

—No.

—¿Ni azul claro?

—No.

Mason levantó de pronto la cabeza y miró muy fijo al testigo.

—¿Está usted dispuesto a jurar que el impermeable no era *amarillo* claro?

El testigo vaciló, replicando, al fin:

—No, no era amarillo claro.

—¿No tenía ninguna nota amarilla? —insistió Perry Mason.

—No, señor.

—¿Sabe usted que hay una diferencia entre el blanco puro y los tonos cremosos?

—Sí, claro.

—¿Y que a veces, incluso de día, es difícil distinguir esos colores?

—No. Conozco bien el blanco. Aquel impermeable era blanco.

—Por ejemplo, esta cartulina, ¿es blanca o amarilla? —preguntó Mason, sacando un trozo de cartulina del bolsillo.

—Es blanca.

Mason sacó del bolsillo una cartulina enteramente blanca y la colocó junto a la otra. Un estremecimiento recorrió toda la sala.

—Me he equivocado —se apresuró a decir Bixler—. La primera cartulina tiene algo de amarillo. Parecía blanca porque la mantenía usted sobre su traje, que es negro. Pero viéndola al lacio de la cartulina blanca, veo que es amarilla.

Como sin dar importancia a sus palabras, y más bien cual si quisiera ayudar al testigo, Mason dijo:

—Y si una hoja blanca hubiera sido colocada, la noche del crimen, junto al impermeable de la mujer, usted habría podido decir si era blanco o amarillo, lo mismo que una cartulina blanca le ha permitido verificar su error acerca de la tarjeta amarilla. ¿No es cierto?

—Sí —contestó el testigo, bajando los ojos, añadiendo en seguida—: No, señor. Creo que era un impermeable blanco.

—Mas pudo ser también amarillo claro, ¿verdad?

Bixler dirigió una desesperada mirada al ayudante del fiscal y a los rostros de los que asistían a la vista. Pareció perder toda confianza en sí mismo, y por fin murmuró:

—Sí, pudo ser un impermeable amarillo.

Mason se puso lenta e impresionantemente en pie. Mirando al testigo, preguntó:

—¿Cómo supo que Brownley estaba muerto?

—Sólo con verle tuve bastante.

—¿Está seguro?

—Sí, señor.

—Pero usted se hallaba muy trastornado.

—Pues… sí.

—¿Y no le tomó el pulso?

—No, señor.

—¿Sólo podía verle al resplandor de los faros del automóvil?

—Sí, señor.

—¿Ha estudiado Medicina?

—No, señor.

—¿Cuántos muertos ha visto en su vida? Quiero decir, antes de ser embalsamados y metidos en el ataúd.

El testigo vaciló un momento, diciendo por fin:

—Cuatro.

—¿Había muerto alguno de ellos violentamente?

—No, señor.

—O sea que aquélla era la primera vez que usted veía un hombre asesinado a tiros, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y no obstante, está usted dispuesto a jurar que el señor Brownley estaba muerto, a pesar de no haber llevado a cabo ningún examen.

—Si no estaba muerto del todo, estaba moribundo. La sangre le brotaba de las heridas.

—¡Ah! Entonces podía estar muriendo, pero no muerto, ¿verdad?

—Tal vez…

—Y al decir que se estaba muriendo, usted no declara poseer conocimientos médicos, ni ha visto jamás, antes, un hombre que muriera a causa de disparos de arma de fuego.

—No, señor.

—Sin embargo, habrá usted oído decir de personas que han sido heridas gravemente y luego se han repuesto, ¿verdad?

—Sí, he oído hablar de esos casos.

—Pues bien. ¿Está usted dispuesto a jurar que aquel hombre se estaba muriendo?

—Me pareció que se moría.

—¿Qué opinión le merecería un médico que examinase a un hombre a la tenue luz que llega de los faros de un auto, y que fuese diciendo que el hombre en cuestión estaba muerto o moribundo y que no podía hacerse nada por él?

—Pues…

—Usted sería de la opinión que un médico debe escuchar con un estetoscopio los latidos del corazón, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Y a pesar de ello, usted se consideró capacitado para, con sólo mirar al primer hombre que veía usted en su vida herido a tiros, decidir mejor que un médico que trata centenares de casos semejantes.

—No he dicho eso, señor.

—Entonces quedamos en que no sabe usted si el hombre se estaba muriendo.

—Pero sí estoy seguro de que le dispararon varios tiros.

—Exacto. Y eso es todo cuanto usted sabe, ¿verdad?

—Sí. Estaba caído, con la cabeza y las ropas manchadas de sangre.

—Perfectamente. Y eso es lo que usted puede jurar que sabe. Oyó disparos, corrió hacia el auto, vio a un hombre herido y ensangrentado. Y nada más.

—Sí, eso creo.

—¿No sabe si estaba muerto?

—No.

—¿Ni si estaba moribundo?

—No.

—Ni si los tiros produjeron simplemente heridas superficiales, ¿verdad?

—No…, claro, no lo examiné.

—Eso es todo —anunció Mason.

El ayudante del fiscal declaró, vacilante, que no deseaba interrogar de nuevo el testigo.

—Llame al siguiente —ordenó el juez Knox.

Shoemaker llamó a los policías que respondieron a la llamada telefónica hecha desde el puerto. Expusieron la busca del automóvil llevada a cabo, el descubrimiento de huellas, de sangre en el pavimento, cómo siguieron la pista de las huellas hasta llegar al borde del muelle. La extracción hasta la superficie del auto de Brownley, que a juzgar por la posición de la palanca de velocidad, al caer al agua debía de ir a unos veinte kilómetros por hora. Luego el hallazgo de la «Colt» automática del 7'65, que encontraron varias cápsulas vacías y un par de balas incrustadas en los asientos delanteros. Una de ellas no alcanzó al ocupante del auto. La otra mostraba señales de haber atravesado carne humana.

En ese punto, el juez Knox anunció que eran las doce y media y suspendió la vista hasta las dos de la tarde.

Mason, Della Street y Paul Drake fueron a tomar el almuerzo a un pequeño restaurante de North Broadway.

—¿Qué te parece, Paul? —preguntó Mason.

—Vas a tener que luchar por la cuestión del cuerpo del delito.

—Sí. Ignoraba si podría hacerlo, pues no estaba seguro de la declaración de Bixler. Temí que afirmase positivamente que Brownley estaba muerto. Tal como están las cosas, puedo hacer que se retire la acusación.

Drake asintió.

—Hiciste un buen trabajo con el interrogatorio de Bixler, Perry. Shoemaker no se atrevió a volverlo a interrogar.

—¿No se va a convertir eso en una defensa técnica? —preguntó Della Street.

—Tiene usted razón —asintió Mason—. Va a ser una completa defensa técnica. Pero de todas formas, ésa es la Ley. Muchas personas han sido ahorcadas a base de pruebas circunstanciales, resultando luego que las presuntas víctimas estaban vivas y bien. Por eso han corregido la Ley. El término *corpus delicti*, significa la prueba del delito. Para poder acusar de asesinato, el Ministerio Fiscal debe mostrar la muerte como *resultado*, y la participación del acusado como *medio* productor de dicha muerte.

»El acusado se va a ver en un gran apuro, ahora, con lo del *corpus delicti*. No pueden probar que se haya asesinado a nadie, y si no andan con cuidado les haré víctimas de sus propias pruebas.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Della.

—Se trata de un crimen muy curioso —dijo Mason—. La mujer, sea quien sea, disparó la automática y echó a correr. Las declaraciones de los testigos demuestran que escapó en su auto, a toda velocidad. *Alguien* condujo el auto de Brownley hasta el fondo del muelle y lo precipitó al fondo de la bahía. Ese alguien no pudo ser la persona que hizo los disparos, porque, según los testigos de la acusación, fue vista huir en su auto del lugar del crimen. Es muy improbable que tuviese un cómplice que se quedara en segundo término durante los tiros, para salir luego y hacer desaparecer el coche.

»La única explicación es que Brownley estuviera sin sentido cuando Bixler examinó el coche; pero que al marcharse, Brownley recobrara el sentido lo suficiente para intentar partir en busca de socorro, pero debió de conducir casi a ciegas a través de la lluvia, se equivocó de camino y acabó precipitándose de pronto al mar.

Drake asintió lentamente.

—Ahora bien —siguió Mason—. Si encuentran el cadáver de Brownley y descubren que murió ahogado, no habrá ninguna diferencia el que pudiera haber muerto de los disparos treinta minutos más tarde o treinta segundos. El hecho de que su muerte fuera por ahogo, en vez de por las heridas, significa que no pueden condenar a Julia Branner por asesinato, puesto que las heridas no fueron la causa de la muerte. Es un punto muy técnico, pero se ha utilizado.

Della Street arrugó el entrecejo y dijo:

—Oiga, jefe, en todos los casos anteriores ha representado a alguien que era inocente. Ha conseguido conducir los casos a un desenlace espectacular demostrando que la acusación había calculado mal. La gente le admira. Se ha creado una fama tanto como abogado como de detective; pero en el momento en que recurra a las tácticas habituales de los abogados criminalistas, todo el mundo se volverá contra usted. Si utiliza su ingenio para que pongan en libertad a una mujer culpable, se dirá que se relaciona usted con asesinos. Le perderán el respeto que le tienen.

—En otros casos, Della, yo estaba más o menos en claro. En éste me he metido hasta el cuello. Pondrán a Peter Sacks en el estrado. En el momento en que declare que Julia Branner le pidió que matara a Brownley y le dio la llave de su habitación, y luego diga que yo le tendí una trampa para quitarle aquella llave, la cosa se pondrá feísima. Aquella llave no habría tenido ninguna importancia de no haberla quitado yo…, pero, al hacerlo, la convertí en una prueba terrible. Aunque el fiscal la pase por alto, el Colegio de Abogados creo que no la pasará.

—¿Podrías impedir que Sacks declarase si exigieras la presentación del *corpus delicti*? —preguntó Drake.

—Eso es, exactamente —declaró Mason—. Por eso he iniciado esa clase de defensa. Si hago retirar la acusación por falta de *corpus delicti*, lograré qu e, de momento, Julia Branner no corra peligro hasta que se descubra el cadáver de Brownley. Sacks no tendrá la menor oportunidad de relatar aquella historia y la llave no parecerá tan importante. Cuando pesquen el cadáver existirá la posibilidad de demostrar que Brownley murió ahogado. Hay que vencerles,

pues, por el lado del cuerpo del delito. Y una vez logrado eso, he de buscar más pruebas para reforzar nuestra teoría.

»La clave de todo el misterio está en el obispo. ¿Por qué me fue a ver? ¿Por qué desapareció? Si es el que puede aclararlo todo, ¿por qué se ha escapado? Si es un impostor, ¿por qué no se ha marchado de una manera más normal? Pudo telefonearme diciendo que tenía que marchar a cumplir cualquier misión y rogándome que siguiera adelante. Hay muchos medios de mantener una imagen de legalidad y honradez. Lo maldito de este caso es que me estoy esforzando por escalar una pared completamente lisa.

»¿Y por qué obra de esa forma Julia Branner? ¿Por qué no me habla? ¿Es que no se da cuenta de que se la condena a la horca y me pone a mí en una situación muy comprometida?

—Tal vez no quiera hablar porque es culpable —sugirió Della Street.

—No estoy muy seguro de que sea culpable —replicó Mason—. La teoría presentada por la acusación no parece demasiado lógica. Tal vez sea inocente y esté protegiendo a alguien.

—Olvida eso —indicó Drake—. ¿Cómo podía nadie haberle endosado a ella ese crimen? *Ella* escribió la nota a Brownley. Cuando encuentren su cuerpo hallarán la nota en su bolsillo. Será su propia letra. Eso la condenará. Le atrajo a aquel lugar cerca del muelle. No cabe la menor duda. Lo quería matar, tanto por el bien de su hija como porque le odiaba. ¿Quién podía quitarle la pistola sin que ella lo advirtiese, ir al lugar donde había caído Brownley, vestida con ropas semejantes y conduciendo un coche de la misma marca? Acuérdate de que Julia Branner no escribió aquella nota hasta después que tú le anunciaste las intenciones de Brownley.

Mason consultó su reloj.

—Vamos, tenemos que darnos prisa en volver al Tribunal y ver cómo se arreglan las cosas.

Capítulo 14

Shoemaker llamó en rápida sucesión a los testigos, en la forma de un boxeador que se enfrenta con un rival *groggy* y está deseoso de aumentar la ventaja. Un experto en balística certificó que las balas halladas en el auto habían sido disparadas por la automática encontrada en el mismo. Un armero de Salt Lake City afirmó que Julia Branner había comprado el arma en su tienda, y enseñó el registro. Un policía de Salt Lake City declaró que la licencia de armas de Julia Branner indicaba la misma arma y el mismo número.

Un experto en huellas dactilares certificó que en el auto había aparecido una perteneciente al dedo medio de la mano izquierda de la acusada.

Shoemaker pidió al fin, dramáticamente:

—Que suba al estrado Peter Sacks.

Éste, con el rostro completamente oculto por una serie de vendajes y tiras de esparadrapo, subió al estrado y prestó juramento.

—¿Conoce usted a la acusada Julia Branner? —preguntó Shoemaker, después que Sacks hubo declarado su nombre, edad y domicilio.

—Sí —contestó Sacks, con voz ronca.

—¿Habló usted alguna vez con ella acerca de Renwold C. Brownley?

—Sí.

—¿Conoce usted a Perry Mason, el abogado defensor?

—Sí.

—Cuando usted habló con Julia Branner, ¿quién estaba presente?

—Víctor Stockton.

—¿Alguien más?

—No.

—¿Dónde tuvo lugar la conversación?

—En el United Aiport de Burbank.

—¿Cuál es su ocupación?

—Soy detective particular.

—¿Ha tenido más relaciones con la acusada?

—Sí, señor.

—¿Se hizo pasar usted ante ella por cierta clase de persona?

—Sí, señor. Me hice pasar por pistolero y alardeé de los crímenes que había cometido por dinero.

—¿Cuál es la fecha de la conversación que usted indica y que fue escuchada por el señor Stockton?

—El día cuatro de este mes.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las diez de la mañana.

—¿Qué se dijo y quién lo dijo?

Mason se puso en pie y dijo:

—Excelencia, según parece, el señor fiscal trata de cargar sobre mi defendida la culpa de un crimen, siendo así que no se ha podido establecer la existencia de semejante delito. Protesto, pues, de la pregunta, por incompetente, irrelevante e inmaterial, aparte de que hasta ahora la acusación no ha podido demostrar la existencia del cuerpo del delito.

—No es necesario probarlo, como sería en el Tribunal Supremo —opuso Shoemaker—. Esto no es más que un preliminar. Sólo se trata de demostrar que se ha cometido un crimen, y que hay motivos fundados para suponer que la acusada ha sido autora de él.

—Sin embargo, en ningún tribunal podrá probarse que existe delito sin presentar antes el cuerpo de este delito —replicó Mason —. Ahora bien, según las declaraciones de los testigos presentados por la acusación, alguien, que no era mi defendida, debió de conducir el auto de Brownley desde el lugar donde se hicieron los disparos hasta el muelle. Mi defendida se había marchado, si hemos de creer las palabras del señor Bixler. Por lo tanto, ¿hay algo más lógico que suponer que el propio señor Brownley recobró el conocimiento y, poniendo en marcha el auto, se confundió en

medio de la lluvia y fue a precipitarse al agua? En tal caso debió de hallar la muerte por ahogo, no por heridas de bala. Y a fin de demostrar que hay crimen, la acusación tiene que demostrar antes que ha habido muerte como resultado directo de la actuación de mi defendida.

—¡De ninguna manera! —protestó Shoemaker—. Si se demostrara que el señor Brownley murió ahogado, esa muerte se debería a la acción criminal de la acusada, o sea a los disparos que incapacitaron a la víctima a conducir debidamente su auto.

—Pero hasta ahora no se ha demostrado que los disparos incapacitaron a Brownley para guiar el auto —dijo Mason—. No se ha demostrado en las heridas que recibió, si tales heridas eran mortales, ni siquiera si eran simples rasguños. La pistola era de pequeño calibre, y es posible que las balas no afectaran ningún órgano vital. Además, si Brownley murió ahogado, mi defendida no puede ser acusada de asesinato a menos que ella o un cómplice suyo condujeran el auto hasta el borde del muelle. Y desde el momento en que la acusación ha admitido la posibilidad de que Brownley recobrara el sentido y condujera el auto hasta el muelle, la acusación ha presentado en contra de ella misma un argumento muy superior a todo cuanto yo pueda presentar.

—¡Esto es un intento de alterar la Justicia valiéndose de un tecnicismo legal…! —empezó Shoemaker, muy rojo.

—Un momento —interrumpió el juez Knox—. Este tribunal ha reflexionado un poco sobre este caso, sobre todo después del ingenioso interrogatorio del testigo Bixler. Existen ciertas dudas en lo que hace referencia a la muerte, que, en realidad, aún no ha sido probada. Es razonable suponer que Renwold C. Brownley estaba en el automóvil cuando éste cayó al agua, pero no existe prueba alguna acerca de lo que motivó la caída. Si se suspende el juicio, la acusada, que no ha comparecido ante un Tribunal Superior, puede ser retenida de nuevo cuando aparezca el cadáver de Renwold C. Brownley. Por lo tanto, señor delegado del fiscal del distrito, creo que no podrá usted llevar a la acusada ante un Tribunal Superior mientras no sea descubierto el cadáver. Voy, pues, a aplazar hasta mañana la prosecución de la vista, ya que, interrumpiendo ahora el juicio, no se impide que se siga el curso correspondiente del proceso

contra la señora acusada.

—Pero, ¿es que Usía no reconoce que existen pruebas suficientes contra la acusada para una acusación por asalto a mano armada? —exclamó Shoemaker, conteniéndose con dificultad.

El juez Knox sonrió y dijo:

—¿Desea acaso del Ministerio Fiscal que el Jurado decida cargar a la acusada con el delito de asalto a mano armada, sin intención de cometer un crimen, y la libre de toda acusación de asesinato?

—¡No! —chilló Shoemaker—. La acusaremos de asesinato. Es culpable de…

El juez Knox sonrió, mientras Shoemaker se daba cuenta del error cometido.

—Creo, señor delegado del fiscal, que sus propios argumentos ilustran mejor que mis palabras lo débil de la acusación presente —declaró el juez—. La vista se suspende hasta mañana por la mañana a las diez. La acusada quedará, desde luego, bajo la custodia del sheriff.

Perry Mason miró por encima del hombro a Paul Drake. Éste se estaba secando la frente con un pañuelo.

El mismo Mason lanzó un suspiro de alivio al levantarse el juez.

Volviéndose hacia Julia Branner, el abogado pidió:

—Julia, ¿no podría decirme…?

La mujer apretó fuertemente los labios, negó con la cabeza, se puso en pie y llamó con una seña al delegado del sheriff, que esperaba para conducirla a la cárcel.

Capítulo 15

—¿Puedo hacer algo, jefe? —preguntó Della Street, apoyando una mano sobre las de Perry Mason—. ¿No podría ir a hablar con Burger, el fiscal?

Perry movió negativamente la cabeza, sin apartar la vista de la carretera.

—Podría decir que fui yo quien me apoderé de la cartera y la llave —siguió la secretaria.

—No. Burger anda tras de mí. Él cree que lo hace sin malicia alguna, pero lleva bastante tiempo prediciendo que yo acabaría mal. Y, claro, se siente inclinado a lograr que sus predicciones se cumplan.

—Jefe, usted ya sabe que yo estoy dispuesta a hacer lo que sea, ¿verdad?

—Sí, Della —asintió Mason, con voz algo alterada—. Pero no se puede hacer nada. Tenemos que hacer frente a lo que venga.

—Ese crimen no tiene nada de lógica, y menos como lo ha presentado el delegado del fiscal.

—Es posible que Julia cometiera el crimen en un acceso de ira —admitió Mason—. Pero, en tal caso, era indudable que para matarle de aquella forma no se habría molestado en hacerle ir tan lejos. Además, de ser un crimen premeditado, no hubiese dejado tras de ella un rastro tan claro.

—Entonces, ¿para qué le atrajo allí?

—Eso es algo que no puedo explicar, pero sospecho que está relacionado con nuestro obispo tartamudo, la desaparecida Janice Seaton y quizás alguien más.

—¿Y no pensaba matarlo cuando salió del piso?

—No lo creo.

—Pero, ¿no me dijo usted, jefe, que cuando llegó allí por la mañana, encontró a Stella Kenwood sin acostarse, habiendo pasado la noche sentada, y que su actitud hacía suponer que sabía que Julia Branner había ido a hacer algo ilegal, exponiéndose a correr un gran riesgo si era detenida?

De pronto, Mason frenó el auto y miró a Della con los ojos muy abiertos.

—¡Ahora ha dicho usted algo! —exclamó.

—¿Qué quiere decir, jefe? ¿Cree…?

—Un momento; quiero pensar.

Mason permaneció sentado frente al volante, con el motor en marcha y en medio de un intenso tráfico. Un par de veces movió afirmativamente la cabeza. Por fin dijo:

—Della, es tan increíble que parece imposible; pero es lo único que explica los sucesos de este caso, y en cuanto uno se detiene a reflexionar sobre ello, se ve tan claro que asombra no haber pensado antes en semejante cosa. ¿Lleva encima un cuaderno de taquigrafía?

Della asintió con la cabeza.

Mason puso en marcha el auto y después de unos instantes dijo:

—Vamos a hacer algo.

Condujo a toda velocidad en dirección a la casa de Beechwood, llamó al piso de Stella Kenwood y escuchó un zumbido de respuesta que abría la puerta de la calle.

—Vamos, Della —dijo. Subamos. Al llegar arriba saque su cuaderno de taquigrafía y tome nota de todo lo que se diga, y no pierda la cabeza, ocurra lo que ocurra.

Subieron por la escalera, dirigiéndose por el pasillo a la habitación de Stella Kenwood. Mason llamó a la puerta. Le abrió Stella Kenwood, dirigiéndole una mirada de ansiedad a la vez que decía, con inexpresivo acento:

—¿Es usted?

Mason asintió:

—Entre —invitó la mujer.

—Mi secretaria, la señorita Street.

—Sí, ya la vi en el Tribunal. ¿Qué ocurre, señor Mason? ¿Es que van a retirar la acusación contra Julia?

—Siéntese, señora Kenwood —respondió Mason—. Deseo hacerle algunas preguntas.

—¿De qué se trata? —preguntó la mujer.

—Su hija ha sufrido un accidente de automóvil —dijo Mason—. Debe usted prepararse para una fuerte conmoción.

La mujer abrió la boca y desorbitó los ojos.

—¿Mi hija? —preguntó.

—Sí.

—Yo no tengo ninguna hija…, ha muerto. Murió hace dos años.

Mason movió negativamente la cabeza y dijo:

—Lo siento, señora, pero todo ha sido descubierto. Se está muriendo y desea que acuda usted a su lado. Lo ha confesado todo.

Stella estaba completamente inmóvil, mirando con fijeza a Mason. La expresión de su rostro era de patética desesperación. Por fin, con acento triste y cansado, respondió:

—Ya sabía yo que ocurriría algo de eso. ¿Dónde está?

—Póngase el sombrero —dijo Mason—. Iremos junto a ella. ¿Cuánto tiempo estuvo planeando la sustitución, Stella?

—No sé, creo que desde el momento en que Julia me contó la historia —murmuró con impersonal acento Stella Kenwood—. Entonces me di cuenta de que aquello era una oportunidad para cualquier muchacha.

—Y se puso usted en contacto con el señor Sacks, ¿verdad?

—Sí, era detective privado en Salt Lake City.

—Trabajaba para Jaxon Eaves, ¿verdad?

—Sí. Pero, ¿cómo ocurrió el accidente?

—Un choque en el cruce —contestó Mason—. Vamos, tenemos que darnos prisa para llegar a tiempo.

Mientras la mujer se ponía un descolorido abrigo, Mason le dijo a Della Street:

—Llame por teléfono al fiscal Burger y dígale que se reúna conmigo en el vestíbulo del Hospital de la Buena Samaritana. Léale por teléfono la conversación que acabamos de sostener. Diga que vaya a toda velocidad.

—No se mostrarán duros con mi hija, ¿verdad? —preguntó Stella—. Acabando ya todo, no será preciso que la abrume a preguntas.

—No creo —replicó Mason—. Vamos.

Dejó a Della Street en el piso y acompañó a Stella Kenwood hasta su auto. Lo puso en marcha y dijo a su acompañante:

—Creo que tendrá que hacer una declaración completa al fiscal, a fin de que la dejen estar junto a ella en los últimos momentos.

—¿No hay ninguna esperanza?

—Ninguna —afirmó Mason.

—Lo siento —murmuró la mujer—. Intenté hacer lo que me pareció mejor, pero siempre tuve la sensación de que saldría todo mal; luego, cuando pareció que íbamos a ser descubiertos…

Mason aumentó la velocidad del coche.

—¿Qué pasó cuando creyeron que iban a ser descubiertos? —preguntó.

Stella sacó un pañuelo del monedero y sollozó apagadamente, sin responder a ninguna pregunta.

De cuando en cuando, Mason consultaba su reloj de pulsera, conduciendo su auto por entre el tráfico. Por fin se detuvo frente al Hospital de la Buena Samaritana, ayudó a Stella Kenwood a descender y juntos llegaron hasta una de las salas de espera. Hamilton Burger, con una gran preocupación en el semblante, se levantó a recibirles. A una mesita se hallaba sentado un hombre con un cuaderno de taquigrafía abierto. No levantó la cabeza al oírles.

—¿Conoce usted al señor fiscal del distrito, Stella? —preguntó Mason.

—Sí, me interrogó el día que detuvieron a Julia.

Mason se volvió hacia el fiscal.

—Burger, esto es el fin. La hija de Stella Kenwood se está muriendo. Conviene abreviar todos los preliminares a fin de que Stella pueda ir a su lado lo antes posible. Tal vez pueda ahorrarse tiempo si le explico a usted la cosa tal como la contó su hija. Luego Stella puede confirmarlo y la podrá dejar ir junto a la muchacha.

»Stella Kenwood tenía una hija de la misma edad que la de Julia Branner. Julia y Stella vivían juntas en Salt Lake City, y Julia le explicó a su amiga su historia. Stella se dio cuenta, en seguida, de la magnífica oportunidad que se le ofrecía de conseguir para su hija el hogar de un millonario si lograba convencer a Brownley de que su hija era su nieta. Habló con Peter Sacks, detective particular en Salt

Lake City, que se puso en contacto con Jaxon Eaves. Cuanto menos se hable de sus métodos de trabajo, mejor. El caso fue que, debido a los hechos de que Stella se había enterado por mediación de su amiga, consiguió forjar un cuento que engañó por completo a Brownley, sin que Julia supiese absolutamente nada.

»Como Janice Brownley, la hija de Stella se ganó la confianza y el cariño de Brownley y se puso en camino de ser nombrada heredera absoluta.

»Pero en una ocasión fue a Australia, a Sydney, y regresó a los Estados Unidos en el *Monterrey*, viajando, claro está, bajo el nombre de Janice Brownley, nieta de Renwold C. Brownley. El obispo William Mallory viajaba en aquel buque, y no había olvidado lo ocurrido años antes. Hizo preguntas y, asustada, la muchacha se dio cuenta de que sus respuestas no convencían al hombre, y que éste sospechaba la verdad. Telegrafió a su madre, y ésta acudió a Sacks, que vivía ahora en Los Ángeles, a fin de proteger sus «intereses».

»Stella deseaba, por encima de todo, que Julia no descubriera la verdad. Como el traslado de la falsa nieta a casa de su supuesto abuelo se hizo en secreto, para evitar la curiosidad de los periodistas, Julia no había podido saber nada. Sacks, como es natural, se asustó, temiendo que el obispo acudiese directamente a Brownley.

»El obispo, por su parte, envió también unos cuantos radiogramas, hasta asegurarse de que, en efecto, la muchacha era una impostora. Entonces avisó a Julia Branner para que se reuniera con él en Los Angeles. Y también en Los Ángeles encontró a Janice Seaton, la verdadera nieta. Por una carta recibida de un abogado encargado de la testamentaria del padre adoptivo de Janice, Mallory se enteró de que ya no era necesario guardar la promesa jurada, y podía divulgarse el secreto. Además, el obispo Mallory recibió pruebas indicadoras de que Seaton, al morir, viendo que no podía legar nada a su hija adoptiva, quiso ponerse en contacto con él para que descubriese la verdadera personalidad de la joven. Seaton estaba ya muy acabado para poder hacerse entender, pero dijo lo bastante para que el obispo comprendiera lo que el moribundo deseaba, y obrara en consecuencia.

»¿No es cierto todo cuanto digo, señora Kenwood?

La mujer asintió con la cabeza, y en voz baja añadió:

—Sí, que yo sepa es verdad. Sabe usted del obispo mucho más que yo. Pero lo demás es exacto. Siga, dese prisa.

—Estaban locos —continuó Mason—. Sacks se hallaba dispuesto a recurrir, incluso, al asesinato, y entonces Julia colmó el pánico de Stella al anunciar que escribía una nota a Brownley para reunirse con él en el muelle, donde le enseñaría a su verdadera nieta. Janice Seaton era el vivo retrato de su padre. Julia la había visto aquella tarde y estaba segura de que, si Brownley la veía, no dejaría de reconocer el parecido familiar. Julia tenía un medio muy seguro de atraer a Brownley. Ese medio era el reloj de Oscar, que Renwold deseaba recobrar.

»Stella diose cuenta de que allí terminaría todo. Se descubriría la conspiración. No le importaba por ella, mas para su hija el escándalo habría significado la cárcel. Desesperada, le arrebató la pistola a Julia, le dijo que utilizara su propio *Chevrolet* y ella fue a alquilar otro coche igual. Julia llevaba un impermeable blanco. Stella se puso uno también blanco. Llegó al puerto, pero su plan estuvo a punto de venirse a tierra, cuando descubrió que llegaba Julia sin que hubiese aparecido el auto del millonario. En realidad, Julia fue la primera que subió al estribo. Fue entonces cuando dejó la huella dactilar en el cristal de la ventanilla. Pero Stella no abandonaba la esperanza. Julia indicó a Brownley que diera una vuelta para ver si le habían seguido. Entretanto, se mantuvo oculta en las sombras. Brownley hizo lo que se le había indicado y de pronto apareció ante su auto una figura vestida de blanco. El millonario detuvo el auto, creyendo habérselas con Julia. Stella, saltando al estribo, vació sobre él su pistola, dejándola caer, después, dentro del coche y echando a correr para huir en su auto.

»Mientras tanto, Julia, al oír los tiros escapó hacia su auto, pero no pudo ponerlo en marcha hasta transcurridos unos minutos. Stella llegó a su casa antes que Julia, y desnudándose, la aguardó. Julia estaba tan impresionada que en lugar de dirigirse directamente al piso dio varias vueltas sin rumbo rijo, para calmar su nerviosismo.

Volviéndose hacia Stella, Mason preguntó:

—¿Es verdad tal como lo cuento?

—Sí, es verdad —contestó la mujer.

—Y la llave del piso que tenía Sacks, le fue entregada por Stella, no por Julia Branner. ¿No es verdad, Stella?

—Sí. Pero mi hija no sabe nada de que maté a Brownley. Nadie sabe nada de eso. Se lo habría dicho a Peter Sacks si lo hubiera podido encontrar por medio del teléfono, pero no me fue posible. Cuando me di cuenta de lo que pensaba hacer Julia, no quise resignarme a que mi hija fuera a la cárcel. Al principio no quise que Julia cargara con las culpas del crimen. Necesitaba una pistola y ella tenía una, por lo tanto la tomé del monedero de Julia. Pero, ¿cómo ha podido mi hija confesarle todo eso, señor Mason, si ella misma no lo sabía?

—Siento mucho, Stella, haberle tendido una trampa para hacerla confesar —respondió Mason.

—¿Cuánto fue lo que dijo mi hija?

—Nada.

—Entonces… no está…

Mason negó con la cabeza.

—No, Stella, no está herida. Lo tuve que decir para enderezar un entuerto. No se me ocurrió de otra manera.

Stella Kenwood dejóse caer en una silla y gimió.

—Es un castigo del Cielo. Creo que de todas formas no hubiese podido aguantar semejante secreto. Quisiera que ustedes, caballeros, vieran las cosas desde mi punto de vista… la vida siempre tan dura… Luchaba por mi hija… no quería nada para mí… iban a destruir su oportunidad… Julia no quería ceder su hija a Brownley, y Brownley deseaba una nieta. Le di mi hija… Luego apareció el obispo y Peter Sacks me dijo que todos iríamos a parar a la cárcel. No me importaba por mí, sino por mi hija. Estoy dispuesta a morir. Dejen que la Ley me mate, pero no sean duros con mi hija. No hizo más que obedecerme.

Una enfermera entró en la estancia y le dijo a Hamilton Burger:

—Señor Burger, le llaman desde su oficina.

—Ahora no —respondió con la mirada fija en Stella—. Dígales que estoy muy ocupado y no puedo interrumpirme. Deseo aclarar un par de cosas…

—Me encargaron que le dijese que era muy importante —dijo la enfermera—. Se trata de una nueva complicación del caso

Brownley.

Burger frunció el ceño.

—Puedo conectar aquí un teléfono —dijo la enfermera.

Burger asintió y en seguida volvióse hacia Stella Kenwood, preguntando:

—¿Está dispuesta a extender una declaración escrita?

—¿Por qué no? —respondió la mujer—. Lo he dicho ya todo y me siento mejor. Soy mala, pero no quiero que mi hija sufra.

La enfermera conectó el teléfono y lo tendió a Burger, el cual, con rostro ensombrecido, escuchó unos minutos.

Dirigió una significativa mirada a Mason y encargó:

—Dejadlo tal como está. No toquéis nada. Que Philip Brownley y Janice Brownley lo identifiquen; pero que no lo vean hasta que yo esté ahí. Que se tomen taquigráficamente las declaraciones. Interrumpidlo todo por unos minutos, porque no puedo marcharme de donde estoy hasta dentro de un cuarto de hora. Estoy tomando una declaración escrita.

Devolvió el teléfono y respondiendo a la mirada de Mason, dijo:

—Sí, lo encontraron hace unos minutos.

Stella Kenwood, con la cabeza caída sobre el pecho, no parecía haber prestado atención alguna a lo que se hablaba.

Capítulo 16

El cuenta kilómetros del auto de Mason marcaba los cien por hora. Della Street, sentada junto a él en el asiento delantero, encendió un cigarrillo con el encendedor eléctrico y se lo ofreció a Mason.

—No, gracias, Della —replicó el abogado—. Ahora conduciré y fumaré más tarde.

—¡Ve con cuidado, que hay una curva! —gritó Drake, desde el asiento trasero.

—Cuando tú guiabas, Paul, tomaste esta curva rizando el rizo y te pareció una cosa muy cómica —replicó Mason—. Ahora guío yo, y por lo tanto confórmate.

En medio de erizantes chirridos, el auto tomó la curva, pareció querer volcarse y por fin siguió adelante a toda marcha. Drake lanzó un suspiro de alivio y se acomodó mejor en su asiento.

—¿Saben si murió ahogado o de heridas de bala? —preguntó Della.

—Si lo saben no lo dicen —replicó Mason—. Necesitarán una autopsia completa.

—Si murió ahogado no pueden acusar a Stella Kenwood, ¿verdad?

—No de asesinato. Sólo de agresión a mano armada con intención de cometer un crimen. Sin embargo, después del primer fracaso irán con mucho cuidado en no meter la pata.

—¿Y si murió de los disparos?

—Entonces será un caso claro de asesinato, aunque no se podrá demostrar cómo fue que el auto cayera al agua. Y eso no será fácil de explicar, pues si a Brownley le quedaron fuerzas suficientes para llevar el auto hasta el borde del muelle, diga lo que diga la

autopsia, el Jurado no condenará a Stella. Además, esa mujer ha despertado muchas simpatías.

—O sea, que si Brownley murió de los tiros, alguien debió de llevar el coche hasta el sitio por donde cayó al mar, ¿verdad? Y ese alguien debía de ser un cómplice.

—¡Por el amor de Dios, Della deje ya de hablar tanto y que este hombre se preocupe un poco más de cómo guía! —chilló Drake—. Por poco nos afeita ese camión. Si seguimos hablando de muertos y de asesinatos, no tardaremos ni un minuto en estar también nosotros en el otro mundo.

—Ese mal humor le viene del constipado, Drake —refunfuñó Della, dejando de hablar.

Drake entornó los ojos, y Mason, dedicando toda su atención a conducir, aumentó la marcha del coche.

—Me interesaría que Harry examinara el auto de Janice Brownley —dijo al cabo de unos momentos al detective—. Es un *Cadillac* amarillo y quisiera que viera si encuentra en él algo que reconoce. Tengo la sospecha de que este caso no se resolverá hasta que podamos encontrar al obispo Mallory.

—La coartada de la chica es a prueba de bomba —declaró Drake —. El notario que hace de testigo en el caso es de toda honorabilidad. Jura que Stockton le obligó a levantarse de la cama y a reunirse con ellos.

—¿Y por qué hizo eso Stockton? —preguntó Mason.

—Porque deseaba un testigo desinteresado que apoyase su declaración.

—Tenía su mujer —intervino Della.

—Sí, pero quería alguien más.

—Y eso fue antes de la llegada de Janice, ¿verdad?

—Sí, cinco minutos antes, según la declaración del notario.

—Ya veremos —dijo Mason—. ¡Hola! Aquí tenemos un montón de autos.

—La mayoría de reporteros gráficos —elijo Drake—. Ese policía va a detenernos.

—No pueden pasar al muelle, muchachos —indicó el policía, acercándose.

Mientras Mason vacilaba, Drake, con la agilidad mental del

detective, halló la solución para salir del paso y vencer la resistencia de la Policía. Señalando a Della Street, dijo:

—Tenemos que entrar. Esta es Janice Brownley. El fiscal Burger le dijo que acudiera lo más de prisa posible para identificar el cadáver de su abuelo sin perder momento.

—Eso es distinto —replicó el policía—. Me dieron instrucciones acerca de ella, pero creí que había llegado ya.

Drake negó con la cabeza, diciendo luego:

—Adelante Perry. Tenga valor, Janice. Pronto terminaremos.

Della Street se llevó el pañuelo a los ojos y el policía se hizo a un lado.

—¿Crees que Harry Coulter podrá pasar? —preguntó a Mason.

—Seguro —asintió Mason—. Puede que no logre entrar con su auto, pero ten la seguridad de que sabrá encontrar una excusa para burlar la vigilancia que habrá de mantener un policía tan estúpido como ése.

—Allí veo un *Cadillac* amarillo —dijo Mason—. Detengámonos junto a él y así averiguaremos si es el de Janice.

Mason detuvo el coche junto a un gran *coupé*. Drake saltó al suelo, abrió la portezuela delantera del otro coche y leyó la documentación.

—Sí, Perry, es su coche —declaró.

—Tal vez haya alguna señal característica que Harry pueda recordar —indicó Mason—. Una abolladura, algo distintivo.

Se interrumpió un momento, mirando una abolladura del guardabarros.

—Esto parece reciente —dijo.

—Sí, debió de producirse en un lugar de estacionamiento —observó Drake.

—¡Mire eso, jefe! —exclamó Della, señalando el cuero de los asientos traseros.

Los dos hombres acudieron junto a la joven, descubriendo también ellos unas manchas oscuras en la superficie del cuero. Durante unos segundos los tres estuvieron mirándolas.

—Tiene usted buenos ojos, Della —declaró Drake—. Casi es imposible verlas.

—Habilidad femenina, Drake —sonrió Della—. Un hombre no

las hubiera visto.

—Por eso pasaron por alto —declaró Mason.

—¿Cree que Janice estuvo en el muelle y cargó en su coche el cuerpo de su abuelo? —preguntó Della.

—No —elijo Mason—. Esas manchas de sangre son pruebas acusadoras, y si alguien se da cuenta de que las hemos descubierto las borrarán antes de que podamos utilizarlas.

—Pero, ¿qué demuestran? —preguntó Drake.

—Ya lo pensaremos más tarde —replicó Mason, dirigiéndose hacia un grupo de fotógrafos, en el centro del cual Janice Brownley y Philip eran profusamente retratados. Hamilton Burger saludó al abogado.

—¿Es verdaderamente el cuerpo? —preguntó Perry Mason.

—Sí. Renwold C. Brownley. La marea debió de sacarlo del auto y lo depositó debajo del muelle.

—¿Murió de bala o ahogado?

—Aún no puede decirse.

—¿No se puede o no se quiere?

—No puedo hacer declaraciones.

—¿Podría ver el cadáver? —solicitó Mason, indicando la ambulancia detenida a poca distancia de allí.

—No, Perry. Julia Branner está ya fuera del caso. Supongo que no querrá defender a Stella Kenwood, ¿no es cierto?

—No; con un cliente ya tengo bastante.

Inclinándose al oído de Mason, Drake le anunció:

—Ahí está Harry Coulter. Le voy a decir que eche un vistazo al coche.

—Que lo mire desde alguna distancia. No conviene que se vea que nos interesamos por el auto. Antes de hacer nada quiero explicarme el significado de aquellas manchas de sangre.

Cuando Drake se alejaba, Philip Brownley se acercó a Mason.

—¡Es horrible! ¿Verdad?

—No más horrible de lo que ha sido durante todo el tiempo. ¿Ha visto usted el cadáver?

—Claro. He tenido que identificarlo.

—¿Cómo iba vestido?

—Tal como salió de casa.

—¿Se han encontrado algunos documentos en los bolsillos?

—Sí, algunos papeles. Estaban muy estropeados por el agua. La Policía se quedó con ellos.

—¿Los vio usted?

—No. La Policía se mostró muy reservada con ellos. Óigame, señor Mason, usted indicó, cuando me tomaba declaración, que mi abuelo no había dejado testamento, y como Janice no es nieta de él, yo lo heredaré todo, ¿no es así?

—Le gustaría apartar de su lado a Janice, ¿verdad? —preguntó Mason.

—Yo sólo le pregunto lo que dice la Ley. Es una aventurera.

—Será mejor que consulte usted a otro abogado. No me interesa como cliente.

—¿Por qué?

—Porque tal vez tendré que tomar una posición contraria.

—¿Quiere decir que defenderá a Janice?

—No a ella, precisamente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Imagínelo.

La campana de la ambulancia les obligó a apartarse del paso del vehículo. Luego Drake se acercó a Mason y en voz baja le dijo:

—Harry cree que es el auto, pero no hay en él ninguna mancha característica que pueda recordar. Si no es el mismo coche, es un hermano gemelo.

—Aquél estaba detenido cerca de donde Renwold C. Brownley tenía su yate, ¿verdad?

—Sí.

—Mira, Paul, ¿no lleva aquel yate el nombre de *Atina*?

Drake aguzó la mirada y asintió:

—Parece que sí.

—Sí, sí, lo es —afirmó Della.

—Es el yate propiedad del Cassidy que fue a ver al obispo Mallory, ¿verdad?

Drake asintió.

—Della y yo vamos a ir a un sitio, pues tengo una sospecha. Tú y Harry echad una mirada a bordo del yate.

—¿Para qué?

—Por si encontráis algo.

—Tal vez nos metamos en un lío. Hay un vigilante y es un amarradero de yates particulares.

—¡Por el amor de Dios, Paul! ¿Es que te he de enseñar a ser un detective?

—¡Claro que no! —replicó Drake—. Es que estoy preguntándome el grado de violencia a que habrá que llegar. ¿Es muy importante que subamos al yate?

Entornando los ojos, Mason declaró:

—Paul, lo creo importantísimo. Tú y Harry debéis subir a bordo del yate.

—Es todo cuanto deseaba saber —declaró Drake—. Vamos, Harry.

Mason tomó del brazo a Della y dijo:

—Vamos, tenemos que hacer un trabajo.

—¿Qué clase de trabajo, jefe?

—Comprobar las listas de entradas de los hospitales. Vamos.

* * *

Della Street salió de la cabina telefónica con una lista de nombres.

—Éstos son todos los casos de urgencia que usted deseaba conocer —dijo—. Y también están los desenlaces. El tres y el cuatro han muerto. Fueron identificados. El dos es el último que sigue sin sentido y sin identificar.

Mason tomó la lista y declaró:

—Tenemos que seguir dando paseos.

Dio la ignición, puso en marcha el auto y partió a toda velocidad hacia Los Ángeles.

—¿Qué cree usted que Drake puede encontrar a bordo del *Atina*? —preguntó Della Street.

—En realidad, no lo sé.

—Entonces, ¿por qué ordenó el registro?

—Porque tengo una sospecha acerca de todo el caso, y puede que acierte.

—¿De qué se trata?

—Se lo diré cuando vea si encaja. Para resolver un crimen, un hombre tiene que forjar muchas teorías. Algunas de ellas son firmes, otras se desmoronan. El hombre que desee conservar su prestigio, debe mantener secretos sus pensamientos.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Seguido de su secretaria entró en las oficinas y anunció:

—Deseo ver al hombre que el día cinco por la mañana fue recogido con el cráneo fracturado.

—No puede recibir visitas y…

—Creo que podremos identificarlo —explicó Mason.

—Perfectamente. Entonces uno de los internos le acompañará a la habitación. Sigue sin sentido. Debe prometer que no dirá una palabra. —Mason asintió. La joven que le había hablado pulsó un timbre y dijo al interno que acudió—: Tenga la bondad de acompañar a los señores al cuarto doscientos treinta y seis. Es para un caso de identificación. Han prometido guardar silencio.

Mason y Della siguieron al interno por varios pasillos y por una sala llena de camas, hasta llegar a un cuartito situado al final. El interno se hizo a un lado y Della contuvo trabajosamente un grito.

Mason echó una mirada a la inconsciente figura y después hizo una seña afirmativa al interno.

—Que ese hombre reciba los mejores cuidados médicos que pueda proporcionar el dinero —dijo Mason—. Trasládenlo a una habitación mejor y que tenga una enfermera diurna y otra nocturna.

—¿Le conoce? —preguntó, con curiosidad, el interno.

Mason afirmó con la cabeza.

—Sí. Es el obispo William Mallory, de Sydney, Australia.

Capítulo 17

Mason estaba sentado en la silla giratoria, detrás de su mesa de trabajo, sobre la cual tenía apoyados los pies. Fumaba un cigarrillo, y una sonrisa de satisfacción florecía en los labios.

Della Street, sentada en el borde de la mesa, le dirigió una sonrisa y pidió:

—Muy bien, señor Enigma. ¿Cuál es la teoría? Puesto que no ha fallado lo del hospital, puede decirme el resto. ¿Cómo fue que averiguó el paradero del obispo Mallory, y qué es lo que espera que encuentre Drake a bordo del *Atina*?

Mason contempló el humo de su cigarrillo y al fin empezó:

—Julia no quería matar a Brownley, pero quería hacerle ir al muelle. Por lo tanto es que allí había algo lo bastante importante para mover a otras personas a matar a Brownley antes de que pudiera verlo.

»Sólo existe una conclusión lógica. Janice Seaton era lo bastante igual a su padre, Oscar Brownley, para que con sólo verla un segundo, Renwold C. Brownley reconociese en ella a su verdadera nieta. Y como Oscar sólo tuvo una hija, la falsa Janice sería echada de la escena.

»Por ello, cuando Stella se dio cuenta de que Julia tenía algo que podía permitirle atraer a Brownley al muelle, y supo que una vez en el lugar aquel se le presentaría su verdadera nieta, cuyas facciones serían pruebas inequívocas de su personalidad, Stella se vio enfrentada con el desastre. No le importaba por sí misma. En todo la movió el amor materno, una mentalidad deficiente y su amistad con un par de bandidos.

»Tenía un impermeable muy parecido al de Julia, lo cual fue, sin duda, una coincidencia, pues no creía ser vista, pero en cambio sí

decidió matar a Brownley con la pistola de Julia, y por ello prestó a su compañera su coche y buscó ella uno parecido.

»Ahora examinaremos el caso desde el otro extremo. Julia sabía sin duda que Janice Seaton era la viva imagen de Oscar Brownley. Ésa es una prueba que ninguno de nosotros ha tenido en cuenta. Pero, ¿cómo lo sabía Julia? La única forma sería habiendo visto a Janice después de su llegada aquí desde Salt Lake City. Puesto que sólo el obispo Mallory conocía el paradero de la verdadera Janice, es indudable, pues, que Mallory hizo que madre e hija se vieran antes de que Julia acudiese a mi oficina y antes de que los dos hombres de Drake empezaran a vigilar a Mallory.

»Luego, Julia quiso que Brownley acudiese al muelle. Sin duda era para llevarle junto a Janice Seaton y proporcionar a Brownley la prueba inequívoca del parentesco de Janice con él. Por lo tanto, primero debía de querer mostrarle el parecido de la familia y luego la declaración del obispo Mallory. Eso significaba que el obispo Mallory estaba en algún punto del muelle; pero Mallory sabía que lo seguían, que se había atentado ya una vez contra su vida, y estaba, por tanto, convencido de que sus perseguidores matarían a Janice Seaton si daban con ella. Por ello el obispo Mallory fue al muelle y desapareció. Utilizó el *Monterrey* como medio de desaparición. Pudo haber elegido cualquier otro buque. Si escogió el *Monterrey* es porque estaba debidamente localizado. Era, pues, indudable, que se había asegurado un escondrijo cerca del muelle, y aquel mismo día había sido visitado por Cassidy, el propietario del *Atina*.

»¿Qué más razonable que suponer que el obispo Mallory y Janice esperaban a Julia y a Brownley a bordo del yate *Atina*? El obispo era lo bastante listo para saber que sus adversarios matarían a Janice, si podían, y por ello insistió en que Brownley acudiera solo, debiendo reunirse en un punto bastante próximo al *Atina*, aunque lo suficiente apartado para que los otros no pudieran sospechar el escondrijo, si Brownley decía adónde iba.

»Ahora fíjese en la curiosa serie de acontecimientos que se hallan tan entrelazados que casi anuncian a gritos la verdadera solución.

»Stella Kenwood tomó por sí misma la decisión de matar a Renwold Brownley, pero dice que su hija no debía saber nada,

porque no quería complicarla en un crimen. Estaba haciendo un sacrificio maternal.

»Philip Brownley habló con su abuelo antes de que Brownley marchara hacia el muelle. Renwold le reveló, poco más o menos, el contenido de la carta y dijo que iba a reunirse con Julia Branner y subir a bordo de un yate. Philip no le entendió claramente, pues en cuanto oyó lo del puerto y yate la asociación de ideas le hizo pensar en el yate de su abuelo y, por lo tanto, Philip explicó a la falsa nieta que su abuelo iba a verse con Julia a bordo de su yate, y la falsa Janice dijo lo mismo, por teléfono, a Víctor Stockton, que debió de arreglarlo todo en seguida para matar a Brownley y buscar una coartada segura para Janice, que sería la que más sospechas despertaría.

—¿Y por qué se preparó de antemano la coartada? —preguntó Della, y de pronto, se contestó ella misma—: ¡Claro! ¡Porque sabía que la iba a necesitar!

—Exacto —contestó Mason—. En otras palabras. Si Víctor Stockton se preocupó tanto de lograr una coartada para Janice, es porque *estaba seguro de que Janice la necesitaría*. Por tanto sabía que Renwold Brownley iba a ser asesinado, pero ignoraba que Stella Kenwood había dispuesto ya lo necesario para el asesinato, pues Stella no quería que su hija lo supiera.

»Por consiguiente, Stockton preparó un buen plan para el crimen. Janice debía ir a su casa, pero dejando el coche detenido a cuatro manzanas de distancia. La joven ignoraba, sin duda, lo que Stockton tenía en plan. El cómplice de Stockton iría en el coche de Janice al muelle y aguardaría allí a Renwold. Éste reconocería el coche de su nieta, en quien tenía ilimitada confianza, y por ello se acercaría sin miedo al coche, recibiendo entonces una descarga cerrada que mataría a Brownley y a Julia. Por ello Peter Sacks se apoderó del coche de Janice en cuanto ésta lo dejó. Dirigióse al yate de Brownley, pero los informes recibidos eran erróneos, y creyó, como Janice, Philip y Stockton, que Renwold se dirigía a su propio yate.

»Por ello, en el momento del crimen, tenemos a Julia aguardando en el sitio convenido, a Stella, que llegó la primera al lugar del encuentro, decidida a matar a Brownley, y a Peter Sacks,

esperando en el coche de Janice, frente al yate de Brownley, y al obispo Mallory y a Janice Seaton a bordo del yate *Atina*.

»Cuando Stella disparó sobre Brownley, los tiros fueron oídos claramente por Sacks y el obispo. Los dos debieron de comprender lo que significaban aquellos disparos. Harry Coulter guiaba un coche y el ruido del motor y la lluvia le impidieron oír las detonaciones. Mallory, que no tenía coche, acudió a pie al lugar de la tragedia. Sacks fue en coche, y por lo tanto fue el primero en llegar. Vio lo ocurrido, hizo un examen más detenido que Bixler y debió de darse cuenta de que Brownley no estaba muerto. Por lo tanto subió al coche, lo condujo hasta cerca del muelle, y dejó que el coche se hundiera en el agua. Luego regresó al coche de Janice, subió a él y se alejó del lugar, pero lo hizo en el momento en que el obispo Mallory acudía, corriendo, hacia donde había oído los tiros. Sacks reconoció al obispo, lanzó el coche sobre él, atropelló al obispo, fracturándole el cráneo y creyendo, incluso, haberlo matado. Pero no le interesaba que el cadáver de Mallory fuese encontrado allí, y por ello le llevó a los arrabales de Los Ángeles, tirándolo a la cuneta después de despojarle de todos los documentos de identidad. Y… —Mason fue interrumpido por la característica llamada de Drake a la puerta.

—Ábrale, Della —indicó el abogado—. Veremos lo que ha descubierto.

Della se puso en pie, pero antes de ir a cumplir la orden de su jefe, preguntó:

—¿Por qué no hablaron ni Julia Branner ni Janice Seaton?

—Porque Julia Branner pensó que su hija y el obispo se mantenían callados por alguna razón importante. Janice Seaton sabía que Mallory la puso en el yate con orden de no moverse de él hasta saber noticias suyas y creyó, sin duda, que había surgido alguna dificultad inesperada. Estoy casi seguro de que no sabía ni una palabra del asesinato.

Della Street abrió la puerta del despacho y Drake entró en la oficina, gritando:

—¡Ni en cien años adivinarás, Perry, lo que hemos encontrado a bordo del yate! Hemos encontrado…

Della Street le interrumpió, sonriente:

—A Janice Seaton aguardando el regreso del obispo Mallory. Ni siquiera sabía que Brownley estaba muerto.

Drake la miró boquiabierto.

—¿Cómo diablos lo ha sabido? —preguntó.

Della Street guiñó un ojo.

—Mi cerebro femenino ha desentrañado el misterio del caso, mi querido Watson.

—¡Que me aspen! —gruñó Drake, sentándose en el sillón más próximo.

Capítulo 18

Al mediodía siguiente, Mason colgó el receptor telefónico y dijo, volviéndose a Della:

—La autopsia ha revelado que Renwold C. Brownley murió ahogado.

—¿Qué consecuencias traerá eso?

—Pues Stella Kenwood será declarada culpable de agresión armada y Peter Sacks y Víctor Stockton serán condenados por asesinato en primer grado. La autopsia revela que seguramente Brownley se hubiera desangrado a causa de una herida que seccionó una de las arterias, pero también revela, sin duda alguna, que murió ahogado.

—¿Podrá el fiscal demostrar la culpabilidad de Sacks y Stockton?

—Eso es cosa suya —rió Mason—. No soy quien ha de sacarle las castañas del fuego al fiscal. Stockton se descubrió por completo al preparar una coartada tan buena para Janice antes de que existiera razón alguna para suponer el asesinato de Brownley.

—En lo futuro, Burger irá con mucho cuidado al tratar con usted —sonrió Della.

—Por cierto, que me ha invitado a cenar con él esta noche. Quiere que «hablemos del caso». Ahora que el obispo Mallory ha recobrado el conocimiento y va a vivir, Burger puede presentar el caso con toda facilidad. Esta mañana hablé con Mallory y recuerda que el *coupé* amarillo se lanzó deliberadamente sobre él. Eso es lo último que recuerda, pero con la abolladura del guardabarros y las manchas de sangre en el interior del coche, Burger tiene todas las pruebas que le hacen falta. Y hay que tener en cuenta que esos hombres son ratas que se volverán uno contra otro en cuanto se

vean en peligro, sobre todo si el fiscal consigue que Sacks crea que Stockton arregló las cosas de forma que él quedara limpio y el otro subiera al cadalso.

—Todo encaja muy bien, jefe —asintió Della—; pero hay algo que me sigue desconcertando. Si el obispo lo es de verdad, ¿a qué viene el tartamudeo?

—Yo también he pensado en ello y esta mañana se lo pregunté a Mallory. Me dijo que de niño tartamudeaba y logró curarse, pero que siempre que sufre alguna conmoción nerviosa le vuelve el tartamudeo. Cuando descubrió a la falsa Janice en el barco, se dio cuenta de que era una usurpadora y que su promesa a Seaton le impediría descubrir aquel delito… La emoción le devolvió el tartamudeo.

Jackson, el pasante de Mason, abrió la puerta de la oficina. Della Street le preguntó:

—¿Qué le ocurre, Jackson? ¿A qué viene esa cara?

—Una mujer me ha preguntado si podía fumar en la sala de espera. Le he dicho que sí y le he ofrecido mis cigarrillos, pero me ha dado las gracias, diciendo que prefería fumar de lo suyo y, sacando un cigarro puro le ha arrancado la punta y lo ha encendido.

—¿Una mujer? —preguntó Della.

Jackson asintió.

—¿Qué edad representa? —preguntó Mason.

—Unos sesenta años. Se ha instalado en la sala de espera diciendo que no se moverá de allí hasta que el señor Mason la reciba personalmente. Y por su aspecto parece dispuesta a cumplir lo que promete. Entretanto se limita a fumar su cigarro, pero es un espectáculo muy desagradable.

—¿Le ha preguntado para qué me quería ver? —preguntó Mason.

—Me ha tratado como si yo fuera un poste —dijo Jackson.

—Bueno, ¿para qué me quiere? —insistió impaciente Mason.

—Dice que es acerca de una muchacha que ha estado jugando. No ha querido decir más.

Mason soltó una risa.

—Le echaremos una mirada, Jackson. Es lo menos que podemos hacer en bien de la moral de la oficina.

—Sí, señor —dijo Jackson, muy dignamente, regresando a la oficina con expresión de quien ha de hacer un trabajo muy desagradable e indigno.

Mason y Della Street cambiaron miradas y risas. Aún estaban riendo cuando Jackson abrió la puerta y una mujer de cabellos blancos y fríos ojos grises entró en el despacho y se quitó de la boca un negro cigarro el tiempo suficiente para decir:

—Cierre bien la puerta al salir, joven.

Los grises ojos parpadearon al mirar a Mason y a su secretaria.

—Vamos, suelten la carcajada y yo les haré eco —dijo—. Tenía que verle, señor Mason. Me gustan los cigarros y me disgustan los pasantes tan almidonados como el suyo.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner

notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.